



01 ABR. 2005

BOLETIN
DE LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

Universitat Autònoma de Barcelona

Servi de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats

BOLETIN
DE LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE EXCURSIONES

Arte - Arqueología - Historia

TOMO LI

1947

MADRID
Calle de la Ballesta, 28

Reg. 166
5



DON AURELIO COLMENARES Y ORGAZ, CONDE DE POLENTINOS.

† 26 - Mayo - 1947

BOLETIN
DE LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES
ARTE - ARQUEOLOGIA - HISTORIA

Año LI : - : 1.^º y 2.^º trimestres : - : Madrid : - : 1947

[REDACTED]

Polentinos

El Conde de Polentinos ha fallecido el día 26 de mayo de 1947. La víspera de su muerte gozaba de aparente perfecta salud. Y así fué, de viva, con la emoción trágica de la familia, la emoción nuestra, dolorosísima también. Como era su costumbre, pocos días antes había concurrido a mis conferencias de los miércoles en el Museo Municipal, al parecer en su plena salud. Dos días después, no pude menos de dedicar a su memoria el justo y sentido elogio: y recabé, luego, espacio en la revista de mi constante colaboración, para dedicarle unas palabras semejantes, sentidísimas: al varón sin tacha, al caballero cristiano, al madrileñista doctísimo.

Don Aurelio de Colmenares y Orgaz (sus nombres), mereció, como pocos, el título de cronista oficial de la Villa de Madrid; mereció también cargo preeminente en la Congregación de Señales naturales de Madrid. Pero, acaso, la institución que más le debe fué nuestra Sociedad de Excusiones. Vaya, sino, aquí la lista de sus trabajos, de colaboración, los firmados. Que entre los trabajos firmados durante la publicación del BOLETÍN, figuran nada menos que los siguientes:

Excursión a Illescas (Tomo 6.^º). Excursión a Santillana y San Vicente de la Barquera (16.^º). Excursión a Covarrubias y Silos (13.^º). Excursión a Deva (6.^º). La Plaza Mayor y La Casa Pandería (21.^º), un folleto. Datos Históricos sobre La Casa Ayuntamiento (20.^º). El Monasterio de la Visitación [Salesas Reales] (27.^º). Incendios ocurridos en la Plaza Mayor de Madrid (27.^º). Ezcaray y

su Iglesia (38.^o). El convento de San Hermenegildo, Madrid (40.^o y 41.^o). La Ermita de San Antonio de la Florida (45.^o). La Capilla de la Concepción, llamada Cara de Dios (49.^o). Noticias de algunos templos desaparecidos (49.^o).

También nos deja otros muchos trabajos de redacción y de visitas. Fué Director de la revista durante veintisiete años: desde el 1920 hasta su fallecimiento en 1947. Deja terminado el 2.^o índice de la revista, el que comprende desde el año 26.^o al 50.: aun no publicado.

En el precioso Catálogo ilustrado de la «Exposición del Antiguo Madrid», en 1926 editado, fueron de su pluma los textos referentes a la Plaza Mayor, a Patronos y Santos, a Edificios particulares y a Iglesias y Conventos.

Fueron, desde luego, sus más importantes, y muy cumplidas, monografías madrildes, la de las Casas del Ayuntamiento y la Plaza Mayor, y la del Monasterio de la Visitación (Salesas Reales).

En el primer día de mis conferencias después del fallecimiento, y después de mis palabras de elogio, las que doy aquí resumidas, y casi inadvertidamente de mi parte, vine en recordar dos monumentos, que llevaron en siglos, y aun llevan, el nombre de los «Polentinos»... ¿No, pensé, que tales mansiones nobilísimas, le sugestionaran a nuestro Conde de Polentinos: infiltrándole en el espíritu la noble devoción histórica por las obras monumentales del pasado que visitan los excursionistas...?

Y así, vineles a hablar, a mis oyentes, de la tan bella Casa de Polentinos en Avila, y también de la antes también llamada Casa de Polentinos en Madrid. Aquella, por todos conocida por tal nombre todavía, es la residencia de la Academia del Cuerpo de Administración Militar: forzando la petición del permiso, en todos mis cursos de catedrático de Historia de Arte, la visitaron conmigo las más de treinta generaciones de mis discípulos. No la crearon los condes de Polentinos, pero la poseyeron varios siglos, por herencia de uno de sus mayorazgos. Parece que fué el que la labró un D. Pedro de Contreras (hermano del mayorazgo segoviano de los Marqueses de Lozoya: hoy todavía Contreras) y casado con D.^a Urraca González Dávila, hija del Señor de Villatoro.

También por herencia de otro de sus mayorazgos, por otra parte, fueron los Condes de Polentinos dueños de la «Casa de las Siete Chimeneas» de Madrid, hoy también subsistente, aunque algún tanto lamentablemente desnaturalizada.

En mi «Cartilla» «Avila», abreviadísima, de la Casa de Polentinos de Avila, la califico de estilo de Zarza algo degenerado de su pureza plateresca, cifrándola por el año de 1520, y notando su portada, tan única en Avila, notable, y con un tan bello patio.

De la casa «Polentinos», vulgarmente «de las Siete Chimeneas», tomaré del libro de Mesonero Romanos, de 1861, el párrafo siguiente:

«La Casa conocida con este título (que es la de la esquina y propia del señor Conde de Polentinos), debió ser en los principios una hermosa casa de campo, rodeada de estendidos jardines y huertas, y cuya sólida y elegante construcción en su parte principal, que da [al norte] a dichos jardines y [a Este] a la plazuela (pues la que mira [a Sur] a la calle de las Infantas, se ve palpablemente que es añadida), revela el gusto especial de las construcciones [siglo XVI, finales] de Juan de Herrera, en cuyo tiempo pudo ser fabricada a mediados [?] del siglo XVI para el mayorazgo que, fundado por el doctor don Francisco Sandi y Mesa, que hoy el mayorazgo posee el señor Conde de Polentinos. Su extensión comprendía los jardines, posesiones y casas contiguas, incluso el [solar del] teatro del Circo, y pasa de 100.000 pies [cuadrados]. Es también histórica, por haber habitado en ella el ministro de Carlos III, Marqués de Esquilache, cuando el dia 23 de marzo de 1766 estalló [contra él] el célebre motín de las capas y sombreros, por querer él que se viera la cara a todos los embozados, atacando el populacho la morada del ministro (cuyas señales [en las paredes...] se han conservado [ya no] hasta nuestros días), y presentando el mismo terrible aspecto que medio siglo después ofreció delante de la inmediata [no: sino frente por frente, la plazuela de por medio] casa del príncipe de la Paz, Godoy: [a su caída]. La de las «Siete Chimeneas», ha sido, después [¿...y antes?] morada de los embajadores de Nápoles, de Francia y de Austria» (1). Hasta aquí el texto de Mesonero Romanos.

La calle «de Colmenares», al Oeste de la Casa en cuestión, no se abrió sino hacia 1881, en terrenos (dicen Peñasco-Cambrone-

(1) La «Plaza del Rey» ha cambiado mucho de nombres; se le dió el nombre en 1800: antes «del Almirante» por tener a la vista la casa de Godoy, Príncipe de la Paz. Aún se llamó «del Circo» (1841) por un teatro de ese nombre, y aún antes tuvo el nombre «de la Paja». Cuando la revolución de 1868 tuvo el nombre de «Béjar». Hoy la fachada a ella a Este de la Casa de las Siete Chimeneas, está «modernizada»; la a Sur, es relativamente moderna, como deja dicho Mesonero Romanos. De los jardines, no subsiste nada.

ro) (2) del dueño del teatro del Circo. Pero no caen en la cuenta de que el Circo era parte de los extensos jardines de la Casa de Polentinos. La calle hoy, y antes, «de las Infantas» (Sur de la mansión de que nos ocupamos), tuvo en siglos, al menos en una de sus partes, el nombre de calle «de las Siete Chimeneas». El mismo libro dice que ese nombre era el de las chimeneas de la Casa en cuestión, dándola por edificada en 1570 (restaurada en 1883).

No ha sido uso y costumbre en el BOLETÍN y en la «Sociedad Española de Excusiones» la conmemoración circunstanciada de sus difuntos, en el ya tan largo transcurso de más de medio siglo de existencia de la Sociedad y de la REVISTA. Sí, cabe y se le debe una detallada excepción en el caso del Conde de Polentinos, pues sus méritos y servicios fueron tan repetidos como por él modestamente callados. La vida de la REVISTA, en muchísimos años, se le debió: no solamente en sus colaboraciones firmadas, magistrales, sino también en su constancia y su despierto celo: en la trimestral preocupación de los números de esta ya tan veterana y tan bella revista de Arte.

ELÍAS TORMO

(2) «Las Calles de Madrid», p. 152.

NICARAGUA

Impresiones de viaje

Era yo casi un niño cuando cayó en mis manos la «Genealogía de los Contreras de San Juan de Segovia», escrita en la más elegante prosa barroca por el famoso cronista de la ciudad Diego de Colmenares, y cuyo original manuscrito se conserva en mi archivo familiar. Allí encontré por primera vez el relato de las aventuras y desventuras de Rodrigo de Contreras, de su mujer, doña María de Peñalosa, hija del terrible conquistador Pedrarias Dávila, y desposada que había sido de Vasco Núñez de Balboa, de sus hijos Hernando y Pedro. Más adelante, en la biblioteca de mi misma casa, pude leer, en el libro de oro del Inca Garcilaso de la Vega, un relato más detallado de aquellos sucesos, que en interés romántico superan a cualquier novela de aventuras, y el nombre de Nicaragua se me fué haciendo familiar. Cuando en los cursos de doctorado de Derecho fui en la Universidad Central discípulo de don Rafael Altamira, escogí como memoria de curso el tema «Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua», y mi trabajo, integrando un volumen no pequeño, fué publicado por la Sociedad de Historia Hispano-Americana, en 1920. En mi búsqueda por bibliotecas y archivos aflorían los nombres de la topografía nicaragüense, que iban formando en mi mente una geografía imaginaria de lagos inmensos como mares, de selvas y de volcanes, a los cuales me costaba trabajo dar un contenido real. Llegué a encariñarme con aquellos paisajes fingidos y muchas veces deseé ardientemente contrastarlos con la realidad.

En el otoño de 1946 me vi impensadamente designado para una misión en América Central, y con este motivo recibí invitaciones para dar en Nicaragua algunas conferencias. Pasé en la República algunos días gratísimos, consagrados a evocar un pasado no del todo muerto, pues pude comprobar que el viejo Pedrarias, su

yerno el caballero segoviano de cuyo apellido y armas soy último heredero, doña María de Peñalosa y el levantisco mozo de los sueños desaforados que se hizo llamar Príncipe del Cuzco, viven aún en la tradición popular, en la literatura (sus aventuras han sido llevadas al teatro y a la novela), y, sobre todo en la polémica entre los que defienden a los hombres por los cuales Nicaragua está hoy adscrita a la cultura católica y occidental, y los que aun creen a pie juntillas en las matemáticas delirantes del Padre Las Casas. En mis conferencias quise explicar las cosas a mi manera exponiendo cómo la vieja Segovia medieval (que da nombre a una gran parte del territorio de Nicaragua) se proyecta sobre la Historia de este país, creando en él una breve «Edad Media» de hazañas maravillosas, de casas hidalgas, de fundaciones monásticas, de repartimientos feudales, de luchas entre caballeros. Nicaragua hereda ese espíritu «Comunero» que en Segovia se advierte aun antes de las Comunidades, y que hace a Hernando de Contreras levantarse contra el Emperador para enseñarle «cuán de otra manera había de tratar a los Caballeros», de la misma manera que su bisabuelo había alborotado a su ciudad castellana para protestar de un desafuero de la Reina Católica.

Por un regalo de la Providencia, tenía ante mí el prodigioso escenario de aquellas gestas, a veces afortunadas y trágicas a veces. Y comprendí entonces el entusiasmo de aquel gigantesco Pedrarias, llamado por excelencia «el Bravo» en el siglo de los bravos, cuando ante sus ojos, acostumbrados a la árida desnudez de sus tierras nativas, se ofrecieron aquellos paisajes paradisiacos. Su carta al Emperador en 1525, en que habla de florestas y volcanes, de ríos de aguas hirvientes, mereció ser traducida en elegantes versos toscanos y difundida por toda Europa:

*El paese scoperto é molto bello
de molto fructuoso e abundante
di quercie, pissi e dogni altro arbucello
e molte varia e fructifere piante...*

Nicaragua es, ciertamente, uno de los más bellos países de la tierra, y en mis largas andanzas de viajero no he visto nada que pueda compararse a sus paisajes de lagos, en los cuales hay centenares de islas de edénica frondosidad y cuyas aguas reflejan los penachos de altísimos volcanes. Pero, además, Nicaragua es una de las naciones del Nuevo Mundo que conserva mejor las más

puras esencias del espíritu hispánico. País rico en valores humanos y en reservas morales, cuyo ambiente de fina y difusa cultura explica la aparición de la figura gigantesca de Rubén y la existencia de una pléyade juvenil que acaso prepara al mundo literario grandes sorpresas.

Mi primera visión de Nicaragua fué a vista de pájaro, desde el avión que me conducía de la isla de Trinidad a San Salvador. Unos momentos mis compañeros y yo pisamos tierra nicaragüense en el aeródromo de la Panamérica en Managua; después volamos sobre el espejo del lago de Xolotlan hasta el volcán de Momotombo. El piloto tuvo la atención de hacer que el aparato diese una vuelta en torno del humeante cráter, al cual no es posible acercarse sino de esta manera, y luego volamos algún tiempo sobre un paisaje de montañas y selvas a veces con manchas calcinadas de lava. Desde San Salvador, el domingo 17 de noviembre de 1946, volvimos a Managua, esta vez por otra ruta aérea, pasando por Tegucigalpa. Al aterrizar, pudimos darnos cuenta del aspecto de la gran ciudad ribereña del lago, cuadriculada, con casas, en su casi totalidad, de un solo piso. Managua, la capital de la República, viene a ser nuestro centro de excursiones y el primer punto en que tomo contacto con el país que tanto ansiaba conocer. Mi compañero de viaje, Luis Morales Oliver, Catedrático de la Universidad de Sevilla, y yo, somos recibidos por los individuos de las Academias de la Lengua y de Historia y Geografía, que han organizado nuestras conferencias, y pronto contamos con un grupo de cultísimos y amabilísimos amigos que procuran y consiguen que nuestra estancia en su patria nos sea grata y provechosa. Todos ellos, tan apartados ya por la distancia, cuentan para siempre con nuestro cariño y nuestra gratitud.

Managua es una ciudad modernísima, tal vez la más reciente entre las capitales del Orbe Nuevo. Era poco más que una aldea de pescadores cuando razones políticas aconsejaron que se estableciese en ella la capitalidad, para cortar de esta manera las eternas discordias entre León y Granada, las dos ciudades históricas. El 20 de diciembre de 1851, don Laureano Pineda depositó su autoridad en el gran patriota granadino don Fulgencio Vega. En 9 de febrero de 1852, Vega dictó un decreto por el cual se establecía la sede del poder ejecutivo en Managua, que en 1846 había sido elevada a rango de ciudad. Fué un suceso trascendental para la unificación espiritual de Nicaragua. La nueva capital fué rudamente probada y resistió la prueba con tenacidad heroica de

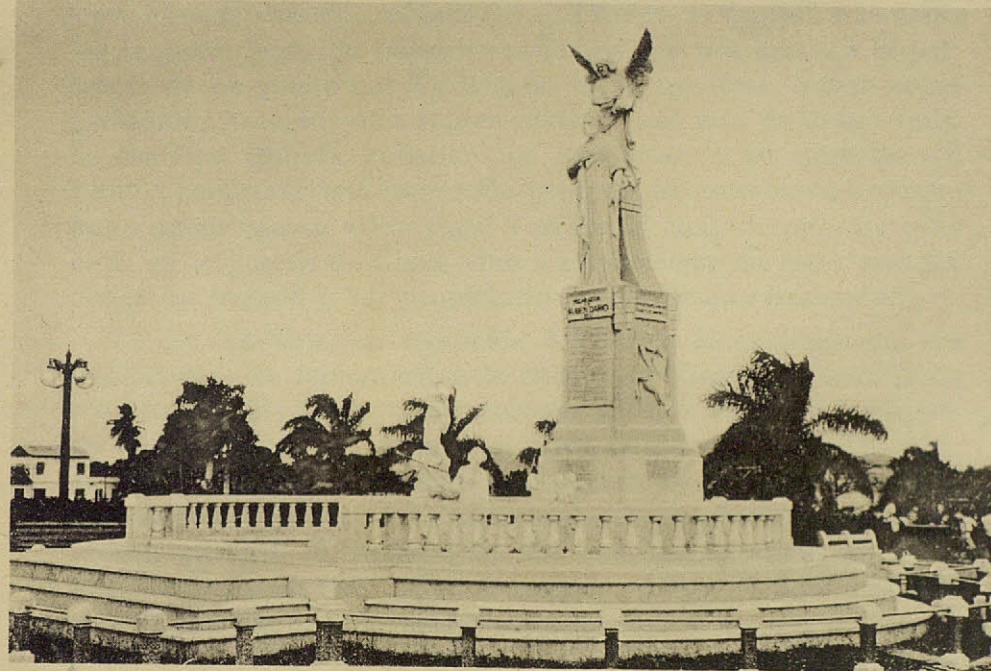
subsistir. El 4 de octubre de 1876 fué anegada por una tremenda crecida del lago Xolotlan. El 31 de marzo de 1931, un espantoso terremoto, seguido de incendios y de explosiones, la destruyó totalmente. Se creyó que la ciudad sería abandonada, pero el optimismo de los managüenses hizo el milagro de que hoy, al cabo de quince años, apenas queden huellas de la catástrofe. Su situación es admirable, a orillas del lago y con la visión, en la lejanía, del enorme y perfecto cono del Momotombo, siempre coronado de una cimera de humo: el volcán cantado por Víctor Hugo, que no tuvo nunca la fortuna de contemplarlo. Delante, en una islilla, hay otro cono semejante, de mucha menor altura, al cual dan el nombre de «Momotombito». Esta vista se admira, sobre todo, desde el parque ribereño de Rubén Darío, que es la principal belleza de la ciudad y uno de los más agradables parajes urbanos de toda la América Central. Concentra en él la atención el monumento marmóreo a Rubén Darío, el magno poeta de las Españas, y en su torno se ofrecen a la vista los edificios que constituyen la acrópolis de la ciudad y en cuya reconstrucción se ha tenido el gran acierto de acudir a la eterna belleza de los cánones clásicos. La Catedral, el Palacio Nacional y el Ayuntamiento son fábricas magníficas, en cuyas bellas proporciones descansa la vista de quien tantas aberraciones arquitectónicas ha contemplado por esos mundos de Dios. Completan el conjunto las graciosas construcciones del Club Social, en cuyo salón tuvieron lugar nuestras conferencias, y del Hotel Lido, cuya terraza tiene para nosotros el recuerdo de gratísimas tertulias. El resto de la ciudad, de amable y gracioso aspecto, nada tiene de notable en el orden arquitectónico. Calles cuadriculadas con casas de un solo piso, y, de vez en cuando, algunas iglesias modernas. Dan en ella la nota típica los coche-cillos de alquiler, de la forma que en España llamamos «jardineras», arrastrados por troncos de pequeños y escuálidos jamelgos, que trotan, sin embargo, con un vigor y una velocidad que no pudiera sospecharse de su aspecto.

Managua fué el centro de nuestras excursiones por la República, que nos iba revelando sus bellezas innumerables. El 19 de noviembre, acompañados, entre otras personas, por el eruditísimo doctor don Luis Cuadra Cea, uno de los más insignes conocedores de la Historia y de la Arqueología de Nicaragua, y del ilustre historiador don Sofonías Salvatierra, realizamos en automóvil un breve recorrido por la parte sur. La carretera va ascendiendo hasta la venta llamada «Casa Colorada», donde muchas familias de

NICARAGUA



Managua. Palacio del Distrito Nacional.



Managua. Monumento a Rubén Darío.

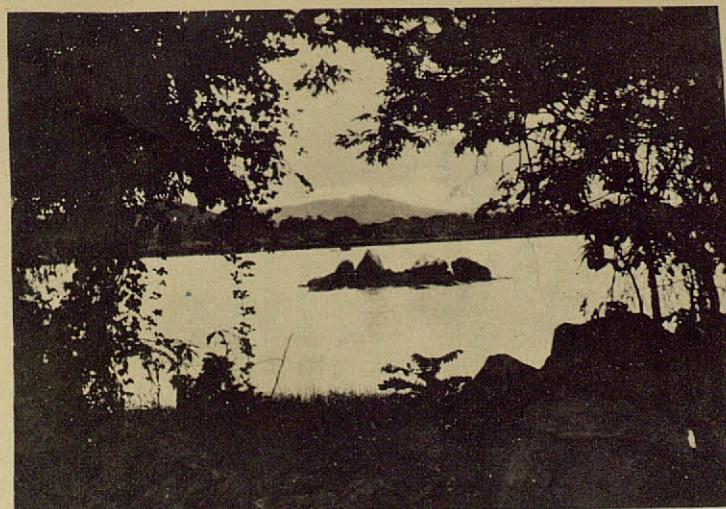
Managua están construyendo sus residencias veraniegas. Pasando por la importante villa de Diriamba, en la cual han establecido un colegio magnífico los hermanos de la Doctrina Cristiana, llegamos a la mejor villa de Jinotepe; la plaza Mayor es una gran pradera rodeada de casas de un solo piso, precedida de pórtico de madera, y en el fondo, la iglesia, que es el primer ejemplar en que pude advertir la existencia de un estilo que no sería inexacto denominar «barroco republicano». Después de la independencia, los maestros de obras y los albañiles de Nicaragua, país que quedaba fuera de las corrientes artísticas procedentes de Europa, siguieron, al reconstruir las iglesias derrumbadas o dañadas por los seísmos, la tradición heredada de sus mayores. Así, la fachada de la parroquia de Jinotepe, entre sus torres barrocas, conserva la traza hispánica aun cuando la fecha de su construcción sea de muy avanzado el siglo XIX. Al interior no vi otra cosa de notable que una bella escultura de la Dolorosa que conserva la escuela del valenciano Esteve Bonet, aun cuando está firmada por Celestino García Alonso, en Madrid, en 1896. Al regreso nos detenemos en el sitio llamado «Las Piedrecitas», para admirar el paisaje, uno de los más bellos de esta Suiza tropical. En primer término, el lago Azosasca, que, como tantos otros, no es otra cosa sino el cráter de un volcán lleno de agua clarísima, depósito natural que surte abundantemente a Managua; al fondo, la capital, a la orilla del inmenso lago. De nuestra contemplación nos arranca la presencia de un jinete que ha llegado hasta nosotros. Nunca se ha presentado ante mis ojos representación más viva de lo que hubo de ser Don Quijote, caballero en *Rocinante*, y su conversación venía a confirmar esta impresión primera. Se trataba de un español a quien llaman «Don Pepe Torres», el cual, después de combatir en la guerra de Cuba, vino a establecerse en estos parajes, donde ha llegado a ser propietario de una buena hacienda.

Al día siguiente, en compañía del doctor Mena Guerrero, nos trasladamos, en ferrocarril, a la ciudad de Masaya, situada junto a un lago al pie de un volcán famoso, todavía en actividad cuando los conquistadores pisaron por primera vez aquellos parajes. En torno del volcán de Masaya se formó uno de aquellos mitos que tanto influyeron en la historia de las exploraciones. Un dominico español, el Padre Blas del Castillo, ascendió al cráter el 12 de junio de 1537. Al asomarse a la boca, vió hervir la lava en el fondo de aquella horrible concavidad y juzgó que era oro puro, acaso la caldera en que se fundía el metal precioso que, por

ignorados conductos, se repartía por las Indias. Como las exploraciones, continuadas tenazmente por el dominico, costasen la vida a un hombre, hubo de prohibirlas el gobernador Rodrigo de Contreras, a pesar de las protestas del tozudo fraile. Desde las deliciosas orillas del lago pude contemplar la mole derrumbada del volcán, sobre el cual hay, en el archivo de Indias, documentación copiosa e interesante.

La gran iglesia de la Magdalena, que sirve de parroquia a la ciudad, es otro ejemplar de ese barroco «republicano» tan frecuente en Nicaragua. La fachada, que acusa la distribución interior en tres naves de diferente altura, está repartida, como es habitual en el barroco hispano-americano, en tres ejes separados por extrañas pilastras de forma abalaustrada, y en cada uno de los cuales hay un ingreso en forma de arco de medio punto. Al lado del Evangelio va adosada la maciza torre, de tres cuerpos decrecientes coronados por una cubierta de movida linea. Al interior lo más notable es la platería, que me reveló la existencia de talleres que durante todo el siglo XIX conservan la tradición renaciente y barroca con una fineza que se prestaría a todo género de confusiones si las piezas no estuviesen firmadas y fechadas. Aun cuando lo que pude aprender en mi visita a la iglesia de Masaya me persuade de que es muy difícil precisar fechas en la orfebrería nicaragüense, no puedo creer que la Cruz parroquial, llena de resabios góticos, sea posterior a los comienzos del siglo XVII. Pero las sorpresas comienzan cuando nos enfrentamos con piezas firmadas y fechadas. El Sagrario, de bellos repujados «rococó», donado por don Luis Blanco y su esposa doña María Inés Tomé, está firmado por Fernando Somoza en 1810. El frontal, de grueso repujado barroco, que por el dibujo y la técnica está absolutamente dentro del estilo de la primera mitad del siglo XVIII, lleva el nombre del platero Miguel Quadra, y la fecha de 1852. Una naveta de purísima forma renacentista y grabados al gusto del 1600, va firmada y fechada en las postrimerías del siglo XIX. Los plateros de Nicaragua, famosos ya por su habilidad en el siglo XVI, continuaron hasta hace pocos años fieles a las recetas de taller aprendidas de sus abuelos.

En la segunda mitad del siglo XIX, los padres jesuitas establecieron en Masaya una enseñanza de pintura de la cual salieron estimables artistas. En la iglesia de la Magdalena hay un lienzo de San Luis Gonzaga pintado por el Padre Páramo, y un San Ignacio debido al pincel de Adolfo León.



Paisajes de las Isletas en el lago de Granada.

Queda en Masaya un modesto vestigio de la época española: el Cabildo, construido durante el gobierno de don Alfonso Fernández de Heredia, en 1760.

Pasé en Granada, la vieja capital del tradicionalismo nicaragüense, el día 21 de noviembre de 1946. Me dió asilo en la vieja ciudad el caserón solariego del doctor don Carlos Cuadra Pasos, padre de Pablo Antonio, uno de los más grandes valores intelectuales de la nueva generación centroamericana. Todo en aquel ambiente respira distinción y finura espiritual. La casa, enorme, de una sola planta, agrupa sus estancias en torno de un gran patio porticado, al cual sirven de adorno viejas piedras esculpidas, testimonio de las culturas indígenas ribereñas del lago. La habitación principal es la biblioteca, en cuyos estantes se alinean las más insignes producciones del genio hispánico. Todo es en aquella casa amable y acogedor, y en ella se advierte, en toda su lozana robustez, la organización tradicional de la vieja familia española, que los aires del norte van destruyendo en Centroamérica.

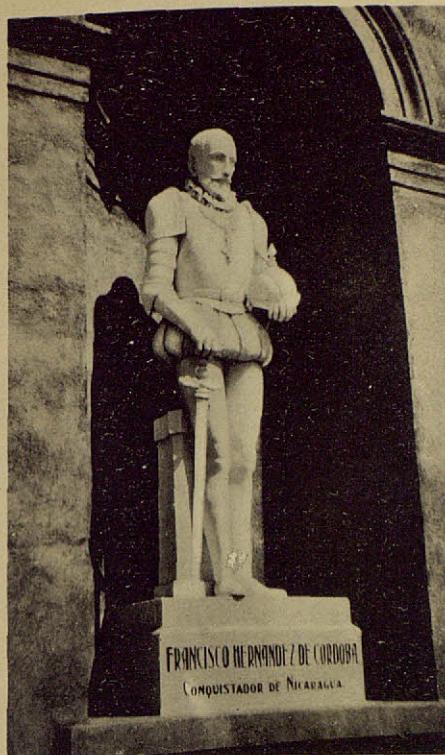
Fué aquel día una sucesión de visiones incomparables. En primer lugar, un paseo por el gran lago en la gasolinera de los Cuadra. En el embarcadero queda, muy deformada, la vieja fortaleza española que defendía la ciudad contra los piratas. Las armas coronadas de España, que la ciudad aun esculpe por todas partes como propias y privativas, campan en la fachada, y los vetustos cañones herrumbrosos siguen espiando la aparición del eterno enemigo: el filibustero que tantas y tantas veces, penetrando por el Río de San Juan, con cuya exploración Rodrigo de Contreras comunicó el lago con el Atlántico, saqueó Granada. Aun a mediados del siglo XIX, Walker, «el último filibustero», desesperado por la resistencia de los defensores de la tradición católica y española, incendió la ciudad. Desde la terraza de la fortaleza se ve extenderse a lo lejos la extensión ilimitada del agua, que corta el horizonte como un mar. Como un mar, el lago tiene oleaje y mareas, y en él pulula una fauna marina, entre la cual abunda el tiburón, que, por rara excepción en su especie, vive en agua dulce. En nuestra excursión mañanera llegamos a las isletas, uno de los más bellos parajes que he contemplado en mi vida. Un archipiélago lacustre de más de trescientas islas, cada una de las cuales es un pequeño paraíso cubierto de selva. La navegación por los canalillos de aquella Venecia tropical es una delicia. Desembarcamos en alguna de las islillas para probar los frutos que tiene

al alcance de la mano cualquiera que se tome el trabajo de alcanzarlos. En una de las islas hay restos de fortificaciones españolas.

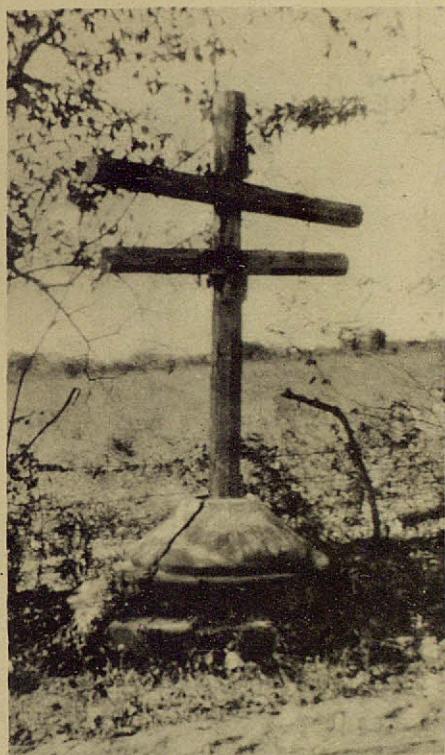
No tuve tiempo de llegar hasta el Desaguadero, o Río de San Juan, de cuya belleza cuentan maravillas los viajeros. Hubiera deseado ir en peregrinación hasta el Castillo de San Carlos, donde tuvo lugar una de las más portentosas hazañas de la Historia de Nicaragua, pero el tiempo de que disponíamos no daba lugar para una excursión larga, y hubimos de volver a la ciudad. Por la tarde recorrimos sus calles pintorescas, de casas de una o dos plantas, con enormes aleros y lindas portadas. La más bella es la llamada «del Adelantado», en la plaza de la Catedral. La notable fachada barroca tiene reminiscencias del gótico tardío, arcaísmo no infrecuente en Nicaragua. En ella figura un vitral a Fernando VII, fechado en 1809, en las postrimerías del Imperio. De las iglesias, las más notables son la de San Francisco, incendiada por Walker y reedificada en 1867 al 1868, en barroco «republicano». De este mismo estilo arcaizante es la iglesia de Nandaime, en los alrededores de Granada, con torre sobre la portada. El interior es de madera y conserva un bello retablo barroco. Fué construida de 1859 a 1872.

Al día siguiente, 22 de noviembre, emprendemos, en ferrocarril, el camino de León. En la estación de Managua, a punto de arrancar el tren, un anciano mestizo, vendedor de caramelos, se asoma al vagón por la ventanilla y pregunta por mí. Nos saludamos con un cordial apretón de manos. Es un apasionado de la literatura española y me pide noticias de los Quintero, de Benavente, de Manolo Machado, cuyos sonetos sabe de memoria. Le doy, apresuradamente, las referencias que puedo de vivos y muertos. El tren arranca y en el andén queda el viejo vendedor de caramelos, rumiando la rápida impresión que he podido darle de la España lejana y amada. Nosotros, en tanto el convoy corre por la orilla del lago de Managua, pensamos en el poder vincular de la lengua, último vestigio del Imperio, y en la finura espiritual de esta gente de Nicaragua, ávida de belleza.

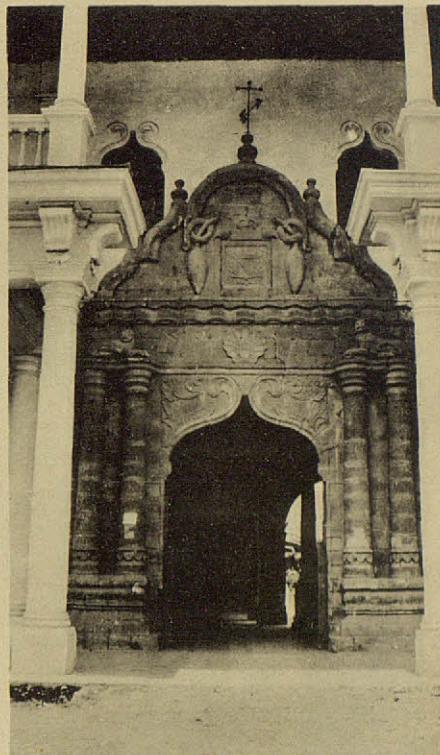
El tren —un viejo y lento convoy, que para en todas las estaciones— va rodeando el lago, de apagada y melancólica belleza. Cada una de las rocas que se adentran en las aguas sirve de pedestal a la elegante figura de una garza, blanca o morena. En cada parada suben a los coches infinitud de vendedores de todo género de golosinas y de juguetes de graciosas formas y vivos colores. A mediodía arribamos a la estación de León, donde nos espera el



Estatuas del Conquistador Hernández de Córdoba y de Isabel la Católica en la Catedral de Managua.



Managua. La Cruz de España.

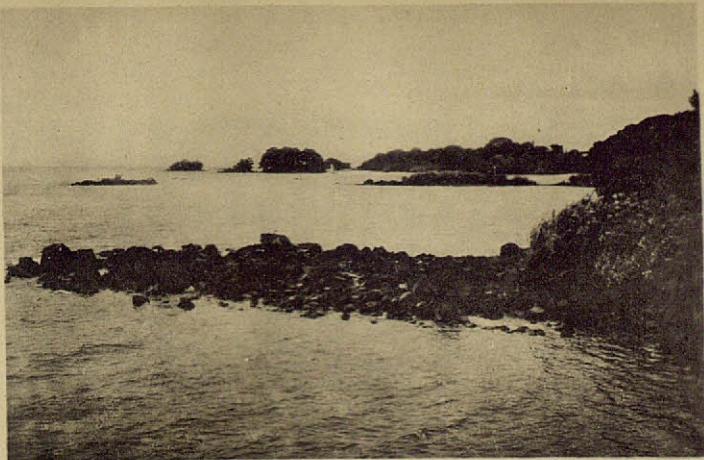


Granada. Palacio del Adelantado.

NICARAGUA



Iglesia de Subtiava, cerca de León.



El lago de Granada.



Iglesia de La Recolección, de León.



Paisaje del lago de Granada.

prelado, Monseñor Oviedo, antiguo colegial de Comillas, y el grupo hispanista, que nos tributan la más cordial acogida que pudiéramos imaginarnos. Nos encontramos «en casa», en un ambiente nuestro, familiar, entre personas que nos acaban de ser presentadas y que nos parecen ya antiguos y queridos amigos.

La actual ciudad de «Santiago de los Caballeros de León» no es la primitiva, fundada en fecha no bien precisa (1523 ó 1524) por Francisco Hernández de Córdoba, junto al lago de Managua, al pie del temible Momotombo. Los terremotos y las inundaciones obligaron al abandono del poblado donde tuvo su comienzo la vida española de Nicaragua y que presenció los más dramáticos sucesos de su historia: el asesinato del Obispo Valdivieso y la rebelión de los Contreras. El 2 de enero de 1610, Pedro de Munguía Mendiola, que enarbolaba el estandarte real, al frente de todos los vecinos de la ciudad antigua, sentó los fundamentos de la nueva a nombre de la Majestad de Don Felipe III. León estaba destinado a ser el centro intelectual de Nicaragua. El 15 de diciembre de 1680, el Obispo don Andrés de las Navas Quevedo fundó el llamado Colegio Tridentino de San Ramón, que un decreto de las Cortes de Cádiz (10 de enero de 1812), confirmado por Fernando VII en 15 de mayo de 1815, elevó a la categoría de Universidad. La gran Catedral, construida en el siglo XVIII, el más bello edificio de Centroamérica, y la Universidad, dan a Santiago de los Caballeros de León su singular acento de distinción espiritual.

Nuestra primera visita fué a la tumba de Rubén Darío, bajo las altas bóvedas de la Catedral. España tiene una deuda no pagada con el gran poeta de la Raza, que, en el derrumbamiento de 1898, creyó en ella, cuando los españoles habían perdido la fe en sí mismos. Contribuimos en la medida de nuestras posibilidades a pagar este débito postrándonos ante él —León moribundo evocación reducida del de Lucerna— que guarda los despojos del que fué la voz clamorosa del mundo de lengua hispánica en un momento de máxima depresión.

La Catedral es un bello y armonioso edificio de tres naves abovedadas, de clásica y desnuda serenidad. La fachada, entre dos torres, es de ese barroco tardío que aún se hacía en Nicaragua después de la independencia. En ella trabajó el arquitecto de Guatemala Hipólito de Estrada, que murió hacia 1830.

Poco pudimos ver, en un solo paseo, interrumpido por uno de esos turbiones del trópico que lanzan sobre la tierra «rios vertica-

les», de la ciudad, de chato caserío de enormes aleros, en el cual hay que notar algunas lindas portadas. Visitamos la iglesia de Subtiava, el poblado indígena junto al cual se fundó la actual León. Es, sin duda, lo más viejo de la arquitectura española en Nicaragua. La fachada, coronada por una espadaña, es todavía renaciente, como la maciza torre que la flanquea. El interior es de tres naves separadas por pilares de madera con tallas de sabor indígena en basas y zapatas, cubiertas de artesonado barroco de tirantes, con reminiscencias moriscas, y crucero con cúpula. Los retablos son barrocos, con el acento que les da la mano de obra indígena, y que se advierte más en uno de ellos, al lado del Evangelio, flanqueado de una especie de cestos, de los cuales emergen tallos que sostienen lienzos de asunto devoto. Al exterior, la iglesia de Subtiava tiene un atrio con «posas» en los ángulos, como los conventos de Méjico. La plata labrada es muy bella, singularmente una cruz procesional del xvi, de resabios góticos.

Otra interesante iglesia de León es la de la Recolección, con fachada de tipo mejicano, dividida en cinco ejes por columnas torsas de piedra de rica talla y flanqueada por torres de tres cuerpos decrecientes. No lejos de Subtiava están las ruinas de la iglesia de la Vera Cruz, vieja construcción española ahogada por la selva, que de tal manera ha estrangulado su arquitectura, que ramas, troncos y raíces se confunden con los piedras labradas en una masa informe que apenas conserva vestigios de ordenación arquitectónica.

El martes 26 de noviembre de 1946 levantamos vuelo en el aeródromo de Managua, hacia las islas del mar Caribe. Durante algún tiempo volamos sobre montañas cubiertas de bosques. Es la «Nueva Segovia», que mi antecesor Rodrigo de Contreras recorrió y pobló en la segunda mitad del año de 1536. No me ha sido posible contemplar esta tierra sino a vista de avión, pero en los pocos minutos que volamos sobre ella, procuré que quedasen grabados en mi mente cada uno de los detalles del bello país, al cual me considero unido por los vínculos de una vieja y entrañable tradición familiar.

MARQUÉS DE LOZOYA

El Museo Nacional de la Trinidad

(Historia y catálogo de una pinacoteca desaparecida)

Como «de las mejores de Madrid» conceptuaba el exigente don Antonio Ponz (1) la arquitectura de la iglesia de Trinitarios Calzados, en la calle de Atocha. Con ello queda certificado el carácter clasicista de la construcción, atestiguado luego con semejante cariño por Llaguno (2) y transmitido a nosotros por contados elementos gráficos, menos informadores que las noticias en torno a los alarifes y decoradores que dieron vida a la construcción. En efecto, consta que, a la llegada a Madrid de los Trinitarios Calzados, el propio Felipe II escogió el solar; Juan de Valencia dió las trazas con que Gaspar Ordóñez, un discípulo de Juan de Herrera educado en la mejor escuela escurialense, construye, por los años de 1590 a 1611, la iglesia, los lienzos oriental y meridional del claustro y el gran dormitorio en el eje norte-sur. Más tarde, de 1618 a 1629, y muerto ya Ordóñez, Alonso Marcos edificó la escalera, cuando era Ministro del convento el Beato Simón de Rojas. En fin, de 1639 a 1670 se acabó el claustro, y de 1650 a 1680 se alzaron el crucero y Capilla Mayor (2). Posteriormente se fueron añadiendo diferentes cuerpos a este núcleo inicial, hasta que, a comienzos del siglo xix, el Convento de la Trinidad llegó a ser uno de los más grandes de Madrid. Comprendía (3) los números 12 a 16 de la calle de Atocha, precisamente donde hoy se alza el Teatro Calderón, y el número 2 de la

(1) ANTONIO PONZ: «Viaje de España.» Madrid, 1776, V. p. 71. La descripción del convento, p. 69-75.

(2) EUCENIO LLACUNO Y AMÍROLA: «Noticia de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración.» Madrid, Imprenta Real, 1829, III, p. 113-4.

(3) PASCUAL MADOZ: «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar.» Madrid, 1847, X, p. 748 (el texto referente a Madrid es de Eguren).

calle de Relatores, dando la vuelta por la entonces plazuela del Progreso, en el número 8 de ésta.

De toda esa gran manzana conventual, la parte de prestancia estética se constituía por la iglesia, escalera y claustro; aquélla abría a la calle de Atocha su fachada septentrional, dórica, con cuatro grandes columnas y un relieve de la Trinidad; el interior adolecía de poco luminoso, pues la cúpula del crucero estaba carente de cuerpo de luces; la escalera, dórica, era majestuosa y poco tenía que envidiar a la del Escorial en monumental severidad. En fin, el claustro contaba en cada crujía con veintiocho arcos de medio punto en cada uno de sus dos pisos, y ningún otro había en la capital de semejantes proporciones. Avaloraban el templo, según la relación de Ponz, el lienzo del altar mayor, por Jiménez Donoso; las pechinias de la cúpula, decoradas por éste y por Claudio Coello; dos lienzos en el crucero, pintados por el lusitano Manuel de Castro, representando «La Virgen de los Angeles» y «Redención de cautivos»; una «Santa Agueda», de Francisco Ricci; «Religiosos mártires con la Trinidad», del P. Juan Ricci; dos retablos de Palomino, dos de Antonio González Velázquez y alguna otra cosa de no inferior calidad, de que ya haré mención. Los lunetos creíalos Ponz del referido Castro; pero alguno que pudo ver don Manuel Gómez Moreno cuando la demolición, era del nebuloso Eugenio Orozco. En fin, el claustro se adornaba con cuadros de Eugenio Caxes y de Van der Hamen. Otras pinturas menos importantes había en diferentes sitios de la iglesia y en la capilla De Profundis; en la sala capitular, una pareja de mártires mercedarios, por Vicente Carducho, amén de frescos por algún discípulo de Patricio Caxes.

Esta era la iglesia que por última vez es citada en funciones de tal por Mesonero Romanos (4) el año 1833. Dos años más tarde se decretó la extinción de conventos, y el de la Trinidad sufrió la misma suerte que los de los Mínimos de la Victoria, Capuchinos de la Paciencia, Basílios, Agonizantes, etc. Y aquí comienza el nuevo destino del edificio, que por entonces se libró del derribo; la Junta nombrada el 13 de enero de 1836 se había ocupado de reunir los objetos artísticos procedentes de conventos suprimidos, con los cuales una Real Orden de 31 de diciembre de 1837 disponía se organizase un Museo Nacional comprendiendo los cuadros y esculturas recogidos en los dichos conventos correspon-

(4) MESONERO ROMANOS: «Manual de Madrid.» Madrid, 1833, p. 149-50.

dientes a las provincias de Madrid, Toledo, Ávila y Segovia. El acopio de cuadros resultantes de la incautación fué enorme, y era preciso pensar para su acomodo en el mayor convento de los suprimidos. Este hubiera sido acaso San Francisco el Grande, pero las Cortes de 1837 lo destinaron a Panteón de Hombres Ilustres, y hubo de pensarse en la Trinidad.

La idea, excelente, trataba de que ninguna de las riquezas que habían sido de la Iglesia y pasaban al Estado, se mermasen. La realización ya fué otra cosa, no demasiado pensada. El Convento de la Trinidad no tenía, naturalmente, la menor condición para Museo, y una de las reformas que fué preciso acometer en la iglesia consistió en cortar su nave a la mitad de la altura, aparte otra porción de arreglos. Se colgaron los cuadros en las dos partes resultantes, y sobre todo en el crucero. En el claustro alto se tapiaron los arcos para aprovecharlos como superficie murada en que colocar cuadros, de modo que hubo que abrir lucernas, calando las bóvedas, y bien o mal, el Convento se hizo Museo, coexistiendo en el mismo edificio otras entidades, como el «Instituto Español». Principal personaje en la Directiva del Museo el año 1838 era don Valentín Carderera, el pintor y erudito aragonés, que hubo de intervenir activamente (5) en la clasificación, restauración y colocación de los cuadros. Estos no eran solamente los procedentes de los conventos extinguidos, sino también los que integraban la selecta colección incautada al Infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, en represalia por haberse adscrito al bando carlista. Este infante (1811-1875) había concluido de formar su colección en 1833; además de coleccionista, era buen erudito y práctico de la pintura, habiendo sido elegido en 1827 individuo de la Academia de San Fernando, y después su consiliario, por la redacción, entre otros méritos, de un tratado de colores y barnices. Su colección era rica en cuadros de maestros españoles (Juanes, Greco, Ribera, Mazo, Mateos, Carreño, Arellano, Escalante, Sánchez Cotan, Sebastián Muñoz, Tobar, Meléndez y varios magníficos Goyas) y extranjeros, particularmente italianos y flamencos (6). El Gobierno podía, pues, ufanarse de abrir

(5) OSSORIO Y BERNARD: «Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX.» Madrid, 1883-4, p. 132.

(6) Hay dos catálogos de esta colección: uno, publicado a la muerte del Infante («Catalogue abrégé des tableaux appartenant aux héritiers de feu Mgr. l'Infant Don Sébastien de Bourbon et de Bragance», París, 1876), y otro, publicado a la muerte de su esposa, ya muy disminuida la cantidad de cuadros («Catalogue de la

un Museo espléndido cuyos fondos no habían costado ni un real a la nación. Un poco precipitadamente, la nueva galería quedó instalada y abierta al público el 24 de julio de 1838, día onomástico de la regente María Cristina. Pero esta primera vida fué muy corta y hubo de cerrarse poco después de la inauguración.

Por segunda vez fué abierto el Museo el 2 de mayo de 1842, esta vez por Espartero, en un momento en que la fiebre política, violentamente favorable o adversa al General, apenas dejó tiempo a la Prensa madrileña para ocuparse del hecho. Excepción fué un periodiquillo antiesparterista, «La Posdata» (*sic*), que el viernes 4 de mayo, en su página 4, sección de «Retazos», sólo hacía mención del nuevo Museo para justificar un ataque al Regente en los siguientes términos: «Vamos a referir un hecho que prueba hasta qué punto llega la adulación de los patriotas con cierto personaje. Hace tres años, cuando se abrió el Museo Nacional, se le puso un tarjetón que decía: "Se abrió reinando en España Doña Isabel II, y siendo Gobernadora del Reino su madre Doña María Cristina de Borbón." Este letrero se ha sustituido con otro, diciendo: "que se abrió el Museo siendo regente del reino el duque de la Victoria". La falsedad no puede ser más palpable, ni más necia la adulación» (6 bis). El resto de la Prensa madrileña, es decir, «El Correo Nacional», «El Eco del Comercio» y «El Espectador», olvidaron el suceso, uno de los más gratos entre los fastos culturales de nuestra era romántica.

Al menos, Espartero y su partido, fuera por política o por efectivo amor a las Artes, favorecieron al nuevo centro y las Cortes del año 42 votaron para gastos ordinarios, extraordinarios y de personal del Museo la cantidad de 92.500 reales; este personal consistía en una «Comisión de Profesores», que cesó el 18 de abril de 1845 (7). Entonces se nombró director, sin sueldo, a don Joaquín Iñigo, que luego fué sustituido por don Javier de Quinto, barón de Quinto, jefe de la Casa de María Cristina y ostentador de no sé cuántos cargos más. Pero el principal rector del Museo había de ser el subdirector, don Gregorio Cruzada Villamil, nombrado para tal cargo el 22 de diciembre de 1862, y cesante en

collection de tableaux de feu son altesse royale l'Infante Marie Christine de Bourbon», Madrid, 1902). En este catálogo quedaban 86 cuadros, de ellos 17 españoles. La biografía y personalidad artística del Infante, con algún error, viene en el Ossorio y Bernard.

(6 bis) Agradezco al Sr. Molina, del Museo Municipal de Madrid, esta curiosa noticia.

(7) MADOZ, p. 859.

octubre de 1864, autor del «Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de Pinturas», Madrid, 1865, único documento publicado sobre los fondos, a base de un inventario manuscrito redactado en 1854.

Hablemos de la enfermedad y muerte del Museo. Principio de aquélla fué la burocracia incrustada en el Madrid isabelino; la escasez de locales oficiales fué causa de que el nuevo Museo tuviera que albergar otros cometidos, tales las exposiciones de pintura de 1847 y 1856; haciendo la crítica de la primera, don Pedro de Madrazo (8) se lamentaba de las malas luces del salón. Otra exposición se celebró en 1856, cuyo acto de reparto de premios en el ábside de la iglesia trinitaria nos ha transmitido una estampa de la época, dibujada por J. Tomé y litografiada en el establecimiento de Martínez. Y ojalá hubieran sido éstos todos los males del Museo; pero ya en el citado año 1847 se hacían allí obras para albergar el Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, que hasta entonces había vivido en la Casa de los Inquisidores, el gran caserón que aún subsiste en el número 14 de la calle de Torija. En 1846 tuvo lugar el traslado de servicios, una de las nada geniales ideas de Bravo Murillo, desoyendo las acertadas observaciones de Gil y Zárate, a la sazón Director General de Instrucción Pública. Se gastó en grande y no hubo ni Ministerio ni Museo; de éste quedó el claustro alto con la serie cartujana de Vicente Carducho, algunos cuadros en el crucero de la iglesia, otros en dependencias oficiales y los más en la sala de restauración, hacinados y «entregados al polvo y la polilla» (9). En efecto, esta coexistencia de Ministerio y Museo fué una desgracia para los amantes del arte; muchos de los cuadros habían de ser vistos en despachos y dependencias oficiales, y el triunfo de la burocracia fué completo.

Sin embargo, los amigos del Museo alimentaban una esperanza; en 1868 el meritísimo don José Caveda (10) lamenta el estado en que se hallan las colecciones de la Trinidad, cuyos primitivos elogia, pero se consuela pensando que pasarán pronto al edificio de Bibliotecas y Museos, que se estaba construyendo en Recoletos;

(8) En el «Semanario Pintoresco español», 1847, p. 356.

(9) ANTONIO GIL Y ZÁRATE: «De la Instrucción Pública en España.» Madrid, 1855, t. III, p. 360.

(10) JOSÉ CAVEDA Y RODRÍGUEZ: «Memorias de la Real Academia de San Fernando.» Madrid, 1868, II, p. 347 y 357.

de esta ilusión participaba don Gregorio Cruzada Villamil. En el mismo año 68 se precipitaron los acontecimientos; venida la revolución septembrina, don Vicente Poleró, buen restaurador y erudito, publica un opúsculo, firmado el 10 de octubre (11), en que, de buena fe, en vista de la «radical revolución llevada a cabo en nuestra España» y de «la nueva felicísima era que hemos alcanzado», propone que se fundan en uno solo los dos museos existentes en Madrid; el resultado se llamaría «Gran Museo Nacional», debiendo contar, además, con los fondos de la Academia de San Fernando, de Palacio, de los Reales Sitios, y de una selección de los templos españoles. Da autoridad a esta propuesta, que, de haberse llegado a realizar, hubiera sido excelente, el alegato de que el Ministerio de Fomento no reunía condiciones para el disfrute y estudio de la colección, cual ésta merecía, por los muchos artistas y aficionados que desde 1839 lo habían solicitado.

Fuera por la iniciativa de Poleró o por convicción propia, los hombres de «la Gloriosa» acabaron con el Museo; dos decretos de La Regencia, uno con fecha 25 de noviembre de 1870 y otro de 22 de marzo de 1872 suprimieron el Museo Nacional y lo refundieron con el del Prado, que heredaba sus fondos integros, menos algunas tablas y las esculturas, que pasaron al Arqueológico. Lo legislado no carecía de lógica, ya que el Museo Real del Prado había pasado a ser Nacional. Pero queda por dentro la sospecha de si el principal móvil no sería más mezquino; el de lograr para oficinas todos los vastos aposentos de la Trinidad. En efecto, el Ministerio de Fomento siguió instalado en el viejo convento hasta que don Ricardo Velázquez Bosco construyó el nuevo edificio de la glorieta de Atocha. En 1898 tuvo lugar el traslado del Ministerio y dos años más tarde se procedió a la demolición del Convento de la Trinidad.

Tal fué la corta vida del Museo Nacional, un centro de cuya desaparición no es fácil consolarse. De lo que fué podemos tener idea, aparte Madoz (12), por el «Nuevo Manual», de Mesonero Romanos (13), y «El antiguo Madrid», del mismo (14), por el libro de

(11) VICENTE POLERÓ Y TOLEDO: «Breves observaciones sobre la utilidad y conveniencia de reunir en uno solo los dos museos de pintura de Madrid y sobre el verdadero estado de conservación de los cuadros que constituyen el Museo del Prado.» Madrid, 1868. Es folleto muy raro.

(12) Obra y página citadas.

(13) MESONERO ROMANOS: «Nuevo Manual histórico-topográfico-estadístico y descripción de Madrid.» Madrid, 1854, 445-58.

(14) MESONERO ROMANOS: «El antiguo Madrid.» Madrid, 1881, p. 302-3.

Viardot (15), por el de Araujo (16) y por la «Guía de Madrid», de Fernández de los Ríos (17). Nunca tuvo demasiada buena crítica, excepto por parte de Mesonero Romanos, que le llama «precioso Museo», si bien escribía estas palabras antes de que se devolviera su colección al Infante Don Sebastián Gabriel, ya reconciliado con Isabel II. También era favorable la opinión de Gil y Zárate, quien hablando del brillante estado del Museo, afirma que «a no tener la capital del Reino el Museo del Prado... hubiérase considerado como uno de los principales adornos, pues era grande el número de cuadros que poseía, y casi todos de sobresaliente mérito» (18). En cambio, Viardot se lamentaba de la cantidad de cuadros malos expuestos. El barón Davillier habla del Museo en 1874, cuando ya había desaparecido como tal; después de describir el del Prado, informa a los parisienses de que «hay en Madrid otra galería raramente visitada; es el Museo Nacional, que fué abierto para recibir los cuadros de los conventos suprimidos. Hay allí cerca de 900 telas, cuyas nueve décimas partes apenas son dignas de ser expuestas» (19). Huelga afirmar la injusticia de estas apreciaciones: aunque el Museo Nacional hubiese devuelto la colección del Infante, también se había preocupado de comprar nuevos lienzos; en 1856 adquirió la «Genealogía de la Orden Tercera», de Carducho; en 1863, la serie de la «Historia de José», de Antonio del Castillo; en 1866 y 1869, el «Autorretrato», «Josefa Bayeu», «El exorcizado», «Francisco Bayeu», «Fernando VII en un campamento» y 186 dibujos, todo ello de Goya. No puede extrañar esta injusticia subestimativa cuando el propio Cruzada Villamil la refuerza en su Catálogo, pues contando los fondos con 1739 pinturas, sólo cataloga 599, advirtiendo que no se incluyen «los cuadros del Museo que carecen de mérito artístico», si bien añadiendo 760 cuadros contemporáneos, de los triunfadores en las exposiciones; éstos sí que eran, en su mayoría y salvo muy honrosas excepciones, no malos, sino malísimos (20). Hora es de decir que el criterio de

(15) LOUIS VIARDOT: «Les musées d'Espagne.» París, Hachette, 1860, p. 153-63.

(16) CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ: «Los museos de España.» Madrid, 1875.

(17) A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS: «Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero.» Madrid, 1876, p. 50-3.

(18) GIL Y ZÁRATE, p. 360.

(19) TH. DAVILLIER: «L'Espagne.» París, 1874, p. 596.

(20) Otro catálogo se publicó de los mismos: CARLOS MARTÍNEZ y EMILIO RUIZ CAÑABATE: «Catálogo de las obras del Museo Nacional de Pintura y Escultura (Pintores contemporáneos).» Madrid, 1899 (108 p., 2 hojas, catalogando 306 cuadros).

Cruzada no nos sirve; muchos de los cuadros que deja de catalogar tienen «mérito»; unos estético, todos histórico y erudito.

No se catalogaron las esculturas, y naturalmente, éste fué el mejor camino para su perdición. «El museo contiene, además, en la galería baja y escalera principal, algunas, aunque pocas estatuas», decía Fernández de los Ríos, sin juzgar interesante enumerarlas (21). Madoz, o, mejor dicho, Eguren (22), es más explícito, pues cita la «Magdalena», que se decía de Alonso Cano, pero que será la de Pedro de Mena que estaba en San Felipe Neri, luego en la Trinidad, después en el convento de las Salesas hasta 1919, luego en el Prado y hoy en el Museo de Valladolid; «San Francisco de Regis, difunto», de Cornachini (23), y «San Francisco de Asís», de Agreda, que será el que había en los Capuchinos de la Paciencia. Pero asimismo estaban los sepulcros de Alvaro Gutiérrez y María de Pisa, procedentes de los Benedictinos de San Martín, los de Juan Solórzano Pereira y su esposa Juana de Paniagua, procedentes del Convento de Caballero de Gracia, y los de los Marqueses de Mejorada del Campo Don Pedro Fernández y su esposa, llevados del Convento de Recoletos, y los del Santiaguista Hernán Cortés y su esposa Mencia de la Cerda; todos ellos fueron a parar al Museo Arqueológico Nacional (24). Historia más curiosa e increíble es la del «Cristo atado a la columna», de Miguel Angel Nacherino, que el contratista del derribo del Ministerio vendió como despojo, ni más ni menos que el maderamen o herrumbre vieja y que después de pasar por varias manos extranjeras llegó felizmente a la colección de don José Lázaro Galdeano (25). Otra madona de igual estilo ha tenido paradero incierto, y nada de esto debe chocarnos, cuando ningún catálogo había de tales esculturas.

Pero acaso fué más desdichado el destino de los cuadros, mirados con absoluto desprecio. Lo grave para ellos no fueron los

(21) FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, p. 502-3.

(22) MADOZ, p. 859.

(23) Es la estatua que, procedente del retablo del Noviciado, estaría en la Trinidad desde 1842 hasta 1862, en que pasó a las Descalzas Reales. Tormo, que la ha estudiado recientemente (*BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES*, 1945, 201 y ss.), no cita su estancia en la Trinidad.

(24) F. ALVAREZ OSSORIO: «Una visita al Museo Arqueológico Nacional.» Madrid, 1925 página 79.

(25) ELÍAS TORMO: «Miscelánea de escultura del siglo XVII, en Madrid», en *BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES*, 1910, p. 113-7.

criterios de Viardot o Cruzada Villamil, sino el del Museo del Prado, que, en puridad, jamás digirió el legado o regalo; no llegaron al centenar los cuadros de la Trinidad que pasaron al catálogo del Prado en una hiperítica selección que mejor es ignorar quién realizó. Naturalmente, el Museo del Prado, de siempre agobiado por razones de espacio, no podía, de buenas a primeras, admitir cerca de dos mil cuadros; ni tampoco debía, muy cierto es, comprometer su categoría universal colgando cuadros malos y mediocres. Es que el mal venía de más lejos, de la desdichada idea de la fusión; pues al no realizarse ésta, el Ministerio de Instrucción Pública concibió la absurda idea, en plena Restauración, de repartir cuadros por toda España, unos a Museos Provinciales, los menos, y los más a sitios peregrinos (iglesias, palacios arzobispales, sanatorios privados, Escuelas de Artes y Oficios. Centros Oficiales varios). De suerte que la perdida conjurada en la etapa cristina de las guerras carlistas, en lo más movido y caliente de nuestra historia decimonónica, se vino a consumar, con absoluta frialdad, en los años tranquilos, últimos del siglo XIX y primeros del XX. Tan desatentada fué la ocurrencia, que habría para comentarla desde una buena serie de puntos de vista, y no sería el menos sustancioso el de derecho canónico. Virtualmente, fué la sentencia de muerte para los fondos del Museo de la Trinidad. Los cuadros repartidos, en primer lugar, ninguna gracia prestaban a las dependencias oficiales favorecidas por el reparto a voleo; no fueron estimados, ni estudiados ni, aunque ello importe poco, agradecidos. Sólo en el incendio de 1915 ardieron en el Palacio de Justicia un buen lote de cuadros que jamás debieran haber estado allí (26), otros perecieron en un incendio del Museo de San Sebastián, muchos en la Guerra Civil. Los sucesivos siniestros y catástrofes en que se ha fundido buena parte del Museo de la Trinidad debieran haber sido previstos por los cortos políticos autores del reparto.

Por ello lamentamos hoy la absurda idea, como echamos de menos la puesta en práctica de otras excelentes, de Mesonero Romanos, antaño, y de Enrique Lafuente, hogao. Idea certera de Mesonero Romanos (27) era la de que el Museo de la Trinidad no debiera haberse llamado Nacional, sino Central o, mejor, Pro-

(26) ELÍAS TORMO: «La galería de cuadros del incendiado Palacio de Justicia», en BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES, 1915, p. 166-77.

(27) «Nuevo manual...», p. 446.

vincial. En efecto, si un Museo Provincial de la escuela madrileña (que es lo que quedó tras las selecciones del Prado) hubiera radicado en la capital de España, ahora contaría más, aparte las maravillas del Prado, con un Museo más modesto, pero homogéneo, castizo y de singular interés para nuestra pintura sexcentista. Y a este respecto hay que proclamar que la idea de Mesonero Romanos ha sido desarrollada en más de una ocasión por Enrique Lafuente Ferrari (28), uno de los hombres de más despierta sensibilidad estética que andan por España. Lafuente cree que la misión del Museo de la Trinidad, tan desdichadamente feneido, era la de presentar un panorama de la pintura madrileña del siglo XVII. Efectivamente, maestros de primera categoría, como Zurbarán, Carreño, Pereda y Claudio Coello, contaban con cuadros en el caserón de la calle de Atocha; pero si para el estudio de ellos sobran sus lucidas representaciones en el Prado, los «dii minores» de la pintura madrileña, los Alonso del Arco, Solis, Alfaro, Pareja, Escalante, etc., que podían ser estudiados en el Museo desaparecido, una vez dispersas sus obras, han caído, según era lógico prever, en el desconocimiento más absoluto. Aun más grave es el caso de pintores como Andrés Deleito, Francisco Fernández, Mateo Gallardo, Antonio Lanchares, Manuel de Molina, etc., cuyas obras en la Trinidad eran, prácticamente, único testimonio visible de su actividad pictórica. En cambio, imagínese el lector qué representará para el municipio de Porriño un lienzo de Andrés de Vargas o para la iglesia de Calera otro del casi desconocido Van de Pere.

Sin duda, nada de esto era de primerísima, ni aun de primera categoría, salvando la indudable belleza de las series de Carducho y Escalante; pero todo era muy interesante, de un interés rebasando el de la pura disquisición y especulación erudita. Hoy miramos esta pintura de segundones con mucho mayor cariño que hace medio siglo, y, con cariño o sin él, no es posible prescindir en nuestra Historia del Arte de lo que sólo alcanza importancia secundaria. Naturalmente, el destino absurdo de los cuadros de la Trinidad ha llegado a ser cuestión verdaderamente enfadosa para cuantos nos hemos ocupado alguna vez de pintura sexcentista; pues adviértase que en el conocido y útil «Allgemeines Lexikon für bildender Künstler», de Thieme-Becker, las menciones de

(28) ENRIQUE LAFUENTE FERRARI: «Nuevas notas sobre Escalante», en «Arte Español», 1944, p. 29 y ss.

dichos cuadros siguen remitiendo al Museo de la Trinidad, como si todavía funcionase, cuando las obras en cuestión, si es que todavía existen, andan en los más estrafalarios paraderos. Dos relaciones parciales, que sepamos, se han publicado sobre el destino de tan desventuradas pinturas; la de la serie cartujana de Carducho, por Beroqui (29), y la de los cuadros mercedarios de Escalante, por Lafuente (30). Mas no es bastante; y ya que la idea de rehacer el Museo de la Trinidad con lo que buenamente quede y con la misión de representar a la escuela madrileña del siglo XVII, con sus naturales entronques cincocentistas y setecentistas, no parece tenga posibilidades de prosperar, nos ha parecido útil traer una relación de los cuadros del desgraciado Museo, sobre la base de los catalogados por Cruzada Villamil, agregando otros no mencionados por éste, y con indicación de su actual paradero (31). Así se tendrá, al menos sobre el papel, idea de un museo fantasmal, inexistente y desaparecido. Y el estudioso podrá colmar con seguridad relativa las vagas y exasperantes citas referidas a un centro muerto hace cerca de ochenta años. El curioso lector debe tener en cuenta, al consultar este catálogo retrospectivo, que la comprobación de los paraderos dados por el inventario de repartos sólo ha sido hecha en los centros madrileños, y no en todos, por dificultades invencibles; que todos los lienzos que paraban en la madrileña parroquia del Corazón de María y la casi totalidad de los del Colegio de Santa Isabel perecieron en 1936; que de los que se salvaron en el incendio del Palacio de Justicia no he logrado saber su situación actual; y que de las muchas instituciones de la capital de España que obtuvieron cuadros en el reparto merecen ser citados, por el cuidado puesto en la conservación de sus lotes, el Consejo de Estado, el Colegio de San Ildefonso, la Iglesia de San Jerónimo y la Facultad de Veterinaria.

Los cuadros que se mencionan a continuación llevan en cursiva la numeración de Cruzada Villamil y a continuación la página indicada de tal catálogo, excepto cuando van las siglas N. C. (no

(29) P.(EDRO) B.(EROQUI): «Los cuadros de la Cartuja del Paular», en BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES, 1921, p. 153-7.

(30) E. LAFUENTE FERRARI: «Escalante en Navarra y otras notas sobre el pintor», en «Príncipe de Viana», Septiembre de 1941, p. 8-23.

(31) Agradecemos al Sr. Sánchez Cantón, Subdirector del Museo del Prado, las facilidades que nos ha dispensado para consultar el inventario de repartos.

catalogado). Para suplir, mientras sea posible, la consulta del dicho repertorio, se dan las dimensiones, firma y procedencia a continuación del título, y en último lugar la actual situación del cuadro. Si éste está en el Museo del Prado (M. P.), se omite otro dato que no sea el título, seguido por el número que lleva en nuestra primera pinacoteca. Se acompañan algunas reproducciones para dar idea de este malogrado momento de la museografía española que hemos comentado. Y si de este trabajo saliese alguna resolución práctica para que los cientos de cuadros cuya relación sigue no se acabasen de perder, para que pudieran volver a reunirse en algún local madrileño, quedaríamos más que satisfechos. Como no será así, que estas notas sirvan de recordatorio para cuando alguna venidera catástrofe devore nuevas docenas de honradas pinturas madrileñas.

CATALOGO I: AUTORES CONOCIDOS

AELST, Pieter Coecke van:

952, p. 244-5. «La Epifanía.» M. P. 2.223.

ALBANO, Francesco; ZAMPIERI, Domenico; CARACCI, Aníbal.

1.065, p. 252. «San Francisco.» 1,55 × 1,05.

1.066, p. 252. «Santiago.» 1,55 × 1,05.

1.067, p. 253. «San Lorenzo.» 1,55 × 1,05.

1.061, p. 253. «San Diego tomando el hábito.» Trapecio, 1,25 de alto, 1,20 de ancho superior, 2,29 inferior.

1.062, p. 253. «Milagro de San Diego.» Forma y dimensión del anterior.

1.063, p. 253. «Vida de San Diego.» Forma y dimensión del anterior.

1.064, p. 254. «Milagro del muchacho.» Forma y dimensión del anterior.

(Conservados los seis, sin número de catálogo, en el Museo del Prado) (32).

(32) Eran frescos de la Capilla de San Diego en la iglesia de Santiago de los Españoles, en Roma, capilla fundada por don Diego de Herrera, con motivo de la consagración del titular. Arrancadas las pinturas antes de julio de 1850 por Antonio Solá, la Academia de Barcelona arrambló con las que pudo y sólo éstas llegaron a Madrid. Vid. ELÍAS TORMO: «Monumentos españoles en Roma y de portugueses e hispanoamericanos», Madrid, 1942, I, p. 64.

ALFARO Y GÁMEZ, Juan:

723, p. 33. «Asunción de la Virgen.» L., 1,85 × 1,46. Firmado: «D. Juan Alfaro. Picturæ studiosus. F.º 1668.» Madrid. Iglesia de San Jerónimo.

ALLORI, Alessandro:

121 (numeración negra), p. 259-60. «Sagrada familia y el Cardenal Fernando de Médicis.» M. P. 6.

ANTOLÍNEZ, Francisco:

347, p. 123. «Natividad.» M. P. 588.
388, p. 123. «Presentación de la Virgen.» M. P. 585.
413, p. 124. «Huída a Egipto.» M. P. 590.
424, p. 124. «Desposorios de la Virgen.» M. P. 587.
416, p. 124. «Anunciación.» M. P. 586 (33).
410, p. 124. «Epifanía.» M. P. 589.

ANTOLÍNEZ, Claudio José:

806, p. 34. «Inmaculada.» L., 2,07 × 1,68. Firmado: «JH. Antolínez.» Almería. Instituto de Segunda Enseñanza.
165, p. 34. «Inmaculada.» L., 1,64 × 1,09. Firmado: «Joseph Antolínez.» Madrid. Hospital Clínico.
679, p. 34 (atribuído). «Paisaje.» L., 1,25 × 1,51. Madrid. Colegio de Abogados.
685, p. 34 (atribuído). «Paisaje.» L., 1,24 × 2,51. Madrid. Colegio de Abogados.
119, N. C. «Martirio de San Lorenzo.» L., 2,00 × 1,62. Madrid. Colegio de Santa Isabel.

ANTONIAZZO ROMANO. (Para Cruzada, anónimo español):

1.685, p. 209. «Tríptico del Salvador.» M. P. 577 a.

APPOLI, Giuseppe:

666, p. 266. «Los discípulos de Emaús.» L., 0,43 × 0,32. Firmado: «Giuseppe Appoli, 1780.» Figueras (Gerona). Ayuntamiento.
673, p. 267. «La Magdalena a los pies de Cristo.» L., 0,43 × 0,32. Firmado: «Giuseppe Appoli. 1780.» Figueras (Gerona). Ayuntamiento.

(33) Hoy en el Museo Municipal de Vigo.

ARCO, Alonso del:

- 700, p. 30. «Inmaculada.» L., 1,69 × 1,06. Firmado: «Alonso del Arco in. 1683.» Barcelona, Universidad (34).
- 732, p. 30. «Decapitación de un santo.» L., 2,37 × 1,69. Firmado: «Alonso del Arco. 1682.» Madrid. Parroquia del Corazón de María.
- 777, p. 31. «Virgen de la Merced invistiendo a un caballero.» L., 2,44 × 1,82. Firmado: «Alonso del Arco in anno 1682.» Barcelona, Universidad.
- 814, p. 31. «Santa Rosa de Viterbo.» L., 2,32 × 1,39. Firmado: «Alonso del Arco.» Santiago de Compostela (La Coruña). Sociedad Económica.
- 172, N. C. «Santa Paula, vestida de monja.» L., 0,69 × 0,54. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.
- 995, p. 31. «Inmaculada.» L., 2,21 × 2,06. Firmado: «Alonso del Arco, fecit anno 1687.» Oviedo, Universidad (35).
- 549, N. C. «Prendimiento de Cristo.» L., 1,83 × 1,65. Villanueva y Geltrú (Barcelona). Museo Balaguer.

ARELLANO, Juan de:

- 187, p. 29. «Florero.» L., 0,41 × 0,31. Figueras (Gerona). Ayuntamiento.
- 191, p. 29. «Florero.» L., 0,41 × 0,31. Figueras (Gerona). Ayuntamiento.
- 210, p. 29. «Florero.» L., 0,54 × 0,83. Barcelona, Universidad.

ARIAS FERNÁNDEZ, Antonio:

- 775, N. C. «Virgen en trono de nubes.» L., 2,08 × 1,44. Madrid. Iglesia de San Pascual.
- 568, p. 32. «Virgen y niño.» M. P. 599.
- 503, N. C. «Cristo, lavando los pies a San Pedro.» L., 2,05 × 1,66. Madrid, Colegio de Santa Isabel.

BAYEU, Francisco:

- 530, p. 36. «Estigmatización de San Francisco.» L., 2,50 × 1,39. Madrid, Palacio de Justicia, en cuyo incendio ardió (36).

(34) Procede de los Trinitarios Descalzos de Toledo.

(35) Procede de la Magistral de Alcalá de Henares.

(36) ¿Será el que cita PONZ en el convento de Monjas Vallecas?

BECERRA, Gaspar:

910, p. 188. «La Magdalena, penitente.» M. P. 608.

BERRETINI, Pietro (Pietro da Cortona):

69, p. 262. «David, coronado por el Profeta.» L., 1,47 × 2,13. San Sebastián, Museo Provincial. Deteriorado por el incendio de dicho Museo.

BENSON, Ambrosius:

893, p. 239. «Virgen, Santa Ana y el Niño.» M. P. 1.933.

870, p. 240. «Nacimiento de la Virgen.» M. P. 1.929.

867, p. 240. «San Joaquín y Santa Ana.» M. P. 1.935.

880, p. 240. «Santo Entierro.» M. P. 1.928.

878, p. 241. «El descendimiento.» M. P. 1.927.

877, p. 196. «Santo Domingo de Guzmán.» M. P. 1.303.

879, p. 196. «Santo Tomás de Aquino.» M. P. 1.304.

BERRUGUETE, Pedro:

1.676, p. 182. «Santo Domingo de Guzmán.» M. P. 616.

1.689, p. 182. «San Pedro Mártir.» M. P. 617.

1.671, p. 183. «Sermón de San Pedro Mártir.» M. P. 611.

1.681, p. 183. «San Pedro Mártir en oración.» M. P. 612.

1.682, p. 184. «Muerte de San Pedro Mártir.» M. P. 613.

1.680, p. 184. «Un ciego ante el sepulcro de Santo Domingo.» M. P. 614.

1.669, p. 184. «Santo Domingo y los albigenses.» M. P. 609.

1.668, p. 185. «Santo Domingo, resucitando un niño.» M. P. 610.

1.670, p. 185. «Aparición de la Virgen a una comunidad.» M. P. 615.

BORGIANI, Horacio:

606, p. 266. «Cristo en la cruz.» L., 2,41 × 1,67. Firmado: «Opus
Oratii Borgiani.» Cádiz, Museo de Bellas Artes.

CALABRIA, Pedro de (37):

389, p. 267. «Anunciación.» L., 2,47 × 3,29. Firmado: «Calabria f.
pr. 1720.» Barcelona, Universidad.

395, p. 267. «Coronación de la Virgen.» L., 2,47 × 3,29. Barcelona,
Universidad.

CAMARÓN Y BONONAT, José:

1.013, N. C. «San Francisco, difunto.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San
Francisco el Grande.

(37) Cruzada Villamil, sin más averiguaciones, hizo italiano a Pedro de Calabria, no cuidándose de la biografía publicada por Ceán Bermúdez (I, p. 86). Seguramente era de Valladolid y, desde luego, español.

- 1.016, N. C. «Tránsito de San Francisco.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.017, N. C. «San Francisco conjurando una figura.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.018, N. C. «San Francisco cortando el cabello a un joven.» L., 2,16 por 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.025, N. C. «San Francisco, sentado y hablando con un personaje.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.026, N. C. «San Francisco con un niño en brazos.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.038, N. C. «Estigmatización de San Francisco.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.

CAMILO, Francisco:

- 999, p. 36. «Comunión de Santa María Egipciaca.» L., 6,42 × 3,75. Alcalá de Henares (Madrid). Archivo (38).
- 547, p. 37. «Santa Ana y la Virgen.» L., 2,35 × 1,73. Huesca, Museo Provincial (39).
- 803, p. 37. «Santiago.» L., 2,64 × 1,79. Firmado: «Francisco Camilo, faciebat 1649.» Ciudad Rodrigo (Salamanca), Parroquial (40).
- 527, p. 37. «San Joaquín y la Virgen.» L., 1,76 × 1,25. Firmado: «Francisco Camilo fat. 1670.» Madrid, iglesia de San Jerónimo (41).
- 516, p. 38. «San Jerónimo en el desierto.» L., 2,06 × 2,49. Firmado: «Francisco Camilo, 1651.» Madrid, Palacio de Justicia.
- 544, p. 38. «San José y el niño.» L., 2,34 × 1,74. Firmado: «Francisco Camil faciebat 1652.» Huesca, Museo Provincial (42).
- 220, p. 38. «San Antonio de Padua.» L., 1,63 × 1,08. Firmado: «Francisco Camilo fecit anno 1659.» Madrid, Escuela de Arquitectura.
- 405, p. 38. «Arcángel San Miguel.» L., 1,40 × 0,63. Madrid, Congregación de Jurisprudencia (43).
- 102, p. 39. «Santo Tomás de Villanueva.» L., 2,09 × 1,11. Madrid, Consejo de Estado.

(38) De las Capuchinas de Alcalá de Henares.

(39) Del Carmen Descalzo, de Madrid.

(40) De la Cartuja del Puarar.

(41) De la Cartuja del Puarar.

(42) De San Felipe el Real, de Madrid.

(43) Del Carmen Calzado, de Madrid.

- 447, p. 39. «El Beato Nicolás Albergato.» L., 1,12 × 0,84. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 514, p. 39. «San Hugo» (boceto). L., 1,10 × 0,85. Sevilla, Universidad.
- 706, p. 39. «Santa Ana dando lección a la Virgen.» L., 2,53 × 1,74. Madrid, Hospital Clínico.
- 909, p. 40. «Judíos quemando un crucifijo.» L., 2,10 × 2,30. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica (44).
- 409, p. 109. «Virgen y Santa Ana.» L., 2,09 × 1,09. Madrid, San Jerónimo.
- 526, N. C. «Cristo yacente.» L., 1,05 × 2,06. Jaén, Museo Provincial.

CANO, Alonso:

- 101, p. 140. «Virgen y niño.» M. P. 630.
- 79, p. 140. «Cristo en la cruz.» M. P. 631 (45).
- 300, p. 140. «San Francisco.» L., 2,91 × 1,65. Madrid, San Francisco el Grande.
- 317, p. 141. «San Antonio.» L., 2,91 × 1,65. Madrid, San Francisco el Grande (46).
- 501, p. 280. «Mercedario predicando ante un concurso de cardenales y obispos.» L., 2,07 × 1,66 (dudoso). Madrid, Consejo de Estado.

CARDOCHO, Vicente:

- 519, N. C. «Presentación.» L., 1,75 × 1,20. Zaragoza, Universidad.
- 546, N. C. «Pontífice arrodillado.» L., 2,40 × 1,98. Madrid, San Francisco el Grande.
- 84, p. 20. «San Bruno en oración.» L., 1,10 × 0,91. Madrid, Museo del Prado, Almacén (47).
- 618, p. 20. «Degollación del Bautista.» L., 1,76 × 1,23. Firmado: «V. C. P. R. F.» Cáceres, Escuela de Dibujo.
- 998, p. 20. «Anunciación.» L., 1,80 × 1,24. Firmado: «V. C. P. R. F.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 369, p. 21. «Martirio de Santa Bárbara.» L., 3,50 × 2,44. Firmado: «Idea manus que Vicentii Carduchi Ps. Regis. 1631.» San Sebastián, Museo, en cuyo incendio ardió (48).

(44) De los Capuchinos de la Paciencia, de Madrid.

(45) De la iglesia de San Martín, de Madrid.

(46) En colaboración con Bartolomé Román.

(47) De la Cartuja del Paular.

(48) De Santa Bárbara, de Madrid.

- 709, p. 21. «La Beata Mariana de Jesús.» L., 2,24 × 1,40. Firmado: «Vic.º Car. P. R. F. 1625.» Almería, Instituto Nacional de Segunda Enseñanza.
- 633, p. 22. «Asunto místico.» L., 2,39 × 2,35. Valladolid. Museo Provincial.
- 138, p. 22. «Virgen protegiendo de la horca a San Pedro Armengol.» L., 2,10 × 1,38. Madrid, San Jerónimo (49).
- 144, p. 22. «Martirio de San Ramón Nonnato.» L., 2,10 × 1,38. Firmado: «Opus Vicentii Carduchi pictoris regis M...» Madrid, San Jerónimo.
- 414, p. 23. «Asunto místico.» L., 2,40 × 2,34. Lugo, Seminario.
- 608, p. 23. «San Juan de Mata, profesando en la Orden.» L., 2,41 por 1,98. Valladolid, Museo Provincial (50).
- 638, p. 23. «San Juan de Mata rescatando cautivos.» L., 2,42 × 1,98. Madrid, Colegio de San Ildefonso.
- 635, N. C. «San Juan de Mata, jinete en una mula.» L., 2,37 × 2,35. Villanueva y Geltrú (Barcelona). Museo Balaguer.
- 614, p. 24. «San Juan de Mata exorcizando a un poseso.» L., 3,84 por 3,60. Madrid, Iglesia del Corazón de María.
- 1 (numeración negra), p. 24. «Genealogía de la Orden Tercera.» L., 3,48 × 3,60. Paradero desconocido (51).
- 176, p. 25. «Santa Inés, mártir.» L., 2,13 × 1,25. Firmado: «V. C. F. 1637.» Albacete, Museo Provincial.
- 182, p. 25. «Santa Catalina.» L., 2,11 × 1,25. Firmado: «V. C. F.» Albacete, Museo Provincial.
- 133, p. 25. «Santiago, en Clavijo.» L., 2,28 × 2,03. Firmado: «V. C. F. 16...» Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 957, p. 25. «Inmaculada.» L., 2,30 × 1,68. Firmado: «V. C. F.» Madrid, Escuela Modelo Municipal (52).
- 426, N. C. «Anunciación.» L., 3,11 × 2,20. Covadonga (Asturias), Colegiata.
- 81, N. C. «Adoración de los pastores.» L., 2,25 × 1,20. Madrid, Jardines de la Infancia.
- 422, N. C. «Personaje arrodillado a los pies de un santo.» L., 2,38 por 2,32. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.

(49) Del propio Convento de la Trinidad, como el siguiente (?).

(50) Con los tres siguientes, del Convento de la Trinidad.

(51) Del convento de San Francisco, de Salamanca.

(52) De la sacristía del convento de Santo Tomás, de Madrid.

- 1, p. 1. «Conversión de San Bruno.» Madrid, Museo del Prado, Almacén (53).
- 2, p. 2. «San Bruno y sus discípulos.» Madrid, Museo del Prado, Almacén.
- 3, p. 3. «San Bruno, orando en el desierto de Chartres.» Córdoba, Catedral.
- 4, p. 3. «Visión de San Hugo de Grenoble.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
- 5, p. 3. «Milagro y aparición de fray Juan Fort.» Córdoba, Catedral.
- 6, p. 4. «San Bruno y sus discípulos.» L., 3,45 × 3,00. Bilbao, Museo Provincial.
- 7, p. 4. «San Bruno edificando el primer monasterio de la Orden.» Firmado, «V. C. 1628.» Tortosa (Tarragona), Museo.
- 8, p. 4. «El milagro de las aguas.» M. P. 639 a.
- 9, p. 5. «Sueño de Urbano II.» Córdoba, Catedral.
- 10, p. 5. «Consagración de un obispo cartujo.» Firmado: «V. C. P. R. F.» Córdoba, Catedral.
- II, p. 5. «San Bruno y el Duque Rogerio.» Firmado: «V. C. P. R. F.», Madrid, Museo del Prado, Almacén.
- 12, p. 6. «San Bruno, orando.» Valladolid, Palacio arzobispal.
- 13, p. 6. «Milagro de San Bruno.» Firmado: «Vinc. Car. P. R. F.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
- 14, p. 6. «San Bruno y un obispo de su orden.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
- 15, p. 6. «Milagros de Fr. Juan Fort.» Firmado: «Vic. Carduchi, P. R. F. A. 1632.» Jaca (Huesca), Palacio Episcopal.
- 16, p. 7. «Urbano II y San Bruno.» Firmado: «V. C. P. R. F.» Córdoba, Catedral.

(53) Este cuadro y los 52 siguientes componían la serie más considerable del Museo de la Trinidad. El reparto que los disgregó tuvo lugar en 1896. Obsérvese que las medidas que da Cruzada Villamil son aproximadas y sólo en casos excepcionales se han podido aducir las exactas. Aparte el ya citado artículo de Beroqui, véase también el de Baltasar Cuartero y Huerta, «La Cartuja de Santa María de El Paular y su colección de lienzos pintados por Vicencio Carduchi», en «Arte Español», V., p. 266 y ss. En este trabajo se rectifican los asuntos y se dan detalles de la incautación de los lienzos, en junio-noviembre de 1836, así como constan las tasaciones, oscilando para cada cuadro entre 5.000 y 2.200 reales. Dibujos preparatorios, en la Biblioteca Nacional, Colección Casa Torres y Uffizzi de Florencia; bocetos, en la col. Contini-Bonacossi, de Roma.

- 17, p. 7. «Muerte de San Bruno.» Firmado: «V. C. P. R. F.», Sevilla, Universidad.
- 18, p. 7. «San Bruno y el Obispo de Grenoble.» Jaca (Huesca). Palacio episcopal.
- 19, p. 8. «San Bruno y el Duque Rogerio de Nápoles.» Zamora. Instituto.
- 20, p. 8. «San Bruno y sus discípulos ante el Obispo de Grenoble.» Firmado: «N. C. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
- 21, p. 8. «El obispo Don Hugo tomando el hábito.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
- 22, p. 9. «Humildad del Obispo Don Hugo.» Firmado: «Vinc. Carp. P. R.» Valladolid. Palacio episcopal.
- 23, p. 9. «San Bruno y San Hugo en el refectorio.» Tortosa (Tarragona). Museo.
- 24, p. 9. «San Bruno renunciando a la mitra de Regio.» M. P. 2.502.
- 25, p. 9. «San Bruno se aparece al Duque de Calabria.» Firmado: «V. C. P. R. F.» San Sebastián. Museo Provincial.
- 26, p. 10. «San Bruno besando los pies al Papa Urbano II.» Firmado: «V. C. P. R. F.» San Sebastián. Museo Provincial.
- 27, p. 10. «San Bruno despidiéndose, en Chartres, de sus camaradas.» Firmado: V. C. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
- 28, p. 10. «Perseverancia de un cartujo.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. A. 1.632.» Valladolid. Palacio episcopal.
- 29, p. 11. «San Bruno visitado por otro santo.» L., 3,45 × 3,00. Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. A. 1.632.» Bilbao. Museo Provincial.
- 30, p. 11. «San Bruno, llamado por el Papa Urbano II.» Firmado: «Vin. Car. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
- 31, p. 11. «Extasis del Obispo Don Hugo.» Firmado: «Vin Carduchi. P. R. F. A. 1632.» Córdoba. Catedral.
- 32, p. 12. «San Bruno, escribiendo en su celda.» Firmado: «V. C. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
- 33, p. 12. «La visión de fr. Juan Fort.» Firmado: «Vin Carduchi. P. R. F. a. 1632.» Madrid. Museo del Prado. Almacén.
- 34, p. 12. «Aparición de San Elías.» Firmado: «Vin. Card. P. R. F.» Córdoba. Catedral.
- 35, p. 13. «Muerte de un venerable cartujo.» Firmado: «V. C. P. R. F.» Madrid. Museo del Prado. Almacén.
- 36, p. 13. «Un cardenal cartujo en oración.» Firmado: «Vin. Car-

- duchi. P. R. F. A. 1632.» Zamora. Instituto de Segunda Enseñanza.
37. p. 13. «Aparición de San Bruno a un cartujo.» M. P. 2501.
38. p. 14. «Martirio de monjes cartujos.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. A. 1632.» Madrid. Museo del Prado. Almacén.
39. p. 14. «Martirio de un cartujo.» Valladolid. Palacio episcopal.
40. p. 14. «Muerte de Juan Susilla y otros cartujos.» Firmado: «Vin. Card. F. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
41. p. 15. «Martirio de tres cartujos.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
42. p. 15. «Aparición de la Virgen a Fr. Juan Fort.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. 1632.» Madrid. Museo del Prado. Almacén.
43. p. 15. «Martirio de cartujos en Alemania.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. 1632.» Sevilla. Universidad.
44. p. 16. «Martirio de varios cartujos.» Firmado: «V. C. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
45. p. 16. «Martirio de cartujos en Alemania.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. 1632.» Madrid. Museo del Prado. Almacén.
46. p. 16. «Martirio de dos cartujos.» Firmado. Vin. Car. P. R. F.» Logroño, Instituto de Segunda Enseñanza.
47. p. 17. «Martirio de dos cartujos en Londres.» Firmado: «Vin. Car. P. R. F.» La Coruña. Escuela de Bellas Artes.
48. p. 17. «Martirio de los cartujos del Convento de la Anunciación, en Londres.» Firmado: «Vin. Carduchi. P. R. F. 1632.» Valladolid. Palacio episcopal.
49. p. 17. «Milagro de San Bruno.» Firmado: «V. C. P. R. F.» Logroño, Instituto de Segunda Enseñanza.
50. p. 18. «Predicación de un obispo cartujo.» Firmado: «V. C. P. R. F.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
51. p. 18. «Martirio de tres cartujos.» Firmado: Vin. Car. P. R. F.» Madrid, Museo del Prado, Almacén.
52. p. 18. «Muerte del venerable Odón de Novará.» M. P. 639.
53. p. 19. «Bendición de los santos de la Orden por la Virgen, San José y San Juan.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
54. p. 19. «Extasis de un Santo Cartujo.» Firmado: «Vin. Carduchi.» Valladolid, Palacio episcopal.

CARNICERO, Antonio:

- 1.014. N. C. «San Francisco sentado sobre una roca.» L., 2,16 × 2,72.
Madrid, San Francisco el Grande.

- 1.021. N. C. «Monje franciscano hablando con un personaje.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.022. N. C. «San Francisco arrodillado ante la Virgen.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.039. N. C. «Milagro de San Francisco.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.040. N. C. «San Francisco y una monja, arrodillados.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.

CARO, Francisco:

450. N. C. «La Porciúncula.» L., 2,73 × 3,30. La Coruña, Escuela de Bellas Artes.

CARRACCI, Aníbal:

Vid. ALBANO, Franceso.

CARREÑO DE MIRANDA, Juan:

711. N.C. «Cristo en la cruz.» L., 2,23 × 1,68. Huesca, Museo Provincial.
80. N. C. «José abrazando a Jacob.» L., 0,98 × 1,21. Villanueva y Geltrú (Barcelona). Museo Balaguer.
639. p. 40. «San Antonio de Padua predicando a los peces.» L., 2,49 × 1,67. Firmado: «J. Carreño F. 1646.» Villanueva y Geltrú (Barcelona). Museo Balaguer (54).
100. p. 41. «San Sebastián.» M. P. 649.
- 1.058. p. 42. «La Virgen de Atocha.» L., 2,19 × 1,47. Firmado: «Carreño Pic. Camarae R. Caroli II.» Toledo, Museo del Greco.
175. p. 42. «Enrique IV.» L., 1,96 × 1,22 (atribuido). Madrid, Colegio de Abogados.
(Número desconocido.) «Santa Ana dando lección a la Virgen.» M. P. 651.
755. p. 43. «Sueño de San José.» L., 2,08 × 1,47 (atribuido). Madrid, Consejo de Estado.

CARVAJAL, Luis de:

357. p. 80. «Santa Justa.» L., 1,13 × 0,85. Firmado: «Ludovicus A. Carvajal faciebat, anno D. 1604. Matriti.» Cantoria-Urracal (Almería), Iglesia.
483. p. 80. «San Nicolás de Tolentino.» M. P. 634 a.

(54) Del Convento de monjas de Caballero de Gracia.

720. p. 80. «San Guillermo.» L., 2,85 × 2,30. Firmado: «Ludovicus A. Carvajal faciebat anno D. 1604. Matriti.» Córdoba, Catedral (55).

CARVALHO, Domingos:

927. p. 187. «Doña Catalina de Austria, reina de Portugal, representada como Santa Catalina.» M. P. 1320.

CASTELLO, Félix:

616. p. 43. «San Juan Bautista.» L., 1,75 × 1,34. Firmado: «Félix Castello Pr. F.» Oviedo, Universidad.

CASTILLO, Antonio del (56):

110. (Numeración negra) p. 138. «José y sus hermanos.» M. P. 951.
111. (n. n.) p. 138. «José vendido por sus hermanos.» M. P. 952.
112. (n. n.) p. 138. «José y la mujer de Putifar.» M. P. 953.
113. (n. n.) p. 139. «José explica los sueños de Faraón.» M. P. 954.
114. (n. n.) p. 140. «Triunfo de José en Egipto.» M. P. 955.
115. (n. n.) p. 140. «José ordena la prisión de Simeón.» M. P. 956.

CAXÉS, Eugenio:

379. p. 79. «Epifanía.» M. P. 1310 (57).

688. p. 79. «San Ildefonso.» M. P. 657.

1.264. N. C. «La duda de Santo Tomás.» L., 1,34 × 1,01. Bilbao, Museo Provincial.

CEREZO, Mateo:

74. p. 44. «El juicio de un alma.» M. P. 620.

744. N. C. «Estigmatización de San Francisco.» L., 1,70 × 1,10. Lugo, Seminario.

CIEZA, José de:

311. p. 143. «Milagro de San Francisco.» L., 2,66 × 2,72. Firmado: «D. Joseph de Cieza. Pr. Rl. Ft. 1691.» Madrid, Palacio de Justicia, en cuyo incendio ardió (58).
305. p. 143. «Milagro de San Francisco.» L., 2,65 × 2,73. Firmado: «Cieza P. R.» Valladolid, Museo Provincial.
955. p. 143. «Las bodas de Caná.» (Atribuído.) L., 0,71 × 0,96. Figueras (Gerona), Ayuntamiento.

(55) Del Colegio de Agustinos Calzados, de Madrigal.

(56) Catalogados por Cruzada Villamil como de Pedro de Moya.

(57) Del claustro del convento de la Trinidad. Anónimo en los catálogos de Madrazo.

(58) Del convento de Mínimos de la Victoria.

CLAESSENS, F.:

683. p. 251 «El Duque de Parma.» L., 2,16 × 1,26. Firmado: «F. Claessens fecit.» Paradero desconocido.

COELLO, Claudio:

561. p. 45. «Apoteosis de San Agustín.» M. P. 664.
 507. p. 46. «Inmaculada.» L., 2,08 × 1,45. Firmado: «Claudio Coello faciebat.» Madrid, San Jerónimo (59).
 548. p. 46. «Ultima cena.» L., 1,44 × 4,08. Mondoñedo (Lugo), Palacio episcopal (60).
 386. p. 46. «La Magdalena.» M. P. 1316.
 417. p. 47. «Santo Domingo de Guzmán.» M. P. 662.
 229. p. 47. «Santa Rosa de Lima.» M. P. 663.

CORREA DE VIVAR, Juan:

920. p. 189. «Virgen, Niño y Santa Ana.» M. P. 672.
 937. p. 189. «San Benito bendiciendo a San Mauro.» M. P. 673.
 908. p. 190. «Ecce Homo.» M. P. 670.
 921. p. 190. «Cristo presentado al pueblo.» M. P. 699.
 912. p. 190. «San Jerónimo.» Tabla circular, 0,89 de diámetro. M. P.
 938. p. 191. «Pilatos lavándose las manos.» M. P. 668.
 883. p. 191. «Tránsito de la Virgen.» M. P. 671.

CORTE, Juan de la (atribuídos a):

611. p. 45. «Cristo en la cruz.» (Boceto.) L., 9,82 × 0,68. Logroño, Instituto de Segunda Enseñanza.
 451. N. C. Perspectiva de un palacio.» L., 1,09 × 1,65. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
 1.555. N. C. «Estigmatización de San Francisco.» L., 1,64 × 1,00. Zaragoza, Diputación Provincial.

CRAYER, Gaspar de:

563. p. 248. «San Antonio de Padua.» L., 2,71 × 1,75. Firmado: «Gaspar de Crayer.» Madrid, San Francisco el Grande (61).
 564. p. 249. «San Pedro Nolasco.» L., 2,66 × 1,75. Madrid, Escuela de Veterinaria.
 566. p. 249. «Santo Domingo de Guzmán.» L., 2,71 × 1,75. Firmado: «Gaspar de Crayer fe.» Madrid, San Francisco el Grande.

(59) Del convento de Bernardos de la Espina.

(60) El de los Capuchinos del Prado (?)

(61) Pintados los siete, con otro desaparecido de «La Virgen y San Bernardo», hacia 1630, para el claustro del convento de San Francisco, de Burgos.

567. p. 250. «San Agustín.» L., 2,71 × 1,71. Firmado: «Gaspar de Crayer fe.» Madrid, San Francisco el Grande.
565. N. C. «San Antonio de Padua y el Niño Jesús.» L., 2,71 × 1,75. Madrid, San Francisco el Grande.
569. p. 250. «San Juan Bautista.» L., 2,71 × 1,75. Firmado: Gaspar de Creyer fe.» Madrid, San Francisco el Grande.
610. p. 250. «San Agustín.» L., 2,71 × 1,75. Firmado: «Gaspar de Creyer fe.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.

CRESPI, Danielle (estilo de):

722. p. 261. «Cristo difunto.» L., 2,01 × 1,47. Gerona, Museo Provincial.

CRUZ, Manuel de la:

- 1.029. N. C. «Pontífice sentado.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.032. N. C. «San Francisco recibiendo un cesto de peces.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.033. N. C. «San Antonio ante Jesús y la Virgen.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.034. N. C. «San Antonio, arrodillado, y un ángel.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.035. N. C. «San Antonio recibiendo un libro.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.036. N. C. «Extasis de San Francisco.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.037. N. C. «San Francisco protegiendo a un niño.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.041. N. C. «San Francisco en un barco, con otros personajes.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.

DELEITO, Andrés:

690. p. 48. «Expulsión de los mercaderes del templo.» (Boceto.) L., 0,60 × 0,80. Firmado: «Andrés Deleito.» Figueras (Gerona), Ayuntamiento.

ESCALANTE, Juan Antonio de Frías y:

330. p. 51. «Las aguas de Moisés.» L., 1,16 × 1,44. Firmado: «Juan Antonio defrias y escalante Fat. todas 18 pinturas año de 1668.» San Sebastián, Museo Provincial, en cuyo incendio sufrió ligeramente (62).

(62) Pintado, con los 17 siguientes, para la Merced Calzada, de Madrid, Vid. los ya mencionados trabajos de Lafuente Ferrari.

325. p. 52. «Abraham y Melquisedec.» L., 1,14 × 1,50. Firmado: «Escalante Fat. 1667.» Madrid, Iglesia de San José.
326. p. 52. «El racimo en tierra de promisión.» L., 1,13 × 1,42. Firmado: «Escalante Fat. 68.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
329. p. 52 «Abraham y los ángeles.» L., 1,14 × 1,51. Firmado: «Escalante Fat. 67.» Madrid, Palacio de Justicia, en cuyo siniestro ardió.
332. p. 53. «David y el sumo sacerdote.» L., 1,15 × 1,44. Firmado: «Escalante Fat. 1668.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
333. p. 53. «Sansón desquijarando al león.» L., 1,13 × 1,04. Firmado: «Escalante, 67.» Cantoria-Urraca (Almería), Iglesia.
334. p. 53. «Sacrificio del cordero y los panes.» L., 1,14 × 0,68. Firmado: «Fat. Escalante 1668.» San Sebastián, Museo Provincial.
336. p. 54. «La copa en el saco de Benjamín.» L., 1,14 × 2,45. Firmado: «Escalante. Fat. 1668.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
338. p. 54. «La Pascua de los israelitas.» L., 1,13 × 1,42. Firmado: «Escalante Fat. 1668.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
339. p. 54. «Abel.» L., 1,13 × 1,53. Firmado: «Escalante Fat. 1667.» Paradero desconocido.
340. p. 55. «Elías en el Paraíso.» L., 1,14 × 1,10. Firmado: «Escalante Fat. 67.» Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia.
- 341, p. 55. «La prudente Abigail.» M. P. 698.
- 342, p. 55. «Alegoría de los sentidos.» M. P. 699.
- 343, p. 56. «Los segadores en tierra de promisión.» L., 1,13 × 1,41. Firmado: «Escalante Fat. 1667.» La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
- 344, p. 57. «Asunto bíblico.» L., 0,55 × 0,52. Firmado: «Escalante F. 1668.» Tortosa (Tarragona), Museo Municipal.
- 436, p. 57. «Sacrificio de Isaac.» L., 1,13 × 2,27. Firmado: «Escalante. Fat. 1668.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 351, p. 57. «Noé con su familia.» L., 1,15 × 0,33. Firmado: «Escalante Fat. 1668.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 355, p. 58. «El Maná en el desierto.» L., 1,12 × 1,37. Firmado: «Escalante Fat. 1668.» Oviedo, Universidad.

- 765, p. 58. «El arcángel Seatiel.» L., 2,07 × 1,42 (atribuido). Palma de Mallorca, Museo Provincial.
- 747, p. 58. «El arcángel Barachiel» (atribuido). L., 2,05 × 1,42. Palma de Mallorca, Museo Provincial.
- 781, p. 58. «Resurrección de Lázaro» (atribuido). L., 1,06 × 1,24. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 372, N. C. «Martirio de San Sebastián.» L., 1,33 × 0,95. Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia.

EYCK, Escuela de Hubert y Jan van:

- 245, p. 223. «Fuente de la Gracia y triunfo de la iglesia sobre la Sinagoga.» M. P. 1.511.

FERNÁNDEZ, Luis:

- 764, p. 77. «San Vicente Mártir.» L., 5,04 × 1,15. Firmado: «Luis Fernández. Ft. 1632.» Madrid, Consejo de Estado.

FERNÁNDEZ, Francisco:

- 607, p. 65. «Sacrilegio de unos judíos.» L., 1,71 × 2,96. Firmado: «Fucus. Fdez.» Setados (Pontevedra), Ayuntamiento (63).

FRANCFORTE, Maestro de:

- 865, p. 242. «Santa Catalina.» M. P. 1.941.
- 868, p. 241. «Santa Bárbara.» M. P. 1.942.

FRANCIA, Giacomo y Giulio:

- 62 (n. n.), p. 258. «Santa Margarita con San Jerónimo y San Francisco.» M. P. 143.

GALLARDO, Mateo:

- 1.051, p. 127. «Tobías y el ángel.» L., 2,52 × 1,68. Firmado: «Mateo Gallardo.» Paradero desconocido.

GARCÍA HIDALGO, José:

- 745, p. 59. «Inmaculada.» L., 2,05 × 1,52. Gerona, Museo Provincial.

- 743, p. 59. «Santa Teresa de Jesús confesando con San Juan de la Cruz.» L., 2,47 × 2,23. Madrid, Colegio de Santa Isabel.

- 365, p. 60. «Epifanía» (boceto). L., ... × 0,62. Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia.

- 694, N. C. «San Agustín, antes de su conversión.» L., 0,53 × 0,80. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.

- 1.088, p. 60. «Asunto de la vida de San Agustín.» L., 2,12 × 3,70. Madrid, San Jerónimo (64).

(63) De los Capuchinos de la Paciencia, de Madrid.

(64) Con los siguientes, parte de los 24 lienzos pintados por el autor para el claustro bajo de San Felipe el Real, de Madrid.

- 1.086, N. C. «San Felipe, visitando a San Fernando.» L., 2,12 × 3,07. Ciudad Real, Iglesia de Santa María.
- 1.094, N. C. «San Felipe, visitado por un ermitaño.» L., 2,05 × 3,87. Calera (Toledo), Iglesia de San Pedro.
- 1.090, N. C. «San Felipe.» L., 2,12 × 3,07. Lugo, Seminario.
- 1.087, N. C. «San Felipe.» L., 2,12 × 3,07. Madrid, San Jerónimo.
- 954, N. C. «Dos monjas y el niño Jesús.» L., 2,64 × 2,64. Madrid, Tribunal Supremo, en cuyo siniestro ardió.
- 1.093, N. C. «Muerte de San Felipe.» L., 2,05 × 3,87. Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 1.089, N. C. «San Felipe recibiendo presentes.» L., 2,12 × 3,07. Madrid, Colegio de Abogados.
- 1.092, N. C. «San Felipe, de pontifical.» Pinto (Madrid), Hermanas de San José.
- 1.119, N. C. «Santo Pastor adorando a un ángel.» L., 1,15 × 2,33. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 1.095, N. C. «San Felipe en éxtasis.» L., 2,11 × 3,23. Sabadell (Barcelona), Gremio de fabricantes de tejidos.

GARCÍA DE MIRANDA, Juan:

- 1.052, p. 84. «Educación de la Virgen.» L., 1,62 × 2,23. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 1.056, p. 85. «Milagro de San Nicolás de Tolentino.» L., 1,52 × 2,43. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 1.055, p. 85. «Santa llorando a los pies de la Virgen.» L., 1,60 × 2,25. Oviedo, Universidad.
- 302, p. 85. «Santos y ángeles construyendo un pozo.» L., 1,62 × 2,25. Madrid, Tribunal Supremo.
- 512, p. 85. «El lavatorio» (copia de Tintoretto), mitad de tamaño del original. Oviedo, Universidad.
- 494, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,10 × 1,94. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 486, p. 89. «Vida de San Diego.» L., 1,11 × 1,94. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.
- 498, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,11 × 1,94. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.
- 500, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,11 × 1,94. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 502, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,11 × 1,94. Madrid, Escuela de Veterinaria.

- 504, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,11 × 1,94. Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia.
641, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,10 × 1,94. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
697, p. 84. «Vida de San Diego.» L., 1,10 × 1,24. Ecija (Sevilla), Biblioteca Municipal.

GARCÍA SALMERÓN, Cristóbal:

- 433, p. 61. «El divino pastor.» L., 2,28 × 2,70. Firmado: «Cristóbal García Salmerón», Madrid, San Jerónimo (65).
733, N. C. «Apóstol.» L., 1,41 × 1,07. Cantoria-Urracal (Almería). Iglesia.
738, N. C. «San Andrés.» L., 1,41 × 1,07. Cantoria-Urracal (Almería). Iglesia.
727, N. C. «Apóstol.» L., 1,54 × 1,07. Almería, Instituto de Segunda Enseñanza.
731, N. C. «Apóstol.» L., 1,41 × 1,07. Ciudad Real. Iglesia de Santa María.
734, N. C. «San Juan.» L., 1,41 × 1,07. Madrid, Escuela Normal Central de Maestras.
735, N. C. «Apóstol.» L., 1,40 × 1,07. Madrid, Escuela Normal Central de Maestras.
508, N. C. «Apóstol.» L., 1,42 × 1,07. Madrid, Colegio de San Ildefonso.
736, N. C. «San Pedro.» L., 1,40 × 1,07. Mondoñedo (Lugo). Obispado.
729, N. C. «Apóstol.» L., 1,44 × 1,08. Mondoñedo (Lugo). Obispado.
581, N. C. «Apóstol.» L., 1,40 × 1,06. Mondoñedo (Lugo). Obispado.
582, N. C. «Apóstol.» L., 1,40 × 1,06. Mondoñedo (Lugo). Obispado.

GIAQUINTO, Corrado:

- 464, p. 263. «Alegoría de la Fe.» L., 0,99 × 0,74. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
392, N. C. «Triunfo de la Religión.» L., 1,60 × 1,50. Zaragoza, Universidad.
490, p. 263. «Resurrección» (atribuído). L., 0,62 × 0,83. Vitoria, Palacio Episcopal.
585, p. 263. «Un trinitario y varios cautivos» (atribuído). L., 0,97 por 0,73. Paradero desconocido.

(65) Para Palomino, era la más considerable de las obras madrileñas de García Salmerón: «en el claustro chico del convento del Carmen Calzado... que parece de Orrente».

GILARTE, Mateo:

- 631, p. 167. «La Virgen, Magdalena y San Juan, adorando los atributos de la Pasión.» L., 2,29 × 1,45. Barcelona, Universidad.
- 789, p. 167. «Epifanía.» L., 2,30 × 1,46. Firmado: «Gilarte faviebat.» Gerona, Museo Provincial.
- 401, p. 168. «Cristo bautizando a la Virgen.» L., 2,30 × 1,46. Oviedo, Universidad.
- 404, p. 168. «Adoración de los pastores.» L., 2,30 × 1,46. Firmado: «Gilarte, faciebat». Barcelona, Universidad.
- 408, p. 168. «Visitación.» L., 2,28 × 1,45. Firmado: «Gilarte faciebat». Alcalá de Henares (Madrid), Jesuitas.
- 431, p. 168. «Virgen orando.» L., 2,29 × 1,46. Huesca, Museo Provincial.
- 436, p. 168. «Tránsito de la Virgen.» L., 2,27 × 1,45. Firmado: «Gilarte faciebat», Gerona, Museo Provincial.
- 465, p. 169. «Circuncisión.» L., 2,30 × 1,46. Firmado: «Gilarte faciebat», Huesca, Museo Provincial.
- 469, p. 169. «Presentación de Jesús.» L., 2,29 × 1,46. Firmado: Gilarte faciebat», Huesca, Museo Provincial.
- 485, p. 169. «Inmaculada.» L., 2,30 × 1,45. Oviedo, Universidad.
- 791, p. 169. «Anunciación.» L., 2,23 × 1,41. Alcalá de Henares (Madrid). Jesuitas.
411. N. C. «Desposorios de la Virgen.» L., 2,29 × 1,46. Albacete, Museo Provincial.

GONZÁLEZ, Bartolomé:

- 628, p. 77. «Felipe III.» L., 1,94 × 1,10. París, Embajada de España.

GONZÁLEZ DE LA VEGA, Diego:

- 89, p. 62. «San Román, coronado por Jesucristo.» L., 1,36 × 1,99. Firmado: «Diego González, 1672.» Socuéllamos (Ciudad Real). Iglesia (66).
- 348, p. 62. «Disputa de Cristo con los Doctores» (boceto). L., 0,64 por 0,49. Paradero desconocido.
- 350, p. 63. «Santiago el Menor.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Iglesia del Corazón de María (67).
- 354, p. 63. «San Judas Tadeo.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Iglesia del Corazón de María.

(66) De la Merced Calzada, de Madrid.

(67) Apostolado procedente del convento de Padres del Salvador, antes Noviciado de Jesuitas.

- 328, p. 63. «San Juan.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 331, p. 63. «San Bartolomé.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 335, p. 63. «Santiago el Mayor.» L., 1,26 × 1,00. Orense, Instituto de Segunda Enseñanza.
- 337, p. 63. «Santo Tomás.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Colegio de San Ildefonso.
- 345, p. 63. «San Matías.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 392, N. C. «Apóstol.» L., 1,25 × 1,00. Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 275, N. C. «San Felipe.» L., 1,26 × 1,00. Madrid, Colegio de Santa Isabel.

GONZÁLEZ VELÁZQUEZ, Zacarías:

- 1.043, p. 64. «Martirio de un santo.» L., 2,48 × 2,73. Firmado: «Z. G. V. ft.» Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.015, N. C. «Obispo protegiendo a una figura arrodillada.» L., 2,16 por 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.019, N. C. «San Francisco, vestido de musulmán.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.020, N. C. «San Francisco, arrodillado y vestido de musulmán.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.023, N. C. «Nacimiento de San Francisco.» L., 2,16 × 2,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.024, N. C. «San Francisco, regalando su manto.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.027, N. C. «Martirio de un santo.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.028, N. C. «Humillación de un santo.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.030, N. C. «Santo en traje de albañil.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.031, N. C. «Santo, rodeado de musulmanes.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.042. «Bautizo de San Francisco.» L., 2,16 × 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.
- 1.044, N. C. «San Francisco y Santo Domingo, arrodillados.» L., 2,16 por 1,72. Madrid, San Francisco el Grande.

- 491, N. C. «Retrato de caballero.» Leningrado, Embajada de España.
 492. N. C. «Retrato de señora.» Leningrado, Embajada de España.

GOYA Y LUCIENTES, Francisco de:

- 557, p. 65. «Cristo en la cruz.» M. P. 745.

GRECO. (Vid.: THEOTOCOPULI, Domenicos):

GUAS, Juan:

- 980, p. 279. «Proyecto de San Juan de los Reyes, de Toledo.» M. P., sin número.

HAMEN Y LEÓN, Juan van der:

- 375, p. 100. «Bodegón.» M. P. 1.165.

HERRERA «EL Mozo», Francisco de:

- 1.072, p. 125. «Santa Teresa de Jesús.» L., 1,66 × 1,05. Gerona, Museo Provincial (68).

- 1.073, p. 125. «Santa Ana dando lección a la Virgen.» L., 1,66 × 1,03. Madrid, Colegio de San Ildefonso.

- 1.075, p. 125. «Santa Justa.» L., 1,65 × 1,05. Bilbao, Museo Provincial.

- 1.076, p. 125. «Santa Agueda.» L., 1,66 × 1,04. Bilbao, Museo Provincial.

- 1.077, p. 126. «San Nicolás de Tolentino.» L., 1,66 × 1,05. Gerona, Museo Provincial.

- 1.078, p. 126. «San Antonio de Padua y el Niño.» L., 1,67 × 1,05. Figueras (Gerona), Escuela de Bellas Artes.

- 1.074. N. C. «San León, Papa.» M. P., 832 a.

- 559, N. C. «Triunfo de San Agustín.» L., 5,01 × 3,06. Madrid, San Francisco el Grande.

HOEQUE, Guillermo van den:

- 230, p. 251. «Juicio de Salomón.» L., 1,88 × 2,55. Firmado: «Guillermo Van den Hoeque. F. 1632.» Madrid, Palacio de Justicia.

JIMÉNEZ DONOSO, José:

- 428, p. 49. «San Francisco de Paula, ahuyentando la peste.» L., 2,65 por 2,71. Firmado: «Joseph Donoso, Facieb. Año de 1691.» San Sebastián. Museo Provincial, en cuyo incendio sufrió tan graves desperfectos, que se consideró inútil restaurarlo (69).

(68) «Los sagrados doctores y otras pinturas que están en la bóveda y arcos torales de la iglesia de los Agustinos recoletos de esta Villa» (Palomino).

(69) De los Mínimos de la Victoria, de Madrid.

- 799, p. 49. «Milagro de San Francisco de Paula.» L., 1,65 × 3,31. Firmado: «José Donoso.» Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 812, p. 50. «Don Juan José de Austria.» L., 2,47 × 1,66. Firmado: «José Donoso Fat. 1677.» Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica (70).
- 525, p. 50. «Anunciación.» L., 2,36 × 2,20. Firmado: «José Donoso Fecit.» Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica (71).

JOLI, Antonio:

- 675, p. 268. «Embarco de Carlos III en Nápoles.» M. P. 232.
- 667, p. 268. «Embarco de Carlos III en Nápoles.» M. P. 233.

JORDÁN, Lucas:

- 759, p. 268. «Santo carmelita.» L., 1,84 × 1,32. Firmado: «Jordanus 169.» Madrid, Iglesia de San Pascual.
- 550, p. 269. «San Andrés.» L., 1,20 × 1,05. Cáceres, Escuela de dibujo.
- 762, p. 269. «Nacimiento.» L., 1,55 × 1,43. Firmado: «Jordanus F.» Madrid, Consejo de Estado.
- 726, p. 269. «Ascensión de la Virgen» (atribuido). L., 1,89 × 1,51. San Sebastián, Museo Provincial por cuyo incendio quedó muy deteriorado.
- 228, p. 270. «Epifanía» (atribuido). L., 1,67 × 2,20. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 152, p. 270. «Asunto místico» (atribuido). L., 3,07 × 2,11. Barcelona, Universidad.
- 166, p. 270. «Virgen del Rosario» (atribuido). L., 3,04 × 2,08. Madrid, San Jerónimo.
- 728, N. C. «Gloria con Vírgenes y obispos» (atribuido). L., 2,68 por 1,98. Madrid, San Francisco el Grande.
- 264, N. C. «La Cena» (atribuido). L., 1,42 × 1,77. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.

LANCHARES, Antonio:

- 555, p. 78. «Imposición de la Casulla a San Ildefonso.» L., 2,28 × 1,87. Firmado: «Antonio Lanchares, pictor spañol. Ft. MA. A. 1622.» Cantoria-Urracal (Almería). Iglesia.

LEONARDO, Agustín:

- 231, p. 66. «Decisión de un pleito entre religiosos y caballeros de la

(70) De las oficinas de la procuración de la Cartuja del Paular.

(71) Dudosos si es la de las Niñas de Loreto o la de los Basílios.

Merced.» L., 1,90 × 2,03. Firmado: «Fr. Agustinus Leonardo ft. 1621.» Córdoba, Catedral (72).

LEONARDO, José:

- 123 (n. n.), p. 67. «Nacimiento de la Virgen.» M. P. 860.
 459, p. 67. «Degollación del Bautista.» L., 1,20 × 1,20. San Sebastián, Museo Provincial, en cuyo incendio sufrió algún daño.
 77, p. 68. «La serpiente de bronce.» L., 0,59 × 1,09. Desconozco el paradero de este cuadro, reputado de dudoso.

LÓPEZ POLANCO, Andrés:

- 724, p. 68. «Pentecostés.» L., 1,59 × 1,33. Firmado: «Andrés López.» Madrid, Colegio de Santa Isabel.
 453, p. 127. «Santa Clara con el báculo.» L., 2,12 × 1,65. Firmado: «Andrés López Polanco.» Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios (73).

LÓPEZ, Vicente:

- 650, p. 281. «Divino Pastor.» T., 0,23 × 0,17. Paradero desconocido.

MAYNO, Juan Bautista:

- 204, p. 153. «Epifanía.» M. P. 886.
 209, p. 153. «Adoración de los pastores.» L., 3,14 × 1,75. Firmado: «F. Mayno.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer (74).
 196, p. 154. «Resurrección.» L., 2,96 × 1,75. Firmado: «F. Mayno.» Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
 200, p. 154. «Pentecostés.» L., 2,95 × 1,74. Toledo, Museo Provincial (desde mayo de 1933; antes, en la Catedral de Córdoba).
 216, p. 154. «Pentecostés.» L., 3,24 × 2,40. Madrid, San Jerónimo.
 197, p. 155. «Paisaje.» L., 0,74 × 0,62. Paradero desconocido.
 201, p. 155. «Paisaje.» L., 0,74 × 1,63. San Sebastián, Museo Provincial.
 203, p. 155. «San Juan Evangelista» (atribuído). L., 1,74 × 1,06. Oviedo, Palacio Episcopal.

MINDERHOUT, Hendrick van:

- 308, p. 248. «Procesión en Amberes.» L., 1,68 × 2,41. Firmado: «Anno

(72) De la Merced Calzada, de Madrid.

(73) Nos resolvemos a identificar en un mismo pintor el Andrés López y el Andrés López Polanco catalogados separadamente por Cruzada Villamil, quien, además, confundió inexplicablemente a este artista con uno de los hermanos Polanco, sevillanos y discípulos de Zurbarán.

(74) Con el anterior y los dos siguientes, las cuatro Pascuas de San Pedro Mártir, de Toledo.

MDCLXXXV Augusti XXVII, Henry Minderhout.» Madrid,
Consejo de Estado.

MOLINA, Manuel de:

763, p. 89. «Cristo en la Cruz.» L., 1,62 × 1,09. Firmado: «Molina,
1660.» Madrid, Colegio de Santa Isabel.

MONTERO DE ROJAS, Juan:

715, p. 86. «Paso del mar Rojo.» L., 1,13 × 2,38. Madrid, Colegio de
Abogados (75).

MORALES, Luis de:

84 (n. n.), p. 192. «El Salvador entre los dos pecadores.» M. P. 948.

MORÁN, Santiago:

540, p. 88. «Presentación de la Virgen.» L., 2,08 × 1,46. Firmado:
«Santiago Morán. F. 1654.» San Sebastián, Museo Provincial,
en cuyo incendio sufrió tales daños que se consideraba muy
trabajosa la restauración.

MORENO, José:

629, p. 76. «Huída a Egipto.» L., 2,09 × 2,50. Firmado: «Jos Moreno
Ft. 16...» Madrid, Palacio de Justicia.

519, N. C. «Huída a Egipto.» L., 2,06 × 2,50. Gerona, Museo Pro-
vincial.

MUÑOZ, Blas:

767, p. 88. «San Francisco en oración.» L., 1,13 × 1,10. Firmado:
«Blas Muñoz.» Ubeda (Jaén), Ayuntamiento.

MUÑOZ, Sebastián:

108, p. 87. «San Agustín, conjurando la plaga de la langosta.» M.
P. 958.

199, p. 87. «Entierro del Señor de Orgaz.» M. P. 959.

NARDI, Angelo:

374, p. 82. «Adoración de los pastores.» L., 2,91 × 1,66. Alcalá de
Henares (Madrid), Jesuítas (76).

207, p. 83. «Circuncisión.» L., 2,91 × 1,68. Alcalá de Henares (Ma-
drid), Jesuítas.

707, p. 83, «Epifanía.» L., 2,70 × 1,66. Alcalá de Henares (Madrid),
Jesuítas.

996, p. 83. «Presentación.» L., 2,70 × 1,66. Alcalá de Henares (Ma-
drid), Jesuítas.

(75) «Y en la sacristía del Convento de la Merced... uno de los cuadros de... cuando
el pueblo de Dios pasó a pie enjuto el Mar Bermejo» (Palomino).

(76) Este y los siguientes, del retablo mayor de los Jesuítas de Alcalá de Henares.

230 p. 84. «Cristo en la cruz.» L., 3,17 × 2,20. Alcalá de Henares (Madrid), Jesuítas.

221, N. C. «San Diego de Alcalá y su compañero.» L., 2,22 × 4,61. Alcalá de Henares (Madrid), Archivo.

NAVARRO, Juan Simón:

521, p. 142. «Epifanía.» L., 2,08 × 1,66. Firmado: «Juan Simón Navarro fecit 1665.» Madrid, Colegio de Santa Isabel (77).

OBREGÓN, Marcos (?):

322, p. 76. «San Agustín, bendiciendo un ejército.» L., 1,76 × 1,35. Firmado: «M. O.» Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.

ONCE MIL VÍRGENES, Maestro de las:

887, p. 194. «Coronación de la Virgen.» M. P. 1.290.

892, p. 194. «La Virgen y San Ildefonso.» M. P. 1.294.

911, p. 195. «Santa Ursula.» M. P. 1.293.

907, p. 195. «San Antonio, Abad.» M. P. 1.295.

ORRENTE, Pedro:

739, N. C. «Nacimiento y adoración de los pastores.» L., 1,23 × 1,04. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.

97, p. 157. «Epifanía.» L., 2,38 × 2,01. Madrid, Palacio de Justicia, en cuyo incendio pereció.

83, p. 158. «Calvario.» L., 2,82 × 3,21. Madrid, Palacio de Justicia, en cuyo incendio pereció.

PACHECO, Francisco:

258, p. 107. «San Bernardo dando limosnas.» L., 2,08 × 3,10. Madrid, San Francisco el Grande (78).

PALOMINO Y VELASCO, Acisclo Antonio:

178, p. 83. «Epifanía.» L., 2,99 × 2,06. Firmado: «Regis Pictor, Palomino Velasco.» Madrid, Colegio de Santa Isabel.

532, p. 73. «Sueño de San José.» L., 1,60 × 1,02. Firmado: «Palomino Fbt.» Madrid, San Jerónimo (79).

527, p. 73. «La Cena.» L., 1,64 × 1,04. Firmado: «Palomino Ft.» Madrid, Palacio de Justicia, en cuyo incendio pereció.

(77) Del Carmen Calzado, de Madrid.

(78) Cruzada Villamil lo dió como anónimo madrileño. No parece caber duda de que se deba a Pacheco, dado su riguroso realismo y la justezza de la composición.

(79) Uno de los altares del propio convento de la Trinidad, como los dos siguientes.

704, p. 74. «Pentecostés.» L., 1,65 × 1,09. Firmado: «Palomino, Fbt.» Madrid, Hospital Clínico.

997, p. 74. «Nacimiento.» L., 2,92 × 2,06. Firmado: «Antonio Palomino, Ft.» Madrid, Consejo de Estado.

PANTOJA DE LA CRUZ, Juan:

249, p. 26. «San Agustín.» M. P. 1.040 a.

253, p. 26. «San Nicolás de Tolentino.» M. P. 1.040 b.

170, p. 27. «Santa Leocadia.» L., 2,23 × 1,42. Firmado: «Joannes Pantoja de la Cruz faciebat 1603.» Córdoba, Catedral (80).

162, p. 27. «La Virgen y San Ildefonso.» L., 2,25 × 1,41. Firmado: «Joannes Pantoja de la Cruz faciebat. 1603.» Lugo, Seminario.

148, p. 28. «Anunciación.» L., 2,26 × 1,42. Firmado: «Joannes Pantoja de la Cruz faciebat. 1603.» Madrid, Consejo de Estado (81).

156, p. 28. «Adoración de los pastores.» L., 2,27 × 1,45. Firmado: «Joannes Pantoja de la Cruz faciebat, 1605.» Madrid, Palacio de Justicia (82).

463, p. 28. «Una niña» (atribuído). L., 1,20 × 0,64. París, Embajada de España.

1.054, p. 29. «Felipe III» (atribuído). L., 2,35 × 1,16. San Sebastián, Museo Provincial, en cuyo incendio sufrió tales daños, que se creyó inútil restaurarlo.

PAREJA, Juan de:

741, p. 69. «Bautismo de Cristo.» L., 2,29 × 3,53. Firmado: «J. de Pareja, 1667.» Huesca, Museo Provincial (83).

324, p. 70. «Presentación de Jesús.» L., 1,44 × 3,10. Paradero desconocido.

474, p. 70. «Victoria de cananeos contra hebreos.» L., 1,10 × 1,66. Zaragoza, Universidad.

PARLA:

455, N. C. «San Francisco, en oración ante un rey y varios soldados.» L., 2,64 × 2,64. Firmado en 1691. Madrid, Tribunal Supremo.

PERE, Antonio Van de:

1.069, p. 280. «Muerte de San Simón Stock.» L., 2,00 × 3,87. Firmado:

(80) Con el siguiente, de los Agustinos Calzados de Madrigal.

(81) De la iglesia de la Misericordia.

(82) De la Real Capilla de la Casa del Tesoro.

(83) Del Convento de la Trinidad, de Toledo.

«Antonio Vandepere fct. 16...» Calera (Toledo), Iglesia de San Pedro.

764, p. 281. «Muerte de Santa Engracia.» L., 1,98 × 3,63. Calera (Toledo), Iglesia de San Pedro.

756, p. 280. «Nacimiento.» L., 1,85 × 1,31. Firmado: «Antonio Vandepere fct. 1673.» Madrid, Colegio de Santa Isabel.

PEREDA, Antonio:

766, N. C. «Santa Teresa de Jesús, arrodillada.» L., 1,60 × 2,23. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.

699, p. 71. «San Elías en el Paraíso.» L., 2,11 × 4,94. Cádiz, Museo Provincial (84).

584, p. 71. «Cristo con la cruz a cuestas.» M. P. 1.047.

439, p. 71. «San Eliseo.» L., 1,16 × 0,77. Madrid, Consejo de Estado.

664, p. 72. «Santo carmelita» (dudoso). L., 1,16 × 0,78. Madrid, Consejo de Estado.

483, p. 72. «San Jerónimo» (dudoso). L., 0,96 × 0,80. Zaragoza, Universidad.

505, N. C. «Inmaculada.» L., 1,79 × 1,28. Hasta 1913, en la Universidad de Madrid. Hoy, paradero ignorado.

509, N. C. «Virgen en trono de querubines.» L., Villalba (Madrid), Iglesia.

PÉREZ, Bartolomé (?):

141, p. 173. «Florero.» L., 0,74 × 0,57. Paradero ignorado.

143, p. 173. «Florero.» L., 0,74 × 0,57. Paradero ignorado.

444, p. 173. «Florero.» L., 0,61 × 0,83. Barcelona, Universidad.

575, p. 173. «Florero.» L., 0,62 × 0,84. Paradero ignorado.

580, p. 173. «Florero.» L., 0,62 × 0,84. Paradero ignorado.

591, p. 173. «Florero.» L., 0,62 × 0,84. Paradero ignorado.

596, p. 173. «Florero.» L., 0,62 × 0,84. Barcelona, Universidad.

604, p. 173. «Florero.» L., 0,96 × 0,73. Paradero ignorado.

605, p. 173. «Salvador.» L., 1,00 × 0,74. La Coruña, Escuela de Bellas Artes.

658, p. 173. «Inmaculada.» L., 0,99 × 0,74. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.

PÉREZ SIERRA, Francisco:

219, p. 75. «San Francisco de Asís.» L., 2,03 × 1,09. Firmado: «Francisco Pérez.» Madrid, Hospital Clínico.

(84) Del Carmen Calzado, de Madrid.

214, p. 75. «San Joaquín» (dudoso). L., 2,06 × 1,07. Madrid, Colegio de Abogados.

Po. Fn.:

553, p. 82. «Oración del huerto.» L., 1,80 × 1,73. Firmado: Po. Fn. 1604.» Gerona, Museo Provincial.

RENI, Guido (Escuela de):

718, p. 264. «Asunto místico.» L., 2,19 × 1,64. Madrid, San Francisco el Grande.

RIBALTA, Francisco:

164, N. C. «San Juan Evangelista.» L., 0,83 × 0,49. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.

RIBERA, José:

811, p. 175. «Inmaculada.» L., 2,58 × 1,78. Firmado: «Joseph de Ribera.» Madrid, San Pascual.

177, p. 175. «San Juan Evangelista» (escuela de Ribera). L., 1,72 por 1,39. Figueras (Gerona), Escuela de Bellas Artes.

684, p. 176. «San Andrés» (escuela de Ribera). L., 1,21 × 1,05. Madrid, Colegio de Abogados.

419, p. 175. «San Francisco en las zarzas» (copia antigua). L., 2,13 por 1,87. Madrid, San Jerónimo.

356, p. 176. «San Onofre» (copia antigua). L., 1,11 × 0,90. Oviedo, Universidad.

RIBERA, Juan Vicente:

994, N. C. «San Francisco de Paula, en el aire, con un crucifijo en la mano.» L., 2,65 × 2,72. Ciudad Real, Iglesia de Santa María (85).

441, p. 92. «San Francisco exorcizando a un energúmeno.» L., 2,66 por 2,70. Firmado: «Juan Vicente Rivera, fecit 1641 (?)» Ciudad Real, Iglesia de Santa María.

RICCI, Francisco:

136, p. 93. «Inmaculada.» M. P. 1.130 a.

534, p. 93. «Cristo en el Calvario.» L., 3,75 × 2,15. Firmado: «Francus Rizi fat. anno 1651.» Paradero desconocido (86).

(85) Este y el siguiente, del convento de Mínimos de la Victoria. La lectura de fecha 1641 en el n. 441, por Cruzada, es inaceptable, a menos que supongamos una gran longevidad en este artista, que actuaba en Madrid por 1720, bien que con maneras todavía sexcentistas.

(86) De los Capuchinos de la Paciencia.

- 714, p. 93. «Anunciación.» L., 2,06 × 2,83. Firmado: «Francs Rizi,
fat. 1663.» Barcelona, Universidad.
- 238, p. 94. «Inmaculada.» L., 2,11 × 3,78. Cádiz, Museo Provincial.
- 353, p. 94. «Anunciación.» M. P. 1.128.
- 366, p. 94. «Presentación de Jesús.» M. P. 1.130.
- 267, p. 94. «Epifanía.» M. P. 1.129.
- 1.001, N. C. «Santa Leocadia, coronada de flores por un ángel.» L., 5,24
por 3,70. Madrid, San Jerónimo.
- 621, p. 95. «Visitación.» L., 2,07 × 2,90. Madrid, Colegio de Santa
Isabel.
- 623, p. 95. «Nacimiento.» L., 2,07 × 2,83. Madrid, Palacio de Justicia,
en cuyo siniestro pereció.
- 787, p. 95. «Predicación de San Juan.» L., 2,08 × 2,91. Madrid, So-
ciedad de Protectores de los pobres.
- 552, N. C. «San Martín.» L., 1,84 × 1,08. San Sebastián, Museo Pro-
vincial, en cuyo incendio resultó deteriorado.

RICCI, Juan:

- 229, p. 96. «San Benito bendiciendo un pan.» M. P. 2.510.
- 412, p. 96. «San Benito con dos ángeles.» L., 2,10 × 1,02. Madrid.
Hospital Clínico (87).
- 956, N. C. «San Benito destruye los ídolos.» L., 1,94 × 2,20. San-
tiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 782, N. C. «San Benito bendiciendo a unas mujeres.» L., 1,84 × 2,15.
Madrid, Sociedad de Protectores de los Pobres (88).

RISUEÑO, José:

- 234, p. 141. «Sagrada familia.» L., 1,58 × 1,20. Madrid, Escuela de
Veterinaria.

RODRÍGUEZ, Diego:

- 511, p. 156. «San Pablo apóstol.» L., 2,34 × 1,64. Firmado: «Diego
Rodríguez, 1650.» Paradero desconocido (89).

(87) Vid. TORMO-GUSI-LAFUENTE: «La vida y la obra de Fray Juan Ricci.» Madrid,
1930, II, lám. XXXII.

(88) Como de Francisco Ricci en el inventario. Sin embargo de que no lo incluye
Lafuente en su catálogo arriba mencionado, es de creer, dado el tema benedictino,
que se deba a Fray Juan.

(89) Cruzada Villamil se limitó a considerarlo pintor toledano «de mala época». Según
las noticias de Ramírez de Arellano, aparece, efectivamente, trabajando en To-
ledo de 1663 a 1670.

RODRÍGUEZ DE MIRANDA, Pedro:

- 380, p. 97. «Aprobación de la Orden de Clérigos Menores.» L., 2,42 × 2,95. Firmado: «Po. Rodríg. de Miranda, inv. an. 1738». Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 385, N. C. «Dos religiosos arrodillados ante un obispo.» L., 242 × 2,96. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.

ROMÁN, Bartolomé:

- 748, p. 89. «San Gil, abad.» L., 2,02 × 1,09. Firmado: «Bartolomé Román. Faciebat en Madrid, 1616». Madrid, Consejo de Estado.
- 378, p. 90 «San Anselmo.» L., 2,10 × 1,11. Firmado: «Bartolomé Romano. Faciebat en Madrid, 1639.» Madrid, Hospital Clínico.
- 637, p. 90. «San Pedro Celestino.» L., 2,75 × 1,10. Firmado: «Bartolomé Román.» Madrid, Consejo de Estado.
- 70, p. 90. «San Remigio.» L., 2,10 × 1,11. Madrid, Consejo de Estado.
- 67, p. 91. «El Padre Alcuino.» L., 2,10 × 1,11. Madrid, Consejo de Estado.
- 560, p. 91. «El Padre Bera.» L., 2,09 × 1,11. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 314, p. 91. «San Buenaventura.» L., 2,91 × 2,65. Madrid, San Francisco el Grande (90).

RUIZ GONZÁLEZ, Pedro:

- 1.688, p. 98. «El divino pastor.» L., 2,05 × 2,86. Firmado: «Ruiz González 1693.» Almería, Instituto de Segunda Enseñanza.

RUIZ DE LA IGLESIA, Francisco Ignacio:

- 443 p. 97. «San Juan.» L., 9,64 × 0,91. Firmado: «Ignacio Ruiz, 1681.» Logroño, Instituto de Segunda Enseñanza.

SÁNCHEZ COELLO, Alonso:

- 212, p. 81. «Isabel Clara Eugenia.» L., 1,94 × 1,10. París, Embajada de España.
- 817, N. C. «San Agustín, obispo, en un trono de nubes» (atribuído). L., 2,77 × 1,96. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.

SANZIO, Rafael (copia de):

- 273, p. 257. «La Transfiguración.» M. P. 315.

(90) Catalogado como de Zurbarán en San Francisco el Grande.

SIÑLA, Maestro de la:

- 906, p. 193. «Circuncisión.» M. P. 1.258.
 913, p. 193. «Anunciación.» M. P. 1.254.
 924, p. 193. «Epifanía.» M. P. 1.256.
 934, p. 194. «Presentación de Jesús.» M. P. 1.257.
 902, p. 207. «Visitación.» M. P. 1.255.
 898, p. 207. «Muerte de la Virgen.» M. P. 1.259.

SOLÍS, Francisco:

- 493, p. 99. «Inmaculada.» L., 2,25 × 1,67. Firmado: «Solís ft. 1667.»
 Madrid, Iglesia del Corazón de María.
 793, p. 99. «Presentación de Jesús.» L., 2,33 × 1,28. Firmado: «So-
 lís f.». Cádiz, Museo Provincial (91).
 558, p. 99. «Santo mercedario.» L., 2,20 × 1,45. Firmado: «Solís
 fecit.» Huesca, Museo Provincial.
 570, p. 100. «Presentación de la Virgen.» L., 2,32 × 1,26. San Sebas-
 tián, Museo Provincial.

STANZIONE, Massimo:

- 362, p. 260. «Desposorios de Santa Catalina.» L., 1,30 × 1,56. Firma-
 do: «Caballero Maximo.» Madrid, Iglesia del Corazón de
 María (92).

THEOTOCOPULI, Domenicos (93):

- 120, p. 150. «Anunciación.» L., 3,16 × 1,74. Villanueva y Geltrú (Bar-
 celona), Museo Balaguer.
 171, p. 151. «San Francisco.» M. P. 819.
 452, p. 151. «San Antonio de Padua.» M. P. 815.
 1.138, p. 151. «Pentecostés.» M. P. 1.138.
 1.319, p. 151. «Resurrección.» M. P. 825.
 1.141, p. 152. «Cristo en la cruz.» M. P. 823.
 446, p. 152. «San Benito.» M. P. 817.
 169, p. 152. «San Francisco y San Juan.» M. P. 169.
 352, p. 152. «San Francisco» (copia). M. P. 818.
 421, p. 149. «San Eugenio» (copia). M. P. 831.

(91) De los Recoletos de Alcalá de Henares.

(92) Del Carmen Descalzo, de Madrid.

(93) Sería ingenuo creer que los cuadros del Greco se libraron del reparto a voleo; el 171 estuvo en el Consejo de Estado; el 452, en el Seminario de Lugo, y el 169, en el Sanatorio del Rosario. Afortunadamente, volvieron pronto al Prado, excepto el de Villanueva y Geltrú.

THEOTOCOPULI, Jorge Manuel:

603, p. 156. «El expolio.» L., 1,07 × 0,69. Barcelona, Universidad.

TIEPOLO, Domenico:

508, p. 264. «Entierro de Cristo.» M. P. 362.

94, p. 264. «El expolio.» M. P. 359.

93, p. 265. «Cristo atado a la columna.» M. P. 356.

92, p. 265. «Crucifixión.» M. P. 360.

91, p. 265. «Caída en el Calvario.» M. P. 358.

90, p. 266. «Coronación de espinas.» M. P. 357 (94).

TRISTÁN, Luis:

161, N. C. «San Jerónimo en contemplación.» L., 1,90 × 1,49. Madrid, Colegio de Santa Isabel.

VACCARO, Andrea:

183, p. 260. «Tránsito de una Santa Mártir» (dudosos). L., 1,47 × 1,37. Córdoba, Catedral.

VALDÉS LEAL, Juan de (?) (95):

1.082, N. C. «Inmaculada.» L., 2,20 × 1,68. Albacete, Museo Provincial.

1.144, N. C. «Controversia sobre el entierro de San Alberto.» L., 2,00 × 3,66. Mondoñedo (Lugo), Obispado.

VARGAS, Andrés de:

640, p. 101. «Sacrilegio de unos judíos.» L., 1,71 × 2,96. Firmado: «Andrés de Vargas.» Porriño (Pontevedra), Ayuntamiento.

VERDUSÁN, Vicente:

758, p. 126. «Santo Obispo.» L., 1,29 × 0,97. Firmado: «Vicente Verdusán fact. 1690.» Figueras (Gerona), Escuela de Bellas Artes.

WEYDEN, Roger van der:

991, 901, 990, 990 a y 991 a, p. 229 a 235. «Tríptico de la Redención.» M. P. 1.188-1.889-1.890-1.891-1.892.

889, p. 235. «El descendimiento.» M. P. 1.894 (96).

ZAMPIERI, Domenico (Vid: Albano, Francesco):

ZURBARÁN, Francisco:

303, p. 128. «San Jacobo de la Marca.» M. P. 2.472 (97).

(94) Los seis y dos más en el Prado (M. P. 365 y M. P. 361), pintados en 1771 para San Felipe Neri, de Madrid.

(95) «Valdés», en el inventario, lo que justifica cumplidamente el interrogante.

(96) Del Convento de los Angeles.

(97) De San Diego, de Alcalá de Henares.

CATALOGO II: ANONIMOS

Si muchas de las atribuciones que anteceden es de creer sean disparatadas, fácil es imaginar lo que ocurrirá con lienzos y tablas reputados cómodamente de anónimos allá, hace un siglo, sin que desde entonces haya sido fácil verlos ni estudiarlos. Así, pues, con pequeñas modificaciones, damos la lista de Cruzada Villamil y la mucho más vaga de los inventarios de reparto.

ANÓNIMOS ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XV Y XVI:

- 541, p. 241. «Virgen de la Piedad.» M. P. 2.425.
- 897, p. 135. «La Resurrección.» P. M. 2.154 f (numeración antigua).
- 904, p. 196. «San Andrés.» M. P. 674.
- 688, p. 197. «Entierro de Cristo.» M. P. 678.
- 824, p. 197. «Pentecostés.» M. P. 677.
- 852, p. 197. «Jeremías.» M. P. 685.
- 855, p. 198. «David.» M. P. 683.
- 860, p. 198. «Isaías.» M. P. 684.
- 862, p. 198. «198». «Habacuc.» M. P. 686.
- 993, p. 199. «Cristo muerto.» M. P. 692.
- 915, p. 199. «San Pedro Apóstol.» M. P. 2.154 g (numeración antigua).
- 1.675, p. 199. «Vida de San Pedro.» Desconozco su correspondencia en el Prado.
- 853, p. 200. «Santa Lucía.» M. P. 2.154 b (numeración antigua).
- 854, p. 200. «San Bernardo abad.» M. P. 2.154 k (numeración antigua).
- 859, p. 201. «Santo Papa.» M. P. 2.154 j (numeración antigua).
- 861, p. 201. «Santo Domingo.» M. P. 2.154 m (numeración antigua).
- 940, p. 201. «Cristo en la cruz.» Desconozco su correspondencia en el Prado.
- 873, p. 202. «Oración del huerto.» M. P. 2.154 s (numeración antigua).
- 872, p. 202. «Presentación de Jesús.» T. 2,19 × 0,79. Paradero ignorado.
- 843, p. 262. «Visitación.» M. P. 2.154 t (numeración antigua).
- 966, p. 203. «Noli me tangere.» T. 0,89 × 1,93. Madrid, San Jerónimo.
- 979, p. 203. «San Martín partiendo la capa.» T. 1,06 × 1,72. Barcelona, Ayuntamiento.
- 973, p. 203. «San Bernardo.» T. 0,84 × 0,40. Paradero ignorado.
- 968, p. 204. «Santa Ana.» T. 0,84 × 0,42. Paradero ignorado.

- 945, p. 204. «Martirio de San Esteban.» T. 0,29 × 0,71. Paradero ignorado.
- 918, p. 204. «San Bernardo.» T. 1,71 × 1,30. Paradero ignorado.
- 914, p. 205. «Martirio de San Lorenzo.» T. 1,02 × 0,72. M. P. 2.154 r (numeración antigua).
- 849, p. 205. «Juicio Final.» M. P. 2.154 b (numeración antigua).
- 919, p. 205. «Nacimiento.» M. P. 2.154 u (numeración antigua).
- 925, p. 206. «Noli me tangere.» T. 2,19 × 1,59. Paradero ignorado.
- 944, p. 206. «Cristo a la columna.» M. P. 2.177 b (numeración antigua).
- 947, p. 206. «Flagelación.» M. P. 2.177 c (numeración antigua).
- 967, p. 207. «Cristo muerto.» T. 0,83 × 0,71. Paradero ignorado.
- 1.673, p. 208. «Cristo en la cruz.» T. 1,42 × 1,21. Paradero ignorado.
- 1.674, p. 208. «Oración del huerto.» T. 0,45 × 0,70. Barcelona, Ayuntamiento.
- 1.676, p. 208. «Santo Domingo de Guzmán.» T. 0,64 × 0,43. Barcelona, Ayuntamiento.
- 935, p. 186. «Virgen de los Reyes Católicos.» M. P. 1.260.
- 975, p. 236. «Visitación.» M. P. 705.
- 1.683, p. 237. «Nacimiento del Bautista.» M. P. 706.
- 1.717, p. 237. «Predicación del Bautista.» M. P. 707.
- 1.716, p. 237. «Bautismo de Cristo.» M. P. 708.
- 1.684, p. 236. «Prisión del Bautista.» M. P. 709.
- 983, p. 238. «Degollación del Bautista.» M. P. 710.
- 1.670, p. 276. «Epifanía.» M. P. 125.
- 1.671, p. 276. «Epifanía.» M. P. 126.
- 841, p. 261. «San Lorenzo.»
- 841, p. 262. «San Antonio de Padua.» M. P. 1.300.
- 932, p. 262. «San Esteban» y
- 952, p. 262. «Imposición de la casulla a S. Ildefonso.» M. P. 1.301.
- 59, p. 158. «San Gregorio Magno.» M. P. 1.311.
- 60, p. 158. «San Jerónimo.» M. P. 1.312.
- 65, p. 159. «San Agustín.» M. P. 1.314.
- 66, p. 159. «San Ambrosio.» M. P. 1.313.

ANÓIMOS VALENCIANOS:

- 837, p. 169. «Anunciación.» T., 2,22 × 1,44. Paradero ignorado.
- 890, p. 170. «Ángel.» T., 0,83 × 1,20. Paradero ignorado.
- 891, p. 170. «Ángel.» T., 0,83 × 1,20. Paradero ignorado.
- 630, p. 170. «Salvador.» T., 2,10 × 1,16. Paradero ignorado.
- 211, p. 171. «Florero.» L., 0,54 × 0,83. Paradero ignorado.

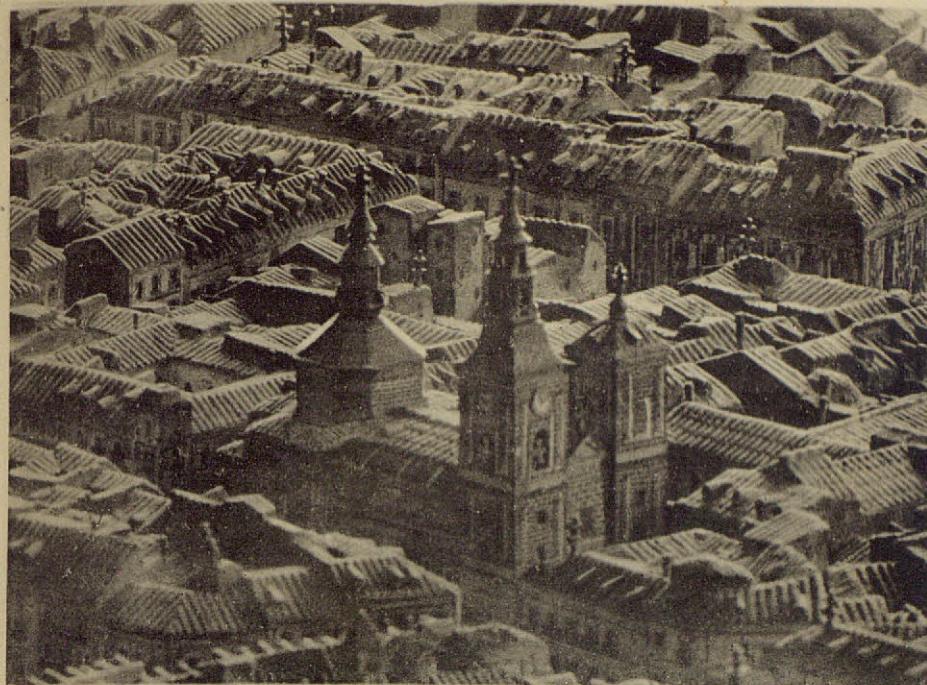
- 790, p. 171. «La Verónica.» L., 1,74 × 1,08. Madrid, Iglesia del Corazón de María.
- 977, p. 171. «San Juan Evangelista.» T., 0,67 × 0,38. Barcelona, Ayuntamiento.
- 142, p. 171. «Cristo en la cruz.» L., 0,72 × 0,44. Figueras (Gerona), Ayuntamiento.
- 173, p. 172. «San Juan Evangelista.» L., 0,92 × 0,56. Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia.
- 587, p. 172. «San Pablo.» L., 1,00 × 0,75. Jaca (Huesca), Palacio episcopal.
- 600, p. 172. «La Magdalena en el desierto.» L. sobre T., 0,45 × 0,36. Paradero ignorado.
- 701, p. 172. «Fray Pablo de la Trinidad.» L., 1,78 × 0,99. Madrid, Escuela de Agricultura.

ANÓNIMOS TOLEDANOS:

- 572, p. 154. «Noé saliendo del arca.» L., 0,82 × 1,60. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 792, p. 160. «Santo Domingo en Soriano.» L., 2,28 × 1,26. San Sebastián, Museo Provincial, en cuyo incendio sufrió tanto, que se borraron las figuras.
- 73, p. 160. «San Antonio Abad.» L., 1,66 × 1,11. Paradero ignorado.
- 151, p. 160. «San Antonio de Padua.» L., 1,60 × 0,90. La Coruña, Escuela de Bellas Artes.
- 157, p. 160. «San Francisco de Asís.» L., 1,60 × 0,90. Madrid, San Pascual.
- 86, p. 161. «San Juan Bautista.» L., 1,04 × 0,83. Madrid, San Pascual.
- 371, p. 161. «San Jerónimo.» L., 1,03 × 0,83. Lérida, Seminario.
- 636, p. 161. «Santo Domingo de Silos.» L., 1,11 × 0,84. Calera (Toledo), Iglesia de San Pedro.
- 71, p. 161. «San Pedro Alcántara.» Madrid, Escuela de Veterinaria.

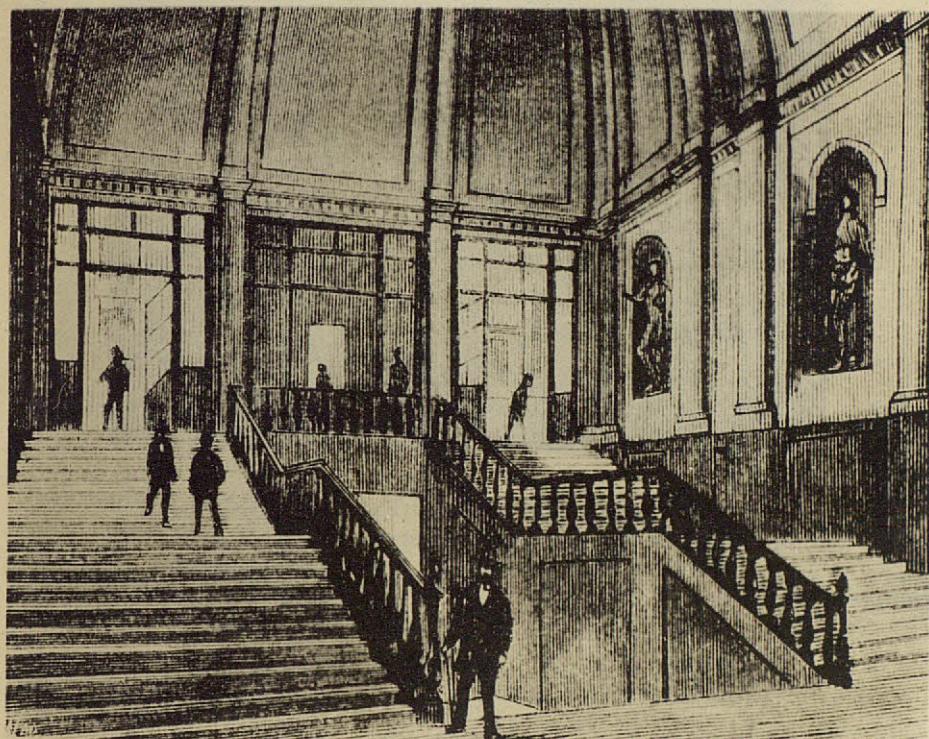
ANÓNIMOS ANDALUCES:

- 933, p. 144. «San Andrés.» T., 1,02 × 0,60. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 363, p. 144. «Santiago apóstol.» L., 0,91 × 0,57. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 759, p. 144. «Santo carmelita.» L., 0,91 × 0,95. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.
- 56, p. 144. «Asunto místico.» L., 0,46 × 0,65. Madrid, Palacio episcopal.

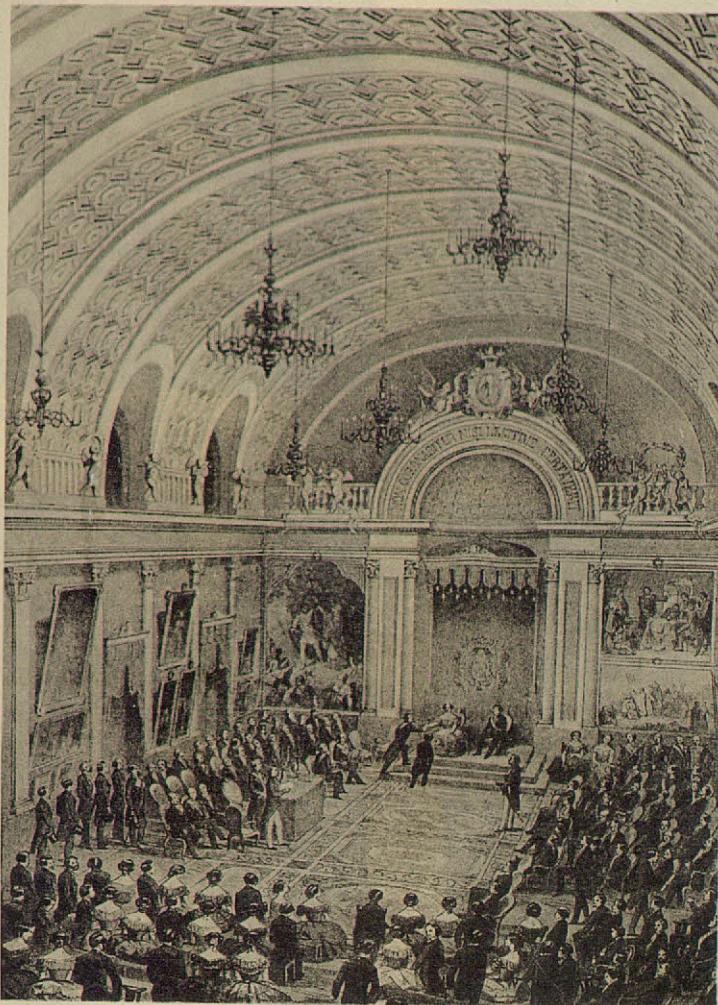


La Iglesia y Convento de la Trinidad en 1830. Pormenor del plano en relieve
del Coronel de Artillería D. León Gil y Palacio.

Madrid. Museo Municipal.



Escalera del Museo Nacional de la Trinidad en 1876, según Fernández de los Ríos.

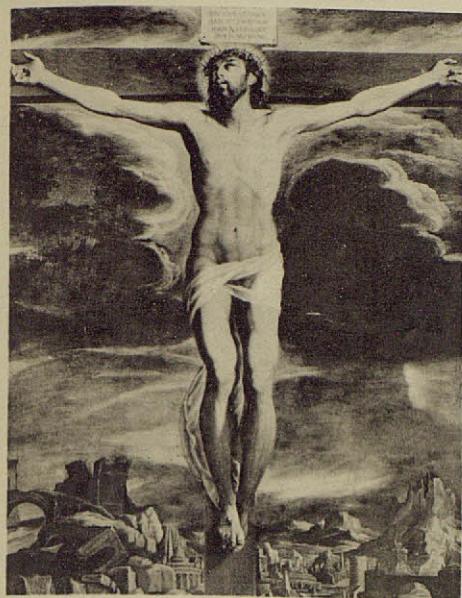


Interior de la Iglesia de la Trinidad en 1856. Estampa de J. Tomé,
litografiada por Martínez, reproduciendo el reparto de premios de
la Exposición de Bellas Artes celebrada en dicho año.

Madrid. Museo Municipal.

CUADROS DEL MUSEO DE LA TRINIDAD

III



606. Horacio Borgiani.
«Cristo en la Cruz».
Hoy en Cádiz, Museo Provincial



501. Alonso Cano.
«Mercedario predicando».
Hoy en Madrid, Consejo de Estado



144. Vicente Carducho.
«Martirio de San Ramón Nonnato».
Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo



138. Vicente Carducho.
«La Virgen protegiendo de la horca a
San Pedro Armengol».
Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo



1088. *José García Hidalgo. «Asunto de la vida de San Agustín».*

Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo



433. *Cristóbal García Salmerón. «El Divino Pastor».*

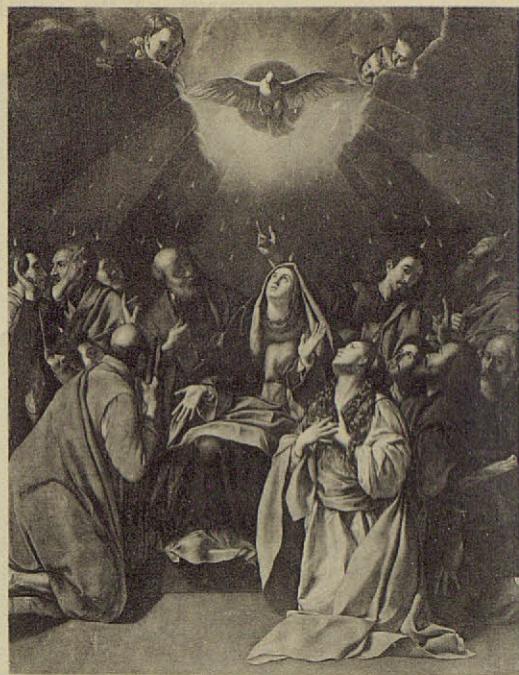
Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo

CUADROS DEL MUSEO DE LA TRINIDAD

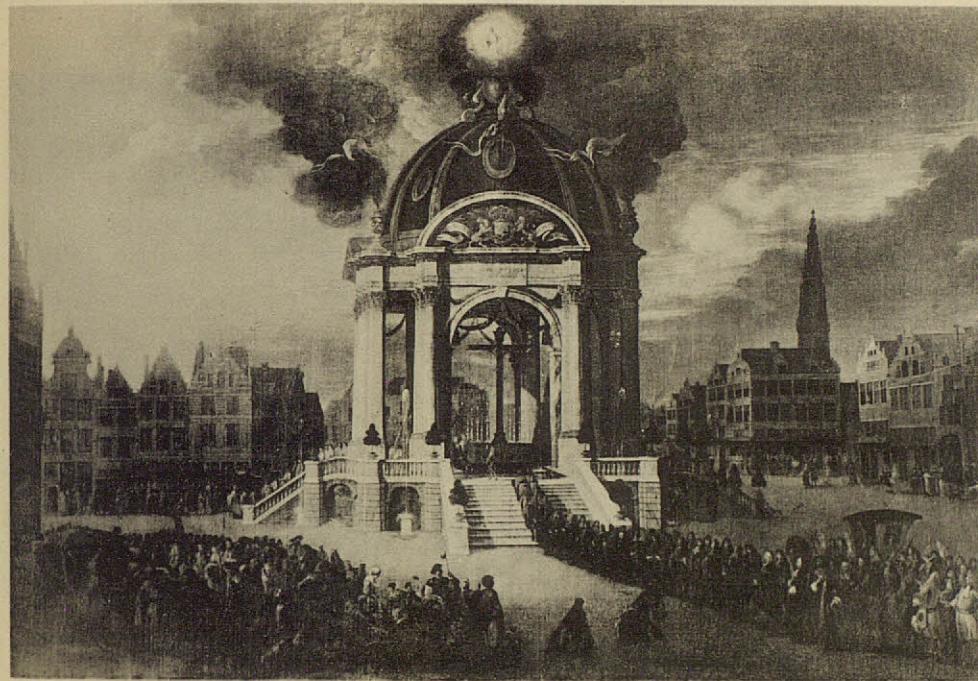
V



764. Luis Fernández.
«San Vicente Mártir».
Hoy en Madrid, Consejo de Estado.



216. Juan Bautista Mayno.
«Pentecostés».
Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo.



308. Hendrick van Minderhout. «Procesión en Amberes».
Hoy en Madrid, Consejo de Estado.

CUADROS DEL MUSEO DE LA TRINIDAD

VI



258. *Francisco Pacheco.* «San Bernardo dando limosnas».

Hoy en Madrid, Iglesia de San Francisco el Grande.

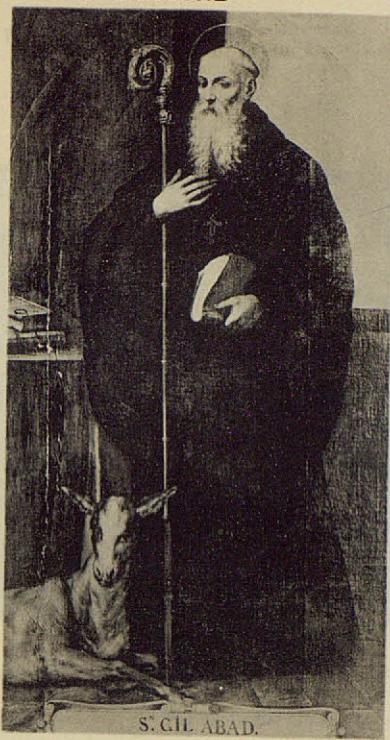


384. *Anónimo madrileño.* «Cristo muerto».

Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo.



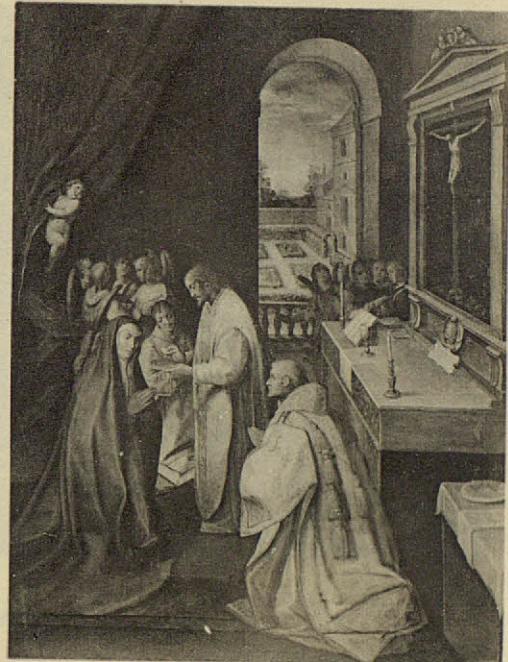
412. *Juan Ricci.*
«San Benito con dos ángeles».
Hoy en Madrid, Hospital Clínico.



748. *Bartolomé Román.*
«San Gil Abad».
Hoy en Madrid, Consejo de Estado.



532. *Antonio Palomino.*
«El sueño de San José».
Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo.



139. *Anónimo madrileño.*
«Jesucristo dando la comunión a la Virgen».
Hoy en Madrid, Iglesia de San Jerónimo.

CUADROS DEL MUSEO DE LA TRINIDAD

VIII



699. *Antonio Pereda.* «San Elías en el Paraíso».

Hoy en Cádiz, Museo Provincial.



238. *Francisco Ricci.* «Inmaculada».

Hoy en Cádiz, Museo Provincial.

- 1.080, p. 145. «Virgen de la Soledad.» L., 2,49 × 1,85. Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 381, p. 129. «Cristo atado a la columna.» L., 2,20 × 1,09. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 397, p. 129. «Nacimiento.» L., 0,76 × 1,03. Madrid, San Jerónimo.
- 613, p. 130. «La Virgen y San Juan de Dios.» L., 1,20 × 1,51. Oviedo, Universidad.
- 85, p. 130. «San Pascual Bailón.» L., 1,06 × 0,38. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 158, p. 130. «San Andrés.» L., 0,68 × 0,56. Madrid, Escuela Normal Central de Maestras.
- 470, p. 130. «Presentación de la Virgen.» L., 1,11 × 1,65. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.
- 539, p. 131. «Nacimiento de la Virgen.» L., 1,04 × 0,83. Paradero ignorado.
- 565, p. 131. «Asunto místico.» L., 2,03 × 1,44. Madrid, San Francisco el Grande.
- 83 (numeración roja), p. 131. «San Juan de Dios» (copia de Murillo). L., 0,79 × 0,62. Madrid, Hospital Clínico.
- 349, p. 132. «San Francisco en oración» (copia antigua de Zurbarán). Oviedo, Universidad.
- 992, N. C. «Anunciación.» L., 2,68 × 2,48. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.

ANÓNIMOS MADRILEÑOS:

- 139, p. 116. «Jesucristo dando la comunión a la Virgen.» L., 1,61 por 1,18. Madrid, San Jerónimo.
- 476, p. 131. «Santa Teresa de Jesús.» L., 1,04 × 0,83. Madrid, San José.
- 1.677 a., p. 199. «San Lorenzo.» T., 1,14 × 0,97. Paradero ignorado.
- 1.677, p. 200. «Santo Obispo.» T., 1,14 × 0,97. Paradero ignorado.
- 1.105, p. 115. «San Nicolás de Tolentino.» L., 2,00 × 1,33. Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios.
- 1.119, p. 115. «San Juan» (boceto). L., 1,15 × 2,32. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 1.687, p. 116. «Santa Teresa.» L., 0,34 × 1,17. Paradero ignorado.
- 149, p. 116. «Cabeza de anciano.» L., 0,69 × 0,56. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 622, p. 117. «Adoración de los pastores.» L., 2,31 × 1,79. Barcelona, Universidad.
- 671, p. 117. «San Jerónimo en el desierto.» M. P. 1.261.

- 825, p. 118. «San Juan Bautista.» T., 0,45 × 0,32. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 698, p. 118. «San Juan y Jesús en el desierto.» L., 1,12 × 0,40. Jaén, Museo Provincial.
- 432, p. 118. «Niño caritativo, con su padre.» L., 1,90 × 1,80. Córdoba, Catedral.
- 1.117, N. C. «San Sebastián, en el martirio.» L., 1,04 × 1,82. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 542, p. 111. «San Juan Bautista.» L., 1,27 × 1,00. Madrid, Consejo de Estado.
- 609, p. 111. «San Fernando.» L., 1,78 × 1,20. Zaragoza, Diputación Provincial.
- 617, p. 111. «Virgen del Pilar.» L., 0,95 × 1,12. Zaragoza, Diputación.
- 635, p. 112. «San Juan de Mata.» L., 2,37 × 2,36. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 705, p. 112. «Visitación.» L., 2,40 × 1,39. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 705, p. 112. «Visitación.» L., 2,40 × 1,39. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 717, p. 112. «Martirio de Santa Rosa.» L., 2,51 × 1,70. Madrid, Iglesia del Corazón de María.
- 719, p. 113. «Visitación.» L., 2,72 × 1,87. Albacete, Museo Provincial.
- 728, p. 113. «Regina Sanctorum.» L., 2,69 × 9,95. Madrid, San Francisco el Grande.
- 750, p. 113. «Nacimiento.» L., 2,45 × 1,63. Oviedo, Universidad.
- 753, p. 114. «San Antonio.» L., 1,81 × 1,35. Madrid, San Jerónimo.
- 776, p. 114. «Santa comulgando.» L., 2,26 × 1,64. Madrid, Colegio de San Ildefonso.
- 780, p. 114. «San Juan Bautista.» L., 1,26 × 0,71. Madrid, Escuela Normal Central de Maestras.
- 884, p. 114. «Don Francisco de Rojas y Doña Francisca Enríquez adorando el Sacramento.» M. P. 1.302.
- 1.046, p. 115. «Huída a Egipto.» L., 1,48 × 3,28. Sabadell (Barcelona), Gremio de Fabricantes.
- 240, p. 107. «Asunto místico.» L., 1,54 × 1,15. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 236, p. 106. «Virgen.» L., 1,93 × 1,00. Figueras (Gerona), Escuela de Bellas Artes.
- 370, p. 107. «San Juan de Capistrano.» L., 1,35 × 0,85. Zaragoza, Universidad.

- 376, p. 108. «Niños jugando a las bochas.» L., 0,62 × 78. Barcelona, Universidad.
- 384, p. 108. «Cristo, muerto.» L., 1,10 × 2,03. Madrid, San Jerónimo.
- 398, p. 108. «San Nicolás de Bari.» L., 2,08 × 1,16. Madrid, Consejo de Estado.
- 406, p. 108. «Virgen del Rosario.» L., 0,97 × 0,69. San Sebastián, Museo Provincial, en cuyo siniestro ardió.
- 425, p. 109. «Los Reyes Católicos.» L., 3,50 × 2,25. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 427, p. 109. «Los Emperadores Carlos e Isabel.» L., 3,45 × 2,26. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 445, p. 110. «San Gregorio Magno.» L., 0,95 × 0,77. Oviedo, Palacio Episcopal.
- 482, p. 110. «San Juan de Mata.» L., 2,36 × 2,31. Ciudad Real, Santa María.
- 513, p. 110. «Coronación de la Virgen» (copia de Velázquez). L., 1,68 por 1,26. Madrid, San Pascual.
- 520, p. 110. «Anunciación» (copia de Carducho). L., 1,90 × 1,45. Madrid, Palacio de Justicia.
- 619, N. C. «Pontífice.» L., 1,53 × 1,19. Madrid, Palacio de Justicia.
- 95, p. 102. «San Antonio de Padua.» L., 2,32 × 1,69. Palma de Mallorca, Museo Provincial.
- 132, p. 102. «Nacimiento.» L., 1,80 × 1,29. Madrid, Iglesia del Corazón de María.
- 150, p. 102. «Retrato de señora.» L., 0,84 × 0,62. Madrid, Colegio de Abogados.
- 154, p. 103. «San Andrés.» L., 0,82 × 0,59. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 180, p. 103. «Don Juan José de Austria.» M. P. 1.317 a.
- 184, p. 103. «San Judas Tadeo.» L., 1,92 × 1,00. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 185, p. 103. «Santiago el Menor.» L., 1,92 × 1,00. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 192, p. 104. «Santo Tomás.» L., 1,93 × 1,02. Madrid, Escuela de Veterinaria.
- 194, p. 104. «San Andrés.» L., 1,93 × 1,03. Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer.
- 195, p. 104. «San Felipe.» L., 1,93 × 1,03. Zaragoza, Universidad.
- 196, p. 104. «San Matías.» L., 1,93 × 1,03. Paradero ignorado,

- 202, p. 105. «Santo Domingo de Guzmán.» L., 1,70 × 1,13. Oviedo, Palacio Episcopal.
- 215, p. 105. «San Guillermo de Aquitania.» L., 1,65 × 1,10. Madrid, Escuela Normal Central de Maestras.
- 217, p. 105. «Jacob y el ángel.» L., 0,58 × 1,17. San Sebastián, Museo Provincial.
- 218, p. 106. «Tobías y San Rafael.» L., 0,58 × 1,17. Jaén, Museo Provincial.
- 224, p. 106. «San Jerónimo.» L., 1,49 × 1,02. Madrid, Colegio de Abogados.

ANÓNIMOS FLAMENCOS:

- 943, p. 259. «Virgen y Niño.» T., 0,65 × 0,78. Paradero ignorado.
- 930, p. 242. «Epifanía.» Tríptico. Madrid, Colegio de Abogados.
- 939, p. 242. «Virgen y Niño.» T., 1,09 × 0,76. Paradero ignorado.
- 952, p. 244. «Epifanía.» Tríptico. Paradero ignorado.
- 1.667, p. 245. «Virgen y Niño.» T., 1,01 × 0,72. Paradero ignorado.
- 665, p. 246. «La mujer adúltera.» T., 0,75 × 1,05. Madrid, San José.
- 696, p. 245. «Adoración de los pastores.» L., 2,53 × 1,96. Cádiz, Museo Provincial.
- 480, p. 246. «San Nicolás de Bari.» L., 0,90 × 0,70. Sevilla, Universidad.
- 808, p. 246. «Jacobo I de Inglaterra.» M. P. 1.954.
- 953, p. 246. «La Virgen y sus padres.» L., 1,62 × 0,85. Sevilla, Universidad.
- 140, p. 247. «Vida de San Juan de Mata.» L., 3,13 × 1,77. Madrid, Consejo de Estado.
- 785, p. 247. «Interior de una cocina.» T., París, Embajada de España.
- 798, N. C. «Virgen y Niño.» L., 1,67 × 1,43. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.

ANÓNIMOS FRANCESES:

- 181, p. 277. «Felipe V.» L., 9,82 × 0,62. París, Embajada de España.
- 359, p. 277. «Santa Catalina.» L., 0,80 × 0,64. San Sebastián, Museo Provincial en cuyo siniestro ardió.
- 794, p. 277. «Retrato de señora.» L., 2,02 × 2,12. París. Embajada de España.
- 815, N. C. «Retrato de señora.» L., 2,06 × 1,30. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.

ANÓNIMOS ITALIANOS:

- 247, p. 271. «Resurrección de Lázaro.» L., 2,36 × 1,16. Madrid, Consejo de Estado.

- 478, p. 271. «Presentación de Jesús.» L., 2,38 × 1,96. Madrid, Colegio de Santa Isabel.
- 64, p. 271. «Virgen de las Angustias.» L., 1,04 × 0,84. Paradero ignorado.
- 364, p. 271. «Virgen.» L., 0,50 × 0,75. Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia.
- 368, p. 272. «Magdalena.» L., 0,97 × 1,30. Oviedo, Palacio episcopal.
- 415, p. 272. «Asunto místico.» T., 1,91 × 1,21. Córdoba, Catedral.
- 856, p. 272. «San Juan Bautista.» T., 0,49 × 0,29. Paradero ignorado.
- 863, p. 273. «Magdalena.» T., 0,49 × 0,29. Paradero ignorado.
- 235, p. 274. «Anunciación.» L., 1,90 × 2,30. Ecija (Sevilla), Ayuntamiento.
- 506, p. 274. «Cena.» L., 1,26 × 1,64. Tánger, Legación de España.
- 109, p. 275. «Moisés y Aaron.» L., 1,68 × 1,37. Oviedo, Universidad.
- 87, p. 275. «Viaje de Jacob.» L., 1,30 × 2,35. San Sebastián, Museo Provincial, en cuyo incendio quedó muy deteriorado.
- 1.168, p. 275. «San Pedro.» M. P. (sin número).
- 1.169, p. 275. «San Pablo.» L., 3,43 × 2,01. Gerona, Museo Provincial, 779, N. C. «Jesús y la samaritana.» L., 1,04 × 1,23. Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica.
- 251, N. C. «Ascensión de la Virgen.» L., 2,79 × 1,97. Madrid, San Francisco el Grande.

ANÓNIMOS VARIOS, NO CATALOGADOS, DISTRIBUÍDOS SEGÚN SUS PARADEROS:

Almería, Instituto de Segunda Enseñanza:

818. «Rapto de San Elías.» L., 2,11 × 1,35.
573. «Apóstol.» L., 1,41 × 1,07.

Barcelona, Escuela Normal:

801. «Milagro de los panes y de los peces.» L., 2,52 × 6,00

Barcelona, Universidad:

702. «Epifanía.» L., 2,07 × 3,31.
146. «Jesucristo en el monte.» L., 1,55 × 1,46.
788. «Asunción de la Virgen.» L., 2,29 × 1,44.
434. «Cristo atado a la columna.» L., 1,63 × 1,26.
62. «Florero.» L., 0,62 × 0,83.
63. «Florero.» L., 0,68 × 0,83.

Barcelona, Ayuntamiento:

- 1.712. «Salvador.» T., 0,86 × 0,38.
- 1.713. «La Verónica.» T., 0,86 × 0,37.
844. «Santa Casilda.» T., 0,56 × 0,32.
846. «Santa Leocadia.» T., 0,55 × 0,31.

260. «Inmaculada.» T., 0,67 × 0,53.
 1.098. «San Antonio Abad.» L., 1,07 × 0,85.
 159. «Retrato de caballero con toisón y banda azul.» L., 0,85 × 0,62.
 1.102. «San Francisco de Borja.» L., 1,07 × 0,85.
 1.085. «Piedad.» L., 1,95 × 1,49.
 978. «Cristo en la calle de la Amargura.» L., 0,50 × 0,84.
- Barcelona, Escuelas Pías:
110. «San Antonio Abad.» L., 0,62 × 0,48.
 1.108. «Un trinitario.» L., 1,26 × 1,01.
 1.112. «Un trinitario.» L., 1,26 × 1,01.
- Berlín, Embajada de España:
- 1.045. «Monje escribiendo.» L., 1,08 × 0,85.
 517. «Retrato de un personaje.» L., 10,4 × 085.
- Bilbao, Museo Provincial:
597. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,81.
 1.271. «Asunto mitológico.» L., 0,91 × 1,33.
 594. «Virgen.» L., 1,08 × 0,81.
- Cáceres, Escuela de Dibujo:
466. «Nacimiento.» L., 1,10 × 1,65.
- Calera (Toledo), Iglesia de San Pedro:
449. «Obispo de Pontifical.» L., 1,89 × 1,78.
 373. «Cristo con la cruz a cuestas.» L., 1,86 × 1,23.
- Cantoria-Urracal (Almería), Iglesia:
- 1.197. «San Ildefonso.» L., 1,58 × 1,10.
 1.209. «Cristo con la cruz a cuestas.» L., 1,56 × 1,06.
 82. «La copa en el saco de Benjamín.» L., 98 × 1,21.
 757. «Inmaculada.» L., 1,75 × 1,40.
 761. «San Juan Bautista en el desierto.» L., 1,95 × 1,27.
 1.179. «Santa Cecilia.» L., 1,98 × 1,52.
 1.538. «Santa Teresa.» L., 1,20 × 097.
- Ciudad Real, Iglesia de Santa María:
46. «Huída a Egipto.» L., 2,10 × 2,52.
 1.728. «Blasón.» L., 2,21 × 2,90.
- Córdoba, Catedral:
620. «Sagrada familia.» L., 1,69 × 1,21.
 241. «Cristo con la cruz a cuestas.» L., 1,44 × 1,24.
 1.081. «Alegoría de la Virgen.» L., 1,91 × 1,21.
- Coruña, Escuela de Bellas Artes:
- 1.483. «San José y el Niño.»
- Ecija (Sevilla), Ayuntamiento y Biblioteca:
396. «San Agustín de pontifical» L., 1,20 × 1,03.

279. «San Pablo.» L., 1,24 × 1,04.
479. «Cabaña.» L., 0,93 × 1,37.
487. «Cabaña.» L., 9,93 × 1,37.
583. «Santa Teresa y San Juan de la Cruz.» L., 2,07 × 1,48.
1.104. «San Fernando.» L., 2,06 × 1,25.
842. «Calvario.» L., 0,72 × 1,04.

Figueras (Gerona), Ayuntamiento:

423. «Bautismo de Cristo.» L., 1,89 × 1,26.

Figueras (Gerona), Escuela de Bellas Artes:

193. «San Matías.» L., 1,92 × 1,00.
377. «Los azotes a Jesús.» L., 1,34 × 1,60.

Gerona, Museo Provincial:

495. «San Dámaso.» L., 2,09 × 1,67.
1.166. «Cristo en la columna.» L., 2,09 × 1,86.
1.115. «La cruz de los apóstoles.» L., 1,58 × 2,62.

Huesca, Museo Provincial:

497. «Presentación de Jesús.» L., 2,10 × 1,63.
454. «San José y el Niño.» L., 2,74 × 2,19.
75. «Santo penitente en el desierto.» L., 1,66 × 1,08.
710. «Asunción de Jesús.» L., 2,25 × 1,44.
797. «Apóstol.» L., 1,14 × 0,80.
475. «Presentación de la Virgen.» L., 2,06 × 2,42.

Jaca (Huesca), Palacio Episcopal:

948. «Sacra conversación.» Cobre, 0,56 × 0,47.

Lérida, Obispado:

440. «Santa Teresa.» L., 1,08 × 0,82.
574. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,82.
579. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,82.
593. «San Pedro.» L., 1,08 × 0,82.
545. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,84.
634. «Santo Tomás.» L., 1,03 × 0,84.
760. «Cristo con la cruz a cuestas.» L., 3,90 × 1,25.
810. «La cena.» L., 1,68 × 2,50.

Logroño, Instituto de Segunda Enseñanza:

6. «Florero.» L., 0,62 × 0,82.
692. «Jesús, la Virgen y Santo Tomás.» L., 0,60 × 0,47.
1.222. «San Andrés.» L., 0,70 × 0,45.
1.101. «Un trinitario.» L., 1,07 × 0,85.
1.106. «Un trinitario.» L., 1,26 × 0,85.
1.110. «Un trinitario.» L., 1,21 × 1,02.
2.128. «Santa Teresa.» L., 0,43 × 0,35.

Lugo, Seminario:

1.100. «El Cardenal Cisneros.» L., 1,07 × 0,85.

Madrid, Colegio de Santa Isabel:

624. «Inmaculada.» L., 2,33 × 1,46.

737. «Santo adorando al Sacramento.» L., 1,31 × 1,04.

1.083. «Aparición de la Virgen a los apóstoles.» L., 1,92 × 1,37.

874. «San Pedro.» Cobre, 0,89 × 0,67.

881. «San Francisco de Paula.» L., 0,89 × 0,67.

807. «Asunción de la Virgen.» L., 2,08 × 1,46.

725. «Virgen y niño.» L., 2,29 × 1,63.

232. «San Juan Evangelista.» L., 1,53 × 1,24.

Madrid, Sanatorio del Rosario:

155. «San Agustín, escriba.» L., 0,77 × 0,62.

163. «Apóstol Santiago.» L., 0,69 × 0,54.

153. «San Jerónimo, cardenal.» L., 0,72 × 0,62.

848. «San Rafael.» L., 1,25 × 1,56.

850. «Ángel con incensario.» L., 1,25 × 1,56.

Madrid, Gobierno Civil:

508. «Una reina española del s. XVII.» L.

Madrid, Academia de Jurisprudencia:

209. «San Nicolás de Tolentino.» L., 1,55 × 2,45.

Madrid, Escuela Modelo Municipal:

780. «San Juan Bautista.» L., 1,26 × 0,68.

Madrid, Escuela Normal Central de Maestras:

422. «Florero.» L., 0,61 × 0,83.

471. «Florero.» L., 0,63 × 0,53.

1.255. «Paisaje.» L., 0,53 × 0,64.

1.125. «Santo entierro.» L., 1,59 × 2,95.

571. «Adoración de los pastores.» L., 0,80 × 1,01.

695. «Paisaje.» L., 0,57 × 0,30.

694. «Divino pastor.» L., 1,47 × 0,63.

481. «Cabaña.» L., 0,92 × 1,37.

632. «Cabaña.» L., 0,93 × 1,37.

Madrid, Palacio Episcopal:

551. «Magdalena penitente.» L., 0,31 × 0,24.

306. «Virgen en contemplación.» L., 0,48 × 0,38.

116. «San Jerónimo en el desierto.» L., 0,31 × 0,24.

189. «Virgen y niño.» L., 0,42 × 0,83.

771. «Cristo atado a la columna.» L., 1,32 × 1,13.

Madrid, Consejo de Estado:

1.053. «Una reina monja.» L., 1,94 × 1,42.

488. «El cardenal Nithard.» L., 2,49 × 1,97.

343. «Dos santos arrodillados.» L., 2,38 × 1,96.

Madrid, Colegio de Abogados:

795. «Retrato de niño.» L., 1,21 × 0,84.

198. «Pío V.» L., 2,90 × 1,94.

663. «Epifanía.» L., 1,95 × 1,00.

387. «San Jorge y el dragón.» L., 2,09 × 1,17.

276. «San Francisco.» L., 1,24 × 1,04.

400. «Sagrada familia.» L., 0,94 × 0,78.

Madrid, Tribunal Supremo:

72. «Santo Domingo.» L., 1,41 × 0,99.

107. «Presentación.» L., 2,06 × 2,50.

233. «Los Reyes Católicos.» L., 1,55 × 2,35. (Quemado en el incendio.)

554. «San Rafael y Tobías.» L., 2,42 × 1,96. (Quemado en el incendio.)

693. «La Visitación.» L., 3,33 × 2,19. (Quemado en el incendio.)

429. «San Jerónimo.» L., 2,08 × 1,65.

619. «San Nicolás.» L., 1,52 × 1,19.

Madrid, Hospital Clínico:

206. «Epifanía.» L., 0,57 × 0,87.

660. «Anunciación.» L., 0,95 × 1,23.

Madrid, Jardines de la Infancia:

669. «Inmaculada.» L., 9,65 × 0,61.

Madrid, Escuela de Agricultura:

505. «Inmaculada.» L., 2,05 × 1,43.

Madrid, Protectores de los Pobres:

1.037. «Un religioso.» L., 2,88 × 1,76.

114. «La cena.» L., 0,97 × 2,14.

1.124. «Santo mercedario pisoteando a un obispo incrédulo.» L., 1,98
por 1,37.

Madrid, Colegio de San Ildefonso:

484. «Cristo en el sepulcro.» L., 1,03 × 1,69.

744. «San Isidro y Santa María de la Cabeza.» L., 1,63 × 1,07.

Madrid, Escuela de Veterinaria:

145. «Virgen y niño.» L., 1,63 × 1,23.

242. «San Pedro.» L., 1,24 × 1,00.

390. «Apóstol.» L., 1,25 × 1,00.

492. «Ascensión de Cristo.» L., 1,62 × 1,00.

538. «San Matías.» L., 1,07 × 0,81.

576. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,81.

578. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,81.

592. «Apóstol.» L., 1,08 × 0,81.

Madrid, San Francisco el Grande:

821. «Santa Catalina.» L., 3,31 × 2,26.

Madrid, San Jerónimo:

847. «La Cena.» T., 0,75 × 1,06.
 1.200. «La Trinidad.» L., 1,86 × 2,96.
 225. «Virgen y niño.» L., 1,86 × 2,96.
 839. «Anunciación.» L., 0,82 × 0,57.
 545. «Crucifijo.» L., 2,08 × 1,22.
 448. «La Porciúncula.» L., 2,50 × 1,90.

Madrid, San Pascual:

237. «Las lágrimas de San Pedro.» L., 1,60 × 1,08.
 277. «Calvario.» L., 2,20 × 1,58.
 283. «Inmaculada.» L., 1,27 × 0,81.
 288. «Santa Rosa.» L., 1,35 × 0,97.
 296. «Virgen y niño.» L., 1,85 × 1,24.
 294. «San Pedro.» L., 0,67 × 0,56.
 292. «Ecce Homo.» L., 0,43 × 0,37.
 290. «Santo Domingo.» L., 0,34 × 0,24.
 291. «Virgen de Atocha.» L., 0,14 × 0,95.
 312. «Virgen del Carmen.» L., 1,28 × 0,95.
 612. «La calle de la Amargura.» L., 3,32 × 1,66.
 816. «San Francisco.» L., 2,22 × 1,41.
 1.207. «Sor María de San Pablo.» L., 1,89 × 1,26.
 1.126. «Jesús y la Magdalena.» L., 2,34 × 1,56.

Madrid, Iglesia del Corazón de María:

536. «Presentación de Jesús.» L., 2,08 × 1,46.
 316. «Sacrificio de Isaac.» L., 1,64 × 2,06.
 98. «San Simeón.» L., 1,25 × 1,00.
 147. «Visitación.» L., 1,85 × 0,87.
 160. «San José y el niño.» L., 1,85 × 0,87.

Oviedo, Universidad:

805. «San Antonio.» L., 2,22 × 1,46.
 754. «Santo arzobispo.» L., 2,12 × 1,25.
 524. «Minerva.» L., 1,71 × 1,21.
 435. «Prisión de Jesús.» L., 1,66 × 1,19.
 458. «Virgen y niño.» L., 1,10 × 1,44.
 712. «Comida en casa del Fariseo.» L., 2,39 × 1,75.
 800. «Un santo haciendo cestos.» L., 1,74 × 1,30.
 418. «Cristo ante Pilatos.» L., 2,31 × 1,53.

Oviedo, Palacio Episcopal:

361. «Descanso en la huída a Egipto.» L., 2,02 × 1,44.

99. «San Jerónimo.» L., 1,04 × 1,20.
Palma de Mallorca, Museo Provincial:
1.050. «Cristo en la cruz.» L., 2,30 × 1,68.
París, Embajada de España:
491. «Retrato de niño.» L., 1,42 × 0,95.
772. «Señora sentada.» L., 1,36 × 1,12.
961. «Retrato de una reina.» L., 2,06 × 1,10.
174. «Felipe II.» L., 1,83 × 1,11.
179. «Una de las esposas de Felipe V.» L., 0,88 × 0,60.
358. «Príncipe de la casa de Francia.» L., 0,80 × 0,64.
360. «Príncipe de la casa de Francia.» L., 0,80 × 0,64.
963. «Retrato de dama.» L., 1,74 × 1,26.
Pinto (Madrid), Asilo de San José:
460. «El lavatorio.»
Pontevedra, Escuela de Artes y Oficios:
457. «Epifanía.» L., 1,09 × 1,63.
809. «Retrato de joven.» L., 2,11 × 1,28.
1.205. «Cristo y la virgen.» L., 2,42 × 1,83.
Sabadell (Barcelona), Gremio de fabricantes:
510. «Una cabaña.» L., 0,93 × 1,37.
965. «Un personaje ante Cristo.» L., 2,00 × 1,56.
586. «Santo contemplando al Espíritu Santo.» L., 1,06 × 1,48.
1.206. «San Francisco y un toro.» L., 1,79 × 1,14.
San Sebastián, Museo Provincial:
402. «Cristo atado a la columna.» L., 1,48 × 0,71. (Quemado.)
928. «Sagrada familia.» T., 0,92 × 0,75. (Quemado.)
627. «Una monja.» L., 2,05 × 1,18. (Sufrió mucho en el incendio.)
Santiago de Compostela (La Coruña), Instituto de Segunda Enseñanza:
477. «Presentación de la Virgen.» L., 1,17 × 1,65.
Santiago de Compostela (La Coruña), Sociedad Económica:
1.057. «Asunto místico.» L., 1,61 × 2,33.
222. «Obispo y varias monjas.» L., 1,55 × 1,02.
86. «Muerte de Abel.» L., 1,43 × 2,09.
Sevilla, Universidad:
1.201. «Benedicto XIII.» L., 1,25 × 0,95.
1.111. «Trinitario descalzo.» L., 1,27 × 0,97.
661. «Monje carmelita.» L., 1,08 × 0,90.
Socuéllamos (Ciudad Real), Iglesia:
588. «Educación de la Virgen.» L., 0,96 × 0,70.
Tánger, Legación de España:
620. «El Salvador.» L., 2,10 × 1,55.

1.203. «La Virgen de Guadalupe.» L., 1,98 × 1,45.

Tortosa (Tarragona), Museo:

496. «El Bautista en el desierto.» L., 1,30 × 1,04.

783. «Carlos III.» L., 1,38 × 1,01.

1.215. «El Beato Nicolás de Longobardi.» L., 1,00 × 0,79.

1.109. «Un trinitario.» L., 1,25 × 1,00.

Ubeda (Jaén), Ayuntamiento:

562. «Epifanía.» L., 0,73 × 1,37.

Valladolid, Museo Provincial:

1.231. «Samuel apareciendo ante Saúl.» L., 3,00 × 3,80.

Villanueva y Geltrú (Barcelona), Museo Balaguer:

662. «San José y el niño.» L., 1,02 × 0,83.

900. «Degollación de un santo.» T., 1,29 × 0,89.

749. «Prendimiento de Jesús.» L., 1,97 × 1,48.

1.142. «Inmaculada rodeada de ángeles.» L., 2,02 × 1,50.

813. «San Jerónimo besando la cruz.» L., 2,02 × 1,33.

1.059. «La Piedad.» L., 1,12 × 1,73.

1.217. «El Sacramento en trono de ángeles.» L., 1,05 × 0,81.

Vitoria, Palacio Episcopal:

986. «El Salvador.» L., 1,68 × 0,73.

730. «Oración del huerto.» L., 1,41 × 1,07.

926. «Cristo presentado al pueblo.» T., 1,26 × 0,96.

1.213. «Martirio de una santa.» L., 1,24 × 0,93.

1.216. «Entierro de una santa.» L., 0,79 × 1,00.

1.195. «Rapto de San Elías.» L., 1,67 × 1,26.

1.196. «Cristo con la cruz a cuestas.» L., 1,64 × 1,09.

804. «La Visitación.» L., 2,08 × 1,46.

996. «La cena.» L., 1,49 × 2,92.

1.049. «La presentación.» L., 1,48 × 3,28.

1.047. «Nacimiento de la Virgen.» L., 1,48 × 3,28.

Zaragoza, Universidad:

472. «San Francisco de Paula.» L., 1,05 × 0,83.

223. «Santa Teresa convirtiendo a una incrédula.» L., 1,54 × 2,34.

Con la presente relación no concluye la de los cuadros que un día pudieron contemplarse en los salones del caserón de la Trinidad; bastantes más había, pero no aparecen en el inventario de repartos. Quien haya repasado esta lista comprobará que las críticas de Viardot y Davillier estaban mal justificadas: los cuadros clasificados por autores y muchos de los anónimos eran excelentes; en cuanto a los que hemos dejado para último lugar, parece

que constituyan la escoria del Museo, y, sin embargo, no cabe duda que representan todo un largo período, malo o pésimo, si se quiere, de la pintura madrileña. Muchos de estos lienzos tienen asuntos curiosísimos, reveladores de una gran independencia inventiva en sus autores. Y si se hubieran estudiado con mayor cariño, acaso muchos de los pintores sexcentistas que hoy no representan para nosotros sino un nombre, merecerían mayor o menor estimación.

Imposible es hoy para ningún erudito recorrerse España de punta a punta estudiando el Museo desparramado. Si ello se acomete, ha de ser obra de muchos. Nosotros quedamos satisfechos con haber recordado en este trabajo uno de los más negros momentos de la museografía española.

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

El retablo de Santa Lucía en la Catedral de Murcia

¿Quiénes fueron sus donantes?

En la panda más antigua del claustro de la Catedral de Murcia, hay una capilla llamada de los Manueles o de los Avileses, que tiene entrada con arco ligeramente apuntado, apoyado en una serie de columnitas con capiteles de motivos vegetales; y otro arco exento, que tuvo columnas de las que se conservan los capiteles con el escudo de «leones y manos aladas», característico del famoso don Juan Manuel, y con la misma partición de cuarteles que hay en el escudo de este prócer, publicado por Jiménez Soler, en su trabajo sobre esta gran figura de las letras y las armas en los siglos XIII y XIV (1).

En el fondo de esta capilla ha estado, hasta hace unos quince años, un gran cuadro de Santa Lucía. En su parte baja tiene, en actitud orante, dos figuras, una de hombre y otra de mujer, que, por su situación y actitud son sin duda los donantes.

No es mi intención estudiar el cuadro, para lo que que otros consocios tienen más capacidad y competencia; pero como es tan sugestivo y me ha ocupado bastante el estudio de la figura de don Juan Manuel, me interesó sobremanera tratar de identificar de quiénes podrían ser los retratos de tal retablo.

A esto se limita mi trabajo, pero a pesar de ello se acompañan dos fotografías de las figuras centrales del retablo, para que el lector pueda apreciar su belleza, divulgar el conocimiento y despertar la inquietud de los historiadores, para que dediquen a este retablo el estudio y la atención que merece.

El retablo en cuestión no se había estudiado hasta principios

(1) JIMÉNEZ SOLER, *Don Juan Manuel*.—Zaragoza, 1932.

de siglo. El primero que se fijó en él detenidamente fué el fallecido historiador don Manuel González Simancas, que al recorrer la provincia de Murcia para hacer el catálogo monumental, lo estudió y copió una inscripción al pie del cuadro, que dice: «Bar-nabas de Mutua-pinxit.—MCC.» (?)

Este pintor debe ser el conocido por Bernabé de Módena, quien, según Vassari, pintaba el camposanto de Pisa y murió allí hacia 1381.

Este retablo, que estaba en muy malas condiciones de conservación, decidió el Cabildo restaurarlo, y para ello lo envió en 1931 al Museo del Prado, cuyos restauradores emprendieron la obra; mas encontraron la madera en tan peligroso estado y era tan interesante conservar, sobre todo, la efigie de don Juan Manuel, donante probable del cuadro, que se hizo copia fidelísima de igual tamaño, que el Prado conserva en su archivo. Despues de esta prudente operación, se llevó a cabo la restauración, que tuvo pleno éxito.

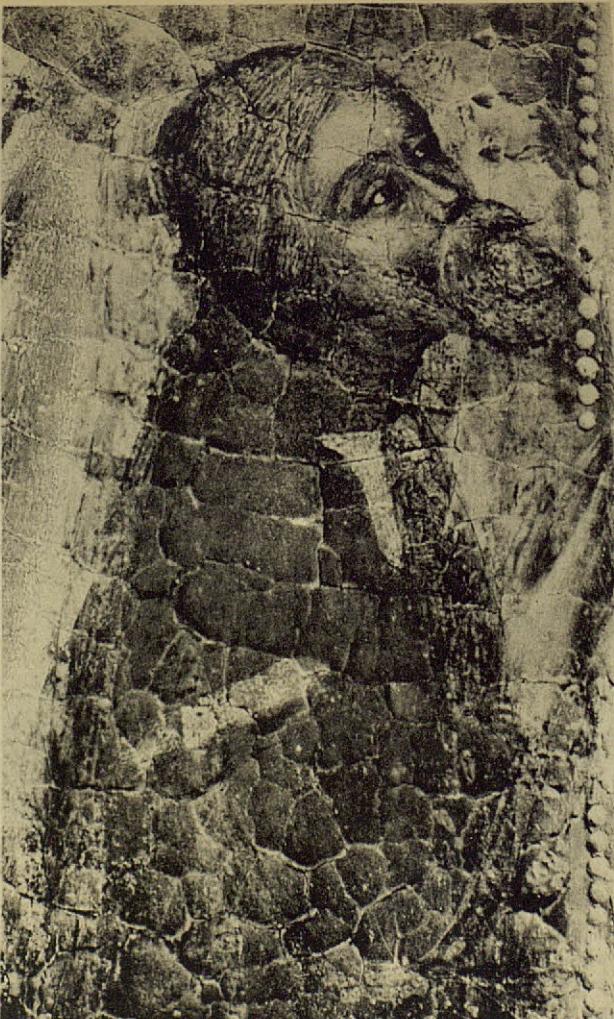
En los talleres del Prado estaba el cuadro el año 1936, y allí sufrió las vicisitudes de nuestra guerra, el éxodo al centro de Europa, la exposición en Ginebra, donde fué admirado y causó sensación, pues no se sospechaba hubiese en España ningún trabajo de este primitivo italiano, volvió al Prado, donde ha estado expuesto bastante tiempo. Recientemente ha vuelto a Murcia, y el Cabildo piensa ponerlo en una de las naves de la Catedral, donde pueda contemplarse mejor que en la oscura capilla de los Manueles, en la que ha estado tantos siglos.

La figura del prócer donante, situada, como es de rigor, al lado del Evangelio, tiene larga barba, lacia, de color rubio; se cubre con capa de terciopelo color granate, y parece ser hombre de cincuenta años.

Al lado de la Epístola está la mujer, representa de veinticinco a treinta años, vestida con traje negro, lleva una diadema real, en contraposición con el hombre, que no ostenta ningún emblema real ni principesco, ni tan siquiera escudo heráldico alguno (1).

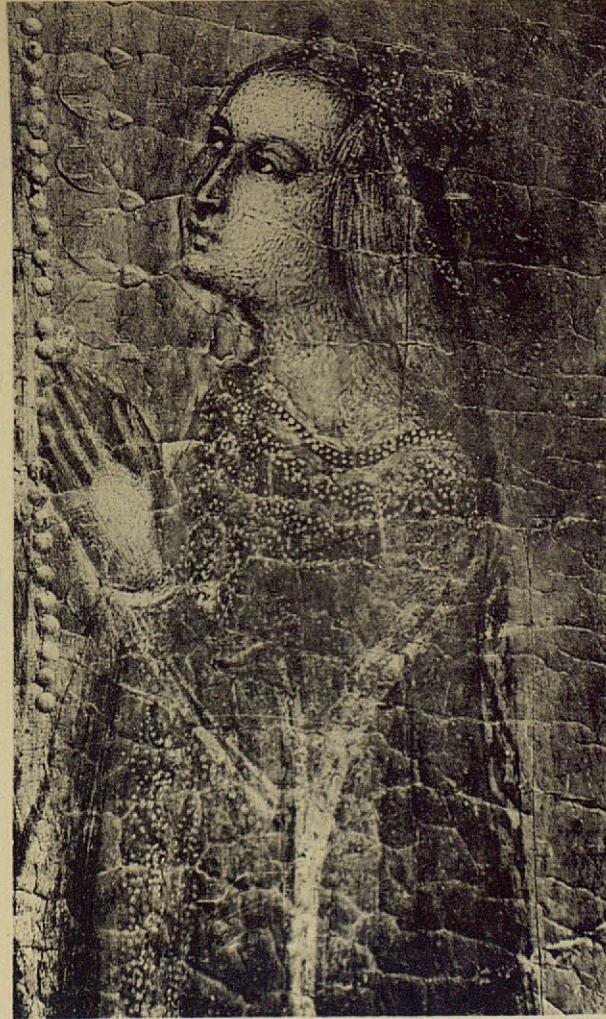
Esta ausencia de datos, y la circunstancia de que ella tenga corona y ningún signo él, llama desde luego la atención, pues resulta muy raro, y más en aquella época, que la figura de la mujer ostente emblemas de mayor jerarquía que el hombre. La sim-

(1) Las fotografías de los donantes, que acompañan este trabajo, creo es la primera vez que se publican.

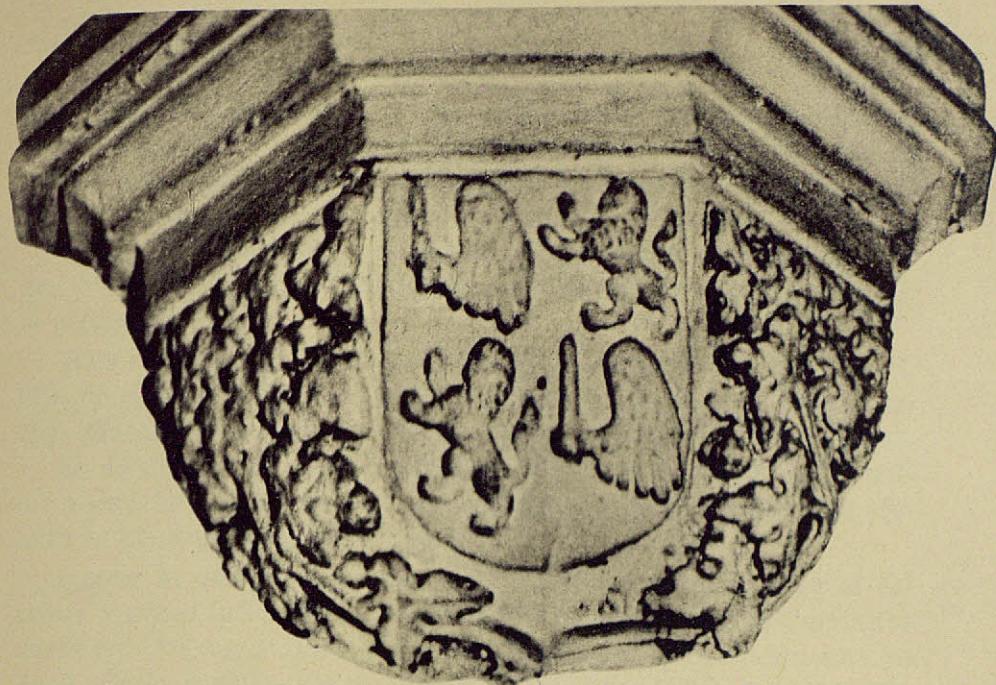


Capilla de Santa Lucía. Retratos de los donantes.
Don Juan Manuel (?).

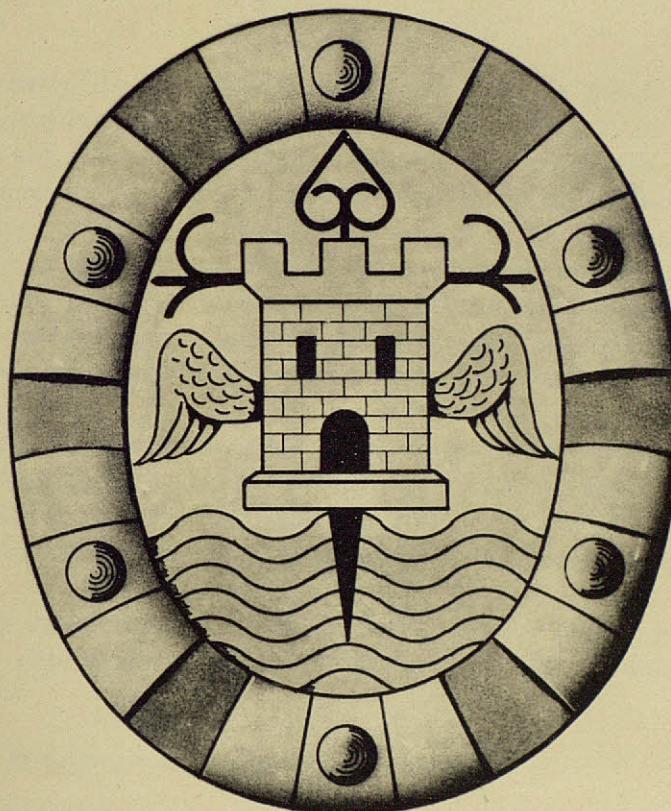
Bernabé de Módena.



Su hija Doña Juana (?).



Mánsula del claustro, con las armas de D. Juan Manuel.



Claustro antiguo.

Escudo en la clave del arco apuntado, que da acceso a la capilla llamada de «Los Marineles»

ple contemplación de las figuras, además del dato indiscutible de la época en que vivió el pintor, hace completamente absurda la noticia que a principio de siglo daban los «cicerones» de Murcia, que afirmaban ser las imágenes de los Reyes Católicos.

González Simancas, que, como queda dicho, estudió el cuadro, dice en el catálogo inédito y manuscrito de su misma mano (1), lo siguiente:

«Los retratos son de doña Juana Manuel, mujer de Enrique II, hija de don Juan Manuel, y del Adelantado de Murcia Juan Sánchez Manuel, conde de Carrión, a quien defendió aquella reina.»

Es de notar que en el original del libro están raspadas y vueltas a escribir las líneas que corresponden a la identificación; debajo hubo, sin duda, otra cosa.

Ignoro lo que podría encontrar Simancas para rehacer el escrito; y como fallecido, no encuentro manera de comprobar estos datos con los suyos, he de recurrir al estudio del monumento, es decir, de la capilla, del cuadro y de la cronología de la familia de don Juan Manuel para poder formular una hipótesis.

* * *

En el claustro de la Catedral de Murcia y en la panda más antigua, construida en tiempos del Obispo Peñaranda, hay la capilla, donde estaba este retablo. El tramo donde está tal capilla tiene bóveda de crucería, apoyada en dos ménsulas: la de la derecha, con ornamentos vegetales y un cuadrúpedo, y la de la izquierda con unas armas que son las de don Juan Manuel, iguales a las de su sello (que publicó Jiménez de Soler) y tal como él las describe en «El libro de las Armas», donde dice eran «manos aladas que mantienen el escudo en dos cuarterones, y en los otros leones rampantes».

La entrada de la capilla tiene arcos apuntados con columnillas y capiteles que no se puede saber lo que representan por las muchas capas de enjalbegado que los cubren, y encima de la clave hay otro escudo con distintivo blasón y que parece de época posterior.

El interior de la capilla tiene crucería de época bastante arcaica, y en los capiteles de las columnillas del fondo, se adivina

(1) Está hoy en el Consejo de Investigaciones Científicas.

más que se ve, el mismo blasón de don Juan Manuel, pues cubierto por muchas capas de cal no es fácil identificarlo. Convertida hoy en trastera tal capilla, no se puede estudiar debidamente, pero sí parece que las armas son las de don Juan Manuel.

Todos estos detalles y la prueba concluyente de la ménsula de la entrada, de la que se publica fotografía, son indicios muy grandes para suponer que la capilla fué obra de don Juan Manuel. El estudio de la cronología lo justifica así:

El Obispo Peñaranda tuvo la mitra desde 1337 a 1351 y construyó parte de la Catedral vieja. Don Juan Manuel —que nace en 1282 y muere en 1348— era, por los años 37 al 40, Adelantado de Murcia, cosa que está demostrada en la correspondencia publicada por Jiménez Soler y por Cascales, que, en su obra «Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia», copia, en la página 273, la relación de los Adelantados y está varias veces don Juan Manuel: la primera, en 1305; otra, en 1330, y también debió serlo en 1337, pues figura González Yáñez Calvillo diciendo que es «su teniente», y aunque no determina de quién, como este Calvillo consta era privado de don Juan Manuel en varios de los documentos que publicó Jiménez Soler, es más que probable fuera en esta época de nuevo Adelantado don Juan Manuel.

Algo desorienta el escudo que hay en la clave del arco apuntado de acceso, cuyo dibujo se acompaña, y que no corresponde a don Juan Manuel. Hasta ahora no está identificado a qué apellido corresponde; la cosa podría ser interesante.

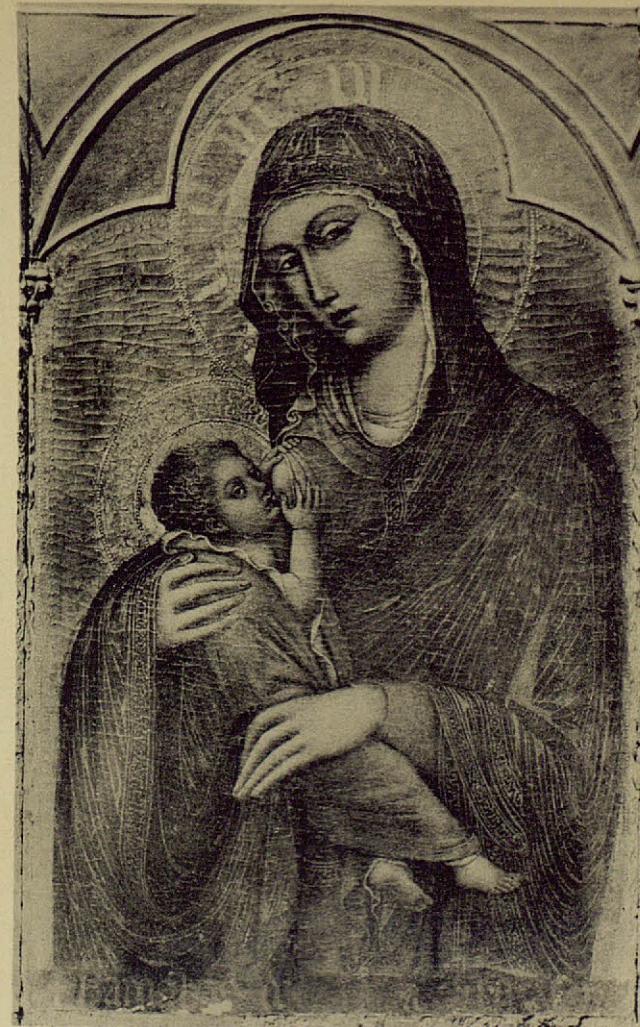
De todos estos datos puede deducirse que la capilla es la misma que se construyó en tiempos de don Juan Manuel, y como el cuadro tiene las dimensiones precisas para ocupar el testero de esta capilla, es también más que probable sea el mismo que para ella se encargó.

Respecto al cuadro, y dado por seguro sea de Bernabé de Módena, el único dato que tengo es la indicación hecha de que, según Vasari, trabajaba en 1381 en el cementerio de Pisa, y murió por este año.

En el folleto editado por el Museo del Prado con motivo de la Exposición de Pinturas recuperadas por España (1), se dice que en Módena trabajaba entre 1367 y 1400.

Don Juan Manuel fué constructor empedernido. Estudiando su

(1) Madrid, MCMXXXIV.



Retablo de Santa Lucía.

vida, sus obras, sus cartas y su testamento, aparece un número increíble de fortificaciones, iglesias y monasterios. Sus castillos, sobre todo los de Peñafiel, Garcimúñoz y Alarcón, le ocupan mucho; en esta última villa construye varias iglesias, una de las cuales subsiste aún, y en Peñafiel, el Convento de Frailes Predicadores, donde depositó sus obras.

Por ello y por la enorme importancia que dió a su Adelantamiento de Murcia, es perfectamente verosímil contribuyera a las obras de la Catedral, hiciera la capilla y procurara aumentar el esplendor del culto en ella, encargando el retablo y procurando que su efigie quedara allí de modo permanente.

Es probable que en el riquísimo archivo catedral, o en el Municipal, se encuentren datos que no tengo; tan sólo puedo avanzar la hipótesis de lo verosímil que es encargara el cuadro a Italia, pues tenía con este país relaciones muy frecuentes por las familiares con el rey de Aragón, su suegro, y tuvo preparado el viaje varias veces, sin llegar a efectuarlo.

Por todas estas razones, es lógico sospechar esté retratado en el cuadro, a reserva de que aparezca el documento en que se fundó González Simancas, para decir que el varón era el Conde de CarrIÓN, y ella la reina Doña Juana.

Esta afirmación parece un poco peregrina. Don Juan Manuel era hombre extraordinariamente puntilloso; el retratarse con una hija suya es verosímil, pero ya no lo es tanto consintiera que su hija tuviera diadema real, lo que le daba mayor jerarquía social.

Si ella era la reina, es increíble que su marido el Rey Don Enrique tolerara en el mismo retablo el retrato de un hombre, aunque fuera su privado, al lado de su mujer; y tampoco puede el retratado ser Don Enrique, pues tendría corona.

Ante este cúmulo de dudas, es prudente creer que el retratado sea don Juan Manuel, aunque probablemente después de muerto. dada la época en que trabajaba Módena, y ella, una de sus hijas. Pero ¿cuál de ellas?

Para poder hacer una hipótesis, será forzoso realizar ligero estudio de la cronología de la familia de don Juan Manuel.

Estuvo éste casado tres veces. La primera, en 1311, con Constanza, hija del rey de Aragón; la segunda, con doña Blanca Núñez, antes de 1329, y la tercera, con doña Blanca de la Cerda, en 1329.

Del primer matrimonio tuvo una hija, Constanza, que nació antes de 1315; del tercer matrimonio tiene a doña Juana, en una

fecha que se desconoce, pero hubo de ser antes de 1339, en que era menor de edad, y lo más probable es naciera hacia 1335, porque consuma el matrimonio con Enrique de Trastamara en 1350, y como entonces éste se efectuaba cuando las mujeres llegaban a la pubertad, suponiendo fuera a los quince años, llegamos a esta fecha de 1335.

Don Juan Manuel, que nace en 1282, llevaba unos veintiocho años a su hija Constanza y cincuenta y tres a su hija Juana.

Por el estudio del cuadro, más bien parece, por esta diferencia de edad, que el retrato debe ser de Constanza, y no de Juana, pues de ninguna manera puede haber cincuenta años entre las dos figuras.

Para buscar algún indicio, bueno será recurrir a lo que la historia nos dice de ambas hijas, que no deja de ser interesante.

Empecemos por doña Constanza, cuya triste historia ocasionó las mayores contrariedades a su padre.

Tenía éste, según puede deducirse de sus obras, un orgullo que hoy nos parecería desmedido, a tal extremo, que en su libro «Las armas» dice que el hombre, para defender su honra, debe hasta perder la vida. Su orgullo, y tal vez la conciencia de su propio valer, le llevaban a ambicionar una corona, y ya que él no pudo tenerla y se hubo de conformar con el papel de tutor «in partibus» de Alfonso XI, se le presentó, por medio de su hija, la posibilidad de ver a ésta coronada.

Fué el caso que, en un momento, el Rey Alfonso XI, por conveniencias políticas, juzgó oportuno desposarse con la hija de don Juan Manuel, entonces niña. Se concertó el matrimonio y, siguiendo las costumbres de la época, se depositó a la niña en el Alcázar de Toro, jurisdicción del Rey de Castilla, hasta que llegara a la pubertad y pudiera consumar el matrimonio; pero el rey cambió de opinión, repudió a su prometida, y don Juan Manuel, profundamente dolido y afrentado ante esta actitud, llegó a declarar la guerra al rey, ocasionando esto una fuerte conmoción en España, no sólo en Castilla, sino también se reflejó en Aragón.

Durante largo periodo las hostilidades entre el rey y don Juan Manuel dividieron Castilla, y la pobre doña Constanza seguía detenida en Toro.

Luego se empezó a tratar con gran sigilo el casamiento de esta pobre criatura con el Infante Pedro, primogénito y heredero de Alfonso IV de Portugal, pues en 1335 hay una carta del rey de

Portugal al de Aragón en que trata de este matrimonio (Giménez Soler, 107).

No sabemos cuándo se llevó a cabo, pero debió ser después de 1340, año en que se hizo la paz entre Alfonso XI y don Juan Manuel, tolerando el rey que doña Constanza fuera a Portugal, llevando en su comitiva, entre otras damas, a la desgraciada Inés de Castro.

El matrimonio de doña Constanza con el de Portugal no pudo nunca celebrarse antes de 1340, porque en esta fecha don Juan Manuel otorgó testamento y en él dice de modo terminante que sus hijas doña Constanza y doña Juan estaban solteras (Giménez Soler, 699).

Es de notar que en este testamento crea don Juan Manuel cuatro Capellanías perpetuas, y una de ellas precisamente en Santa María, de Murcia, la actual Catedral.

En 1347 aun reinaba en Portugal el rey Alfonso, pues en esta época don Juan Manuel escribía a Pedro de Aragón diciendo recomendaba al rey de Portugal, al Infante y a su hija, en mensajero que enviaba el de Aragón, y en la misma carta dice que su hija tenía un infante llamado don Fernando, y ya se trataba del matrimonio con la infanta Constanza, hija del de Aragón.

Respecto a la muerte de doña Constanza, no tengo datos precisos. Las cronologías de Portugal la dan como muerta en 1345. Pero ha debido haber un error de copista, porque, como antes hemos dicho, en 1347 don Juan Manuel escribía a su hija. Parece probable que ese año 47 debió morir Constanza, porque éste es precisamente cuando fallece Alfonso el de Portugal, le sucede su hijo Pedro, y entonces tiene lugar aquella escena increíble en que Don Pedro el Portugués desenterró el cadáver de su amante doña Inés de Castro, hace rendirle homenaje a los próceres y estamentos del reino, asegurando que era viudo y estaba casado en secreto con ésta.

De todas maneras, muriera el 45 ó el 47 doña Constanza, lo indudable es no llegó a reinar y, por tanto, don Juan Manuel, que muere el año 48, tuvo la gran amargura, en los últimos días de su vida, de ver deshechas las ilusiones que se había forjado con aquella hija, despreciada primero por el rey de Castilla, casada después con el heredero de Portugal y que, sin embargo, no llegó a ser reina.

Las estrechas relaciones que don Juan Manuel mantuvo con su yerno portugués, está demostrado por un indicio muy singular,

que es el de su testamento. Otorga éste en Sevilla, en 1340, pero no es en esta ciudad donde se ha encontrado, sino en el archivo histórico de Portugal, donde dió con él la distinguida investigadora Mercedes Gallibrois de Ballesteros, en el archivo histórico de la torre de Tombo.

Tuvo pues buen cuidado don Juan Manuel de enviar, no ya copia autorizada, sino el original del testamento, a su yerno don Pedro. En éste deja heredero a su hijo don Fernando, pero lega a su hija doña Constanza las villas y castillos de Cartagena, Víllega, Salvatierra, Sax, Yecla, Almansa, Tobarra, Hellín, Isso. Líbrilla y los derechos que tenía en Molinaseca, Iniesta, Villa de Castiello, Cifuentes, Palazuelos y Valle de Sangarcía, es decir, casi todo en tierras de Murcia.

Es de notar que legó relativamente poco a doña Juana, pues aparte de una cantidad en metálico, sólo le deja Escalona y su término.

Como resumen de esta árida enumeración, puede afirmarse que doña Constanza, desposada con el rey de Castilla y casada con el de Portugal, no llegó a reinar en ninguno de estos reinos.

Veamos ahora el caso de la otra hija: doña Juana.

Su historia no es trágica, como la de su hermana, y por lo mismo, hay de ella menos datos. Prometida de don Enrique de Trastamara hacia 1340, poco antes de la muerte de don Juan Manuel, se sabe que en 1350, ya muerto su padre, consuma el matrimonio (1).

No hay ningún dato de su vida hasta que en 1369 su marido ya es Enrique II de Castilla, y ella reina consorte. En este mismo año, según datos de Cascales, Juan Sancho Manuel, Conde de Carrón, es nombrado por el rey Adelantado de Murcia (VII-158).

Al suponer que el cuadro reflejara de modo muy fiel la diferencia de años entre el varón y la mujer, no podría ser él don Juan Manuel y ella doña Juana; pero, por otra parte, hay que tener en cuenta la fecha en que pudo hacerse la capilla.

Dicho queda no pudo ser antes del 37, que es cuando el obispo empieza la reconstrucción de la Catedral, y como probablemente el claustro es posterior a ésta, no puede suponerse la construcción antes del 40, y, por tanto, en este año es cuando pudo construirse la capilla.

(1) FLORES, *Reinas católicas*.

El cuadro, por sus dimensiones, se hizo para la capilla, y, por tanto, de ninguna manera antes que ésta.

Como por otro lado el pintor no se sabe trabajara antes de 1367, parece poco probable que hacia 1340 ya se le encargara el cuadro, pues si falleció en 1400, sería entonces demasiado joven para que su fama hubiera llegado a España y don Juan Manuel le encargara el retablo.

Estos indicios, a falta de prueba documental, me llevan a sentar una hipótesis atrevida, pero que propongo al estudio de los investigadores de los archivos, y es la siguiente:

Don Juan Manuel, en vida, construye su capilla en el claustro de la Catedral de Murcia y llega, por lo menos, hasta los capiteles de las columnillas de la entrada, porque éstos ostentan sus armas; pero al cerrarse la bóveda, ya él no vive, puesto que en la clave hay otro escudo, reproducido en página anterior.

Ya muerto el padre, su hija doña Juana encargó a Italia el retablo, que el pintor hace poniendo de memoria, con referencias escritas, o quizá pictóricas, el retrato del donante don Juan Manuel y el de su hija doña Juana, y mientras el cuadro se pinta, o tal vez después, Enrique de Trastamara ocupa el trono, su mujer es reina y la honra poniéndole la corona, sin que para él supusiera mengua que en el retablo esté su mujer con el padre, ni para ella molestia, que si lleva corona no la tenga el retrato de su progenitor.

Escrito lo anterior tuvo el autor la idea de someterlo a censura del ilustre murciano don José Alegría, distinguido bibliófilo, y éste confirma mi hipótesis con el dato siguiente:

En un viejo manuscrito inédito del xviii, que posee, llamado «Noticiario de Rocamora», dice: «Es una bonita y evocadura capilla gótica del xvi. Se conserva sin reforma alguna. Fué dedicada a nuestra Señora y su fundación corrió a cargo del prócer don Juan Manuel, figura representativa en aquellas luchas históricas entre Manueles y Fajardos. Enconadas fueron aquellas rivalidades y odios de bandería, de los cuales no pudo permanecer apartado el Obispo don Fernando Pedrosa, inclinándose al bando de los Manueles; esto acarreó un suceso pintoresco de la Historia: concertado el enlace de una hermana del referido Obispo con don Juan Sánchez, hijo del Conde de Carrión, cuando venía, pomposamente seguido de su séquito, a celebrar las nupcias, «la ciudad cerraba las puertas» y no le dejó entrar en Murcia, mientras no logró una real cédula.

Se terminó esta Capilla bajo el patronato de doña Juana, hija de don Juan Manuel y mujer de Enrique II el Bastardo, quienes mandaron colocar en ella el célebre retablo obra de Barnabá de Módena, que es interesantísima, de la escuela sienesa de últimos del siglo XIV.

Siempre estuvo colocada a mala luz, coincidiendo, cuantos conocen esta obra, que es interesantísima por su valor artístico y arqueológico.

Alguna cosa más hubiéramos podido decir, pero como leyenda tradicional sin base fundamental.»

Esta afirmación del inédito documento es casi definitiva. Tal vez en ella, ampliándola, se fundó Simancas para su aventurada tesis, pero mientras no aparezca un documento nuevo, mantengo mi hipótesis.

El retablo se puso por doña Juana, y los donantes son don Juan Manuel y su hija, la mujer de Enrique II, ya reina de Castilla.

SALVADOR GARCÍA DE PRUNEDA

La Alameda de Osuna

En los áridos terrenos que circundan la capital de España surge como por encanto, una mancha de verdura, un encantador oasis remedio del Paraíso terrenal: es la aristocrática posesión campestre del siglo XVIII denominada «la Alameda de Osuna».

Donde termina su recorrido, por la carretera de Aragón, el tranvía de las Ventas a Canillejas, comienza un amplio paseo asfaltado para coches, con andenes laterales sombreados de cipreses, olmos y pinos, que rectamente conduce a la linajuda posesión, sita a un kilómetro de dicha carretera, y a cinco de Madrid.

Dos aspectos brinda a nuestra atención, a cuál de ambos más interesantes: el arquitectónico y su parque. Visitemos aquél primeramente:

El palacio. Ocupa el extremo más distante de la finca, recayente a los jardines su frontera monumental, y al exterior otra más sencilla en plazoleta formada por edificios de la misma propiedad para su administración.

La aristocrática vivienda es de cuadrada planta sobre unos quince mil pies cuadrados, flanqueada en sus ángulos por torreones que apenas sobrepasan la altura de la vasta azotea. En la planta baja tiene un lujoso comedor, vasta cocina y otras dependencias (una de ellas con un techo de Goya con añoranzas pompeyanas. Tres escalinatas conducen al piso principal; la del comedor antedicho, la del patio, recayente al exterior, presidida por el blasón ducal, sustentado por niños desnudos; y la exterior del jardín, que es imperial, de piedra, en dos ramales con barandillas metálicas, dando acceso al atrio o peristilo superior, de esbelta columnata, cuyos capiteles corintios sustentan el arquitrabe coronado por azotea ornamentada de diez infantiles estatuas. Nuestras recientes fotografías darán a nuestros lectores más clara idea que la pluma. Y si acaso piensan visitar el interior del palacio, prepárense a sufrir una decepción, por-

que no hallarán ya las habitaciones ducales, en las cuales competía la riqueza con el arte en mobiliario, pinturas, colgaduras de seda, adorno y preciosidades de ornamentación. Ha desaparecido ya la biblioteca con «caprichos» de Goya, la capilla u oratorio, los salones, los techos decorados por Martínez de Salamanca, los dormitorios: todo (1). La aristocrática mansión está en obra de restauración y reforma para servir de hotel al turismo con el atractivo campestre del gran parque adjunto.

Bajemos a admirar en él otros alardes arquitectónicos que, aunque maltrechos, aun perduran en el mismo, para testimoniar el recuerdo de los fundadores de esta maravillosa posesión, de la que ya solamente el nombre queda allí, de la casa fundadora.

Al final de la avenida que enfrente con el palacio —dibujada de parterres y tachonada de fuentes, bancos y estatuas— se eleva un edículo que cobija el busto de la fundadora, doña María Josefa Pimentel, condesa de Benavente, madre del Duque de Osuna; busto labrado por el escultor José Tomás y vaciado en bronce. Su pedestal, así como las cuatro columnas de mármol, descansa sobre plataforma, a la que dan acceso siete escalinatas en semicírculo, separadas por zócalos sustentantes de sirenas de plomo, obra de F. Elias. En los capiteles jónicos de los antedichos fustes apoya el cascarón o segmento esférico que cobija el busto, al que hacen honor dos leones y dos estatuas de mármol laterales; y rodean dicha plaza de emperadores, bancos de piedra de Colmenar alternando con bustos de mármol que le dieron nombre. Encimástica inscripción lapidaria, esculpida en latón, dice que el monumento lo erigió, en memoria de la Condesa, su nieto el duque Pedro, en 1838.—Recientemente hubo conato de robar este artístico busto, frustrado por su mucho peso.

También las abejas tuvieron en «La Alameda» su palacete, muy cerca del palacio de los duques.—Es único en su género y riqueza arquitectónica. Consta de pabellón central y dos galerías extremas. Dan acceso al interior dos puertas en arco de medio punto entre columnas laterales, en opuestas fachadas anterior y posterior del *Abejero*. Su atrio central de planta circular, interiormente se adorna de columnas de jaspe con capiteles corintios

(1) En la obra *Madrid hace cincuenta años, visto por un Diplomático extranjero*, se describe al detalle el palacio, con sus salones, comedor y dependencias; la sala de billar, con su mesa tallada de relieves en figuras; el salón de baile, con sus arañas y muebles; y entre cuadros goyescos, el retrato de la Duquesa, rasgado su rostro en el lienzo, por ella misma, descontenta del parecido. La magnífica vista del antiguo Madrid, dominado a través de hiermos campos a una legua de distancia. El frondoso parque, etc.



Monumento a la Duquesa fundadora.



Galería baja del Palacio.

dorados y sustentantes del anillo o cornisamento, sobre el que descansa la cúpula, labrada en casetones de estuco, en gradación y policromados. Bajo esta cúpula había una hermosa estatua de Venus, esculpida en carrara, que, con su pedestal, fué trasladada a Madrid con otras obras de arte de esta posesión. De ambos lados de la rotonda parten las galerías de las colmenas, con amplios tabiques de cristal, que permitían observar la constante labor de los enjambres, hoy desahuciados de su morada, como los cristales que los defendían.

Más arriba, en la cúspide de un altozano y a la sombra de centenarios pinos que lo cobijan, hay un *templete* circular de bellas columnas corintias, sobre graderío de piedra, en las cuales apoya el arquitrabe o cornisamento para la cúpula o media naranja que no existe, y deja al descubierto la estatua central de un «Baco», obra de dudoso mérito artístico.

Todavía hay más. Entre el verde encaje del ramaje, andando hacia otro extremo de la finca, se descubre el *palacete del baile*. La planta baja nada de particular ofrece, como no sea el arqueado ventanal por el que se asoma al estanque un jabalí de piedra; más los catorce bustos de emperadores, en mármol, que rodean el edificio. Escalinata de doble acceso conduce al piso principal de único salón cuadrilongo de ángulos achaflanados (es decir: de planta octógona), exclusivamente para fiestas campestres, con cielorraso pintado por Juan Gálvez, y moderno alumbrado eléctrico a falta de la secular araña de bronce ya desaparecida.

Los demás edificios del parque carecen de mérito arquitectónico y son caprichos decorativos, como veremos al salir a nuestro encuentro.

El Parque. Por su extensión de diez y media hectáreas de terreno en bosque y jardines, y por su monumentalidad y arte, compite con los parques reales esta nobiliaria posesión, sin que su decadencia y el lamentable deterioro actual haya sido óbice para la merecida declaración de «jardín artístico» adscrito al Tesoro nacional.

Al final de la antedicha frondosa y kilométrica alameda, abre el parque en puerta metálica ya caída entre pilares de sillería almohadillada faltos de sus jarrones superiores, en plaza circular flanqueada por desalojados casilicios gemelos para los guardias-nenes o porteros. Una larga avenida, entre pinos, álamos y cipreses, conduce al visitante a la antedicha plaza de Emperadores, presidida por el descrito edículo dedicado a la condesa fundadora del

parque y de su palacio ducal. Y para llegar a éste se tiende un anchuroso y largo parterre neoclásico, en restauración, formado de recuadros festoneados de boj, estatuas y bustos sobre pedestales y fuentes laterales, hasta llegar a la gran plaza de la ex señorial mansión, cuyo centro ocupa un gran estanque circular con fuente esculturada y surtidor, más su antepecho metálico hermanado con las barandillas de hierro forjado de las imperiales escalinatas que brindan acceso al atrio de columnas, antes descrito.

Paralelamente al gran parterre de la avenida principal, se tiende el jardín bajo, que se conserva intacto en su arbolado, jardinería, paseos, fuentes, bancos y adornos primitivos, aunque desatendido ahora y secas las fuentes o cascadas de las rústicas grutas artificiales que entre las escaleras perforan el muro que separa este jardín con el más antiguo colindante del plano superior. Algunos árboles rotos en su parte superior testimonian el accidente de aviación ocurrido aquí el verano de 1936, por el aterrizaje forzoso de un avión correo del vecino campo de Barajas, que se incendió recién salido, y el arbolado de este jardín, sirviéndole de paracaídas, salvó la vida a los viajeros, por la pericia del piloto, que resultó herido.

Desde la parte alta del predio, en todos sentidos, parten paseos o caminales cruzando espeso bosquejo sembrado de lilos a millares, que entre arroyos, estanques y puentes, estatuas, florestas y edificios, llevan al visitante de sorpresa en sorpresa, entre varios detalles cuya nimia descripción nos haría interminables.

Antiguamente hubo en este parque ciervos, camellos, cisnes, pavos reales y peces, como hoy conejos, palomas y aves vulgares. Pero, aunque en descuido, todavía perduran caprichos de hace siglos, como la casita de cañas con su embarcadero, en el lago; las ruinas del Castillejo, desprovisto ya de artillería; la casita del centinela, completamente cubierta de verde hiedra; la de la vieja, invadida de trepadoras y sarmentosos rosales; y la capilla, hoy profanada y sin culto, con la desaparecida casa del ermitaño Fray Arsenio, quien la habitó veintiséis años hasta su muerte, ocurrida en 1802, en brazos de su amigo y sucesor Eusebio, los cuales, viviendo de la caridad de los duques, cuidaban la ermita, semioculta entre añejos cipreses. La tumba, de piedra granítica, del ermitaño fué destrozada en 1937 y aparece cubierta de flores que le ofrenda la piadosa Naturaleza.

Entre caminales frondosos se asciende a la estatua de Neptuno, encumbrada por esbelta columna.

Un arroyo de agua cristalina, traída hace siglos, de muy lejos, cruza la finca, para ir a perderse en campos ajenos, después de visitar los lagos del parque y pasar bajo puentes pintorescos.

En lo más alto del parque y lago de donde nace el arroyo, hay un islote, y en él, sobre la cascada del manantial, perdura intacto un monumento funerario erigido por la piedad de la condesa fundadora de «La Alameda», a la memoria de su tío don Pedro Girón el grande, tercer duque de Osuna, retratado a tamaño natural, en alto relieve del medallón de dorado bronce sobre la placa de mármol blanco, con inscripción.—En «Madrid, hace cincuenta años, visto por un Diplomático extranjero», se asegura que el Castillejo que arruinado perdura entre la espesura del bosque, sirvió de prisión a este Duque Pedro, quien, siendo virrey de Nápoles, de 1616 a 1620, tuvo estruendosa caída por su loca pretensión de erigirse monarca independiente de España en aquel histórico reino italiano. Fué procesado por su enemigo el Conde-Duque de Olivares, y fallecido en 1624, su descendiente la Condesa de Benavente compró las tierras circunvecinas y castillejo que sirvió de prisión al famoso antepasado, y con gran pompa sepultó sus huesos en el islote que rodea el lago mayor del parque actual, haciéndole soberano póstumo del lugar de su cautiverio. Y fué ella, doña María Josefa Pimentel, la que quiso y supo embellecer estos terrenos antes solitarios e incultos y hoy floridos jardines sombreados de pinos, cipreses y arbustos.

Y casi sin darnos cuenta nos hemos metido en la *historia* del prócer paraíso madrileño que por azares de la vida, de su rancio abolengo, apenas ya sólo le queda el nombre de Osuna.—Sigamos, pues, con el cuento desde su origen hasta nuestros días, como nota final de este mal pergeñado artículo.

Esta finca de recreo la agrandaron, a fines del siglo XVIII, los duques don Pedro Alcántara Téllez Girón y su consorte doña María Josefa Alfonso de Pimentel, Condesa de Benavente, comprando nuevos terrenos colindantes (hoy jardín bajo), al Conde de Priego, juntamente con otros edificios que ya no existen.

Luego se edificaron los cuatro torreones que flanquean el palacio, y su artística fachada principal, recayente a los jardines, y lo decoraron interior y exteriormente bajo la dirección de los arquitectos Machuca y Medina.—Y en 1792 se edificaron los antedichos templete y abejero, los estanques, fuentes, la estufa, casitas de cañas, de la vieja y del ermitaño, y otras obras bajo la dirección del arquitecto Angel María Tadey. Y aunque algo tardío en su ba-

rroquismo, surgió el parque neoclásico castellano, salpicado de arquitectura corintia.

Al alborear el pasado siglo XIX y resonar los primeros cañonazos de la guerra de Independencia, en 1808, por disposición testamentaria del Duque de Osuna, fué adjudicada esta aristocrática posesión a la Condesa-Duquesa de Benavente y de Osuna, cuando se acababan de construir puentes, estatuas, surtidores, etc.—Después, en 1815, se construyó el bellísimo casino o salón de fiestas junto al lago, que fué obra del arquitecto Antonio López Aguado.—En Navidad de 1834 pasó a ser propiedad «La Alameda» del undécimo Duque, don Pedro de Alcántara Téllez Girón, por fallecimiento de su abuela. Una década más tarde pasó a su hermano don Mariano, quien continuó mejorándola.

Durante un siglo, hasta hoy, tras de varias vicisitudes y trasferencias de dominio, la finca fué emancipada de su ducado y es hoy propiedad particular de una sociedad anónima denominada «Inmobiliaria Nuevo Madrid», que, respetando la magnífica plantación de arbolado que hizo el jardinero Francisco Sanguesa, no hace lo propio con el interior del palacio campestre de Osuna, y bajo gerencia de don Jaime Pereña, lo está transformando interiormente en un futuro hotel de turismo, con el atractivo del parque y sus monumentos, después de haber sido morada, durante la última guerra civil, del general Miaja, con su cuartel general, el «Campesino», la «Pasionaria» y otros personajes insospechados por la casa ducal de Osuna.

CARLOS SARTHOU CARRERES

Madrid y Navidad de 1946.

(Fotografías del mismo.)

Joyas de la forja en la Catedral de Cuenca

La riqueza artística de sus rejas

Cuenca, en el alborear del siglo XVI era solar y asiento de muchas familias nobles; ciudad enriquecida con el comercio de ganados y lanas; obispado esplendoroso desde el que, muy frecuentemente, se ascendía a la mitra de Toledo, al Consejo del Rey y al mando de la Inquisición. Y la catedral conquense, como todas sus similares, conoció entonces el período de su mayor brillantez, porque las riquezas de la ciudad y la munificencia de los Albornoz, los Ramírez de Fuenleal, los Muñoces, los Cañete y los Anayas erigieron capillas, tallaron altares, forjaron rejas y labraron alhajas, haciendo de este sagrado recinto una de las joyas más valiosas de España.

Gran parte de este resurgir maravilloso del arte corresponde a nuestros famosos gremios de oficios y artesanos, que ya por entonces tenían bien probada fama de antigüedad y prestigio en la ciudad del Cáliz y la Estrella.

Por lo que se refiere a los gremios de la forja y el hierro, sin remontarnos más allá del siglo XV, encontramos una clara referencia de los mismos en el inexplorado archivo de la ciudad, donde se conserva una curiosa acta, fechada en 16 de septiembre del año 1430, en que se establecía el orden y prelación que, en las grandes solemnidades cívico-religiosas habrían de guardar los pendones de la Hermandad, haciendo relación de los plateros, herreros, perailes, peinadores, guisados de acaballo y otros diversos oficios que eran prez y gloria de la famosa artesanía conquense (1).

No se hallan tampoco exentas de interés histórico y de provechosas enseñanzas político-sociales las actas de ordenamiento de nuestros Gremios y Hermandades, que ya en 15 de septiembre de 1462 establecían jornales y precios para los artífices cerrajeros, herreros, vaineros y cuchilleros, revelándonos el bien ganado prestigio de los mismos con la denominación de sus calles.

(1) Archivo Municipal de Cuenca.—Doc. núm. 187-5-fol. 23.

Por aquella fecha, la catedral de Cuenca, que sobre la antigua plaza de «El Rollo», el Rey Don Alfonso VIII «fizo y ordenó» sobre la mezquita de los moros, había sufrido una notable transformación, aun conservando el primitivo tipo cisterciense en su arquitectónica traza. Y fué entonces cuando los rejeros conquenses, los anónimos y sublimes maestros, con su entusiasmo y con la sólida organización de sus gremios, crearon una escuela de típica forja pura, seleccionando los trabajos del modesto aprendiz, hasta llegar a una perfección suma en sus obras, que hoy, y pensando en los medios de que disponían para su arte, son la admiración de eruditos y profanos.

Nuestra provincia era venero inagotable de materia prima para las rejeras, pues en Huélarbo había criaderos de hierro que surtían a numerosas ferrerías y martinetes diseminados por toda el área conquense. Aún trabajaban a fines del siglo XVIII diez fábricas de hierro, en Salvacañete, Zahorejas, Poyatos, Alcantud, Landete, Los Chorros, Uña, Boniches, Huélarbo y Valdemoro, cuyos productos abastecían las necesidades de ambas Castillas, Valencia y gran parte de Aragón. El Diccionario Geográfico de Madoz todavía menciona y recuerda el cerro de Montejo de San Clemente, cerca de La Alberca, como asiento de una importante fundición, y Marchesi nombra como famosos espaderos que trabajaban en Cuenca a Juan Ruiz, Andrés Herráez y Juannes de Muleto, y avencidados en San Clemente donde tenían sus fraguas y talleres a Lupus de Aguado, Adrián y Fabián de Zafra, entre los más afamados.

Antes de adentrarnos en las maravillas de forja que atesora la catedral de Cuenca, debemos recordar que ya en el siglo XIII se construía dentro de la ciudad gran cantidad de rejuelas, cuyas volutas adosadas a barras prismáticas, parecen inspiradas en las filigranas ibéricas de bronce.

En el período *gótico*, las rejas ya van tomando formas arquitectónicas; aunque no siempre aparezcan bien diferenciadas, en este estilo, las partes de un cancel monumental: *zócalo, cuerpo de reja y remate*. Tal acontece en la reja que cierra la Capilla del Obispo Jacobo de Veneris en la catedral de Cuenca.

Si analizamos la época en que tuvo aquí mayor esplendor el arte de la forja, podríamos ver que coincide con los tiempos de la recién descubierta América. También la evolución de las costumbres en tiempos de los Reyes Católicos hasta Carlos V, las guerras de Italia y que el Emperador fijara su residencia en Toledo, tuvie-

ron marcada influencia en el renacer artístico de los maestros rejeros castellanos, como el conquense Hernando de Arenas y Juan Frances, que habiendo conocido aún el gótico, hizo la verja en la catedral de León y la del enterramiento de los Católicos Reyes en Granada, así como los Andinos y Villapandos, Céspedes e Idrobo, creadores del plateresco, y que nos legaron esas maravillosas rejas de Toledo, Salamanca y Cuenca... Así, estos y varios anónimos artífices, con sus oficios y sus gremios, plasmaron nuestras rejas catedralicias con fragua, yunque y martillo, que eran la espátula de su trabajoso modelado. Verdaderos forjadorees que dominaban el hierro candente; cortándolo, hendiéndolo, retorciendo con musculoso esfuerzo hasta bosquejar la forma artística de sus admirables rejas, sin subterfugios efectistas de piezas superpuestas y remaches, que los despreciaban por poco nobles y demasiado fáciles para sus callosas manos de genuinos artesanos.

Si recorremos una a una las capillas de la basílica conquense, veremos frisos ornamentales, manojoes de flores caldeados de una sola pieza, semejando más bien la maravillosa floración de una montaña de hierro que la débil producción de la mano de un hombre. Hasta los más acabados detalles se observa la inspiración del artista en las obras góticas y platerescas: unos martillazos de mano maestra dan vida y forma a las figuras más extrañas: a una bicha, a unos ángeles o a un escudo, denotando un profundo conocimiento del oficio, que, unido a su vigor natural, realzan el sentimiento de lo bello, innato en aquellos ignorados artífices. Los rejeros conquenses se habían identificado tanto con su fragua y con el hierro trabajando según el estilo gótico, que se resistieron a evolucionar cuando las modernas corrientes estéticas de Florencia iniciaron el Renacimiento, tomando como base el estilo Pompeyan, y afiligranaron con delicadeza sus obras y aferrados en lo posible al gusto tradicional, como los flamencos y alemanes, apurando las modalidades dentro de aquel estilo; pero no pudieron subsistir y los que fueron grandes rejeros del gótico español desaparecieron con él. ¿Fué motivada tal resistencia por la férrea disciplina de los gremios que tenían una norma tradicional para sus obras? No lo sabemos; pero lo cierto es que se adoptó al fin el estilo renacentista, produciendo piezas magníficas nuestros rejeros y «maestres de traballs en ferro».

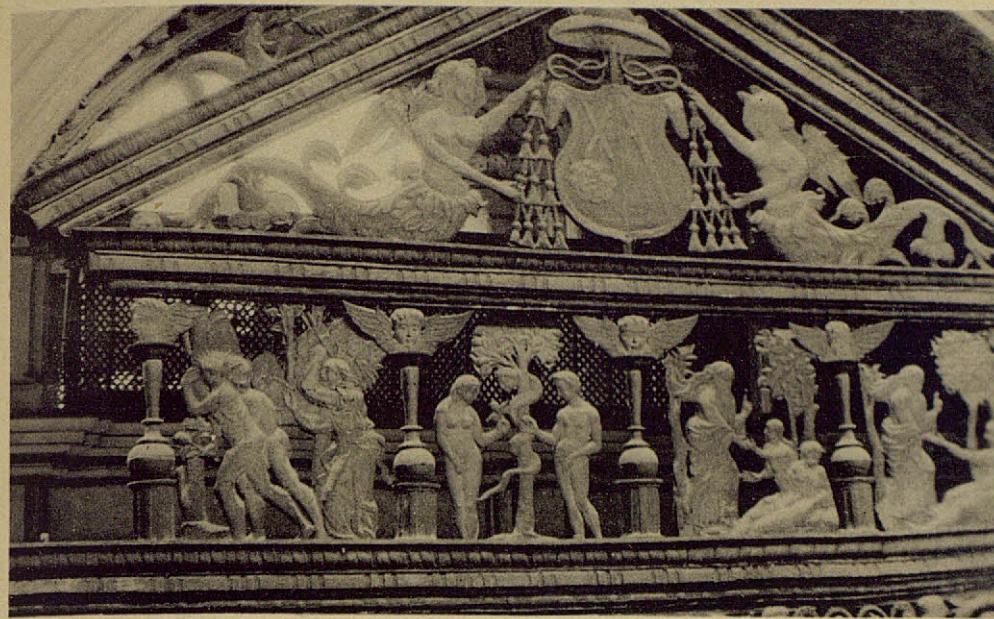
Visitando las naves de la catedral de Cuenca, muestran como una de sus capillas más suntuosas la titulada «de los Caballeros», fundación de los Albornoces en el siglo xvi, familia de tan rancio

abolengo que pretende descender de un hijo natural de Alfonso V; dió gloria y prez a tan preclara familia D. Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo y fundador del famoso Colegio de Bolonia. Esta capilla sufrió grandes desperfectos al fabricar la girola el Obispo Don Lope Barrientos, siendo restaurada por D. Gómez Carrillo de Albornoz, Canónigo tesorero de la catedral de Cuenca. Dos rejas la aislan del templo; una de ellas rebosante de galanos primores, y grandiosa en su magnitud. Delicados dorados matizan los dibujos ojivales, en los que culmina el apogeo de su glorioso artífice, Lemosin. Realzan su indiscutible mérito los barrotes retorcidos y adornados de medallones con bustos de Reyes, escudos heráldicos, trofeos militares y una fantástica fauna de dragones y endriagos, que se mezcla y alterna con ángeles y querubines. Esta reja tiene, hacia el centro, un festón o medalla en relieve muy ricamente dorada con la salutación angélica a Nuestra Señora, y debajo un letrero que dice: *Sacellum militum*. La otra reja se halla encuadrada por la soberana belleza de un pórtico renacentista, obra brotada de manos del maestro Flórez. La reja ostenta, en su parte exterior, la inscripción latina: *Devictis militibus, mors triunfat*, y en la interior esta otra: *Disrupta magna vestustate sit perpétuo*. El macabro atavío de un esqueleto, que campea en relieve, ha bautizado a esta portada con el pavoroso nombre de «La Muerte». También se debe a Lemosin otra artística reja que clausura la capilla llamada de «Los Pesos», fundada en 1526 por el Canónigo Alonso Hernández del Peso. El coronamiento o remate de esta reja es el «árbol de Jessé» o genealogía de la Virgen y cuyo dibujo, por su traza, parece de un artista germánico.

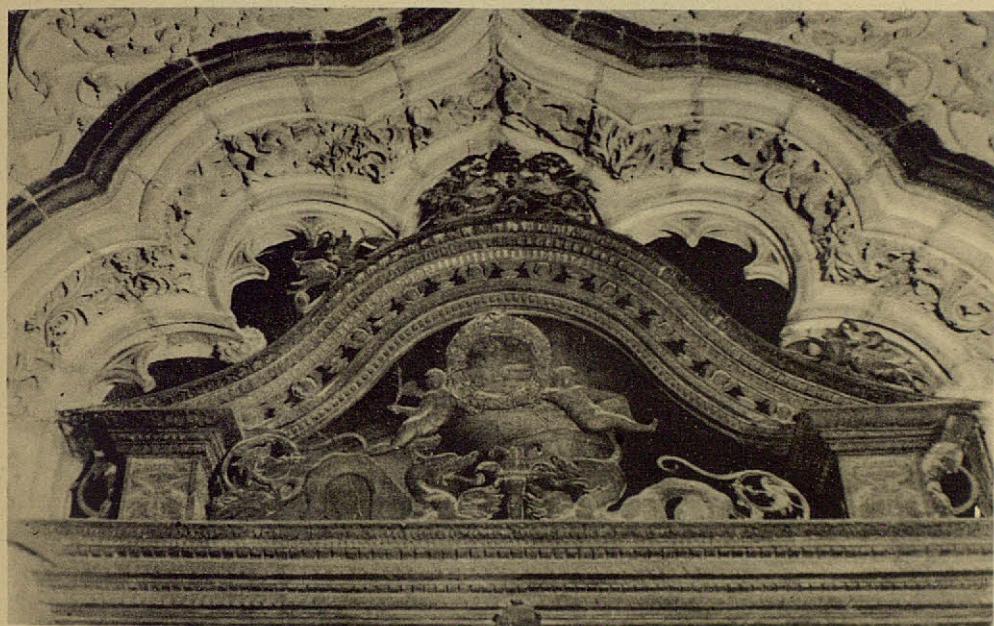
Otra de las rejas más valiosas de la catedral conquense puede admirarse en la llamada capilla de «Los Apóstoles», fundada por el chantre D. García de Villarreal en el siglo xvi. Aquella es una de las joyas más valiosas en el arte del hierro y en sus barrotes estará quizá la «estampa» de Cristóbal de Andino, a juzgar por la semejanza que esta reja tiene con la del Condestable de la catedral de Burgos. En el frontis triangular y debajo del escudo de su fundador, sostenido por dos sirenas, el cincel de Andino modeló con gran maestría las cuatro escenas del *Génesis*, que representan la creación del primer hombre, la formación de Eva, el pecado original y la expulsión del Paraíso, siendo muy notables las entalladuras grotescas que le sirven de adorno y sus platerescas labores.

El rejero conquense Hernando de Arenas trabajó también muchas obras para la catedral de Cuenca, pues las cuentas del año

CATEDRAL DE CUENCA

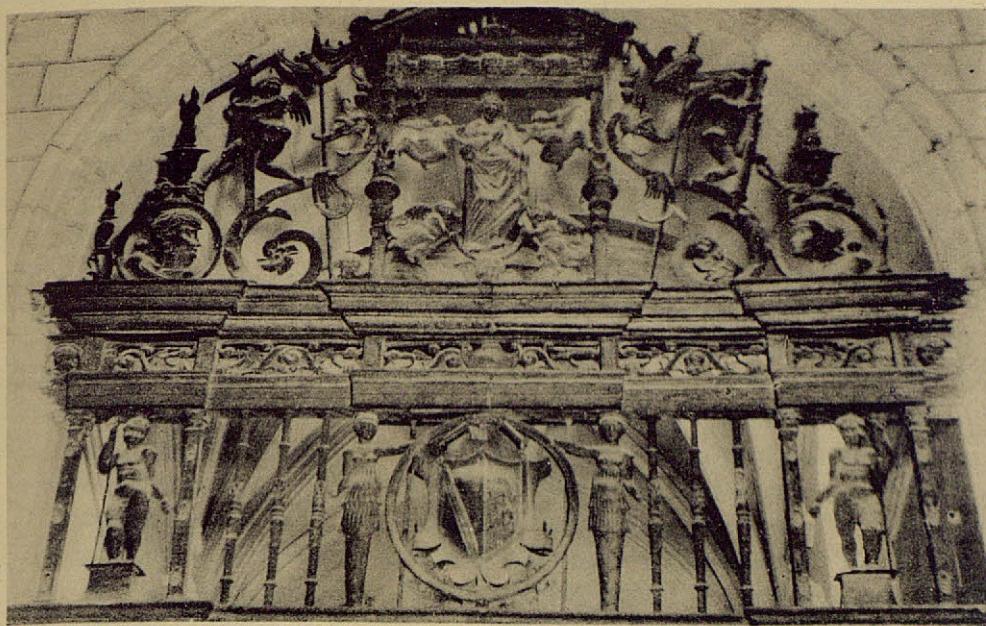


Detalle de la reja en la Capilla de «Los Apóstoles», atribuida a Apolino.

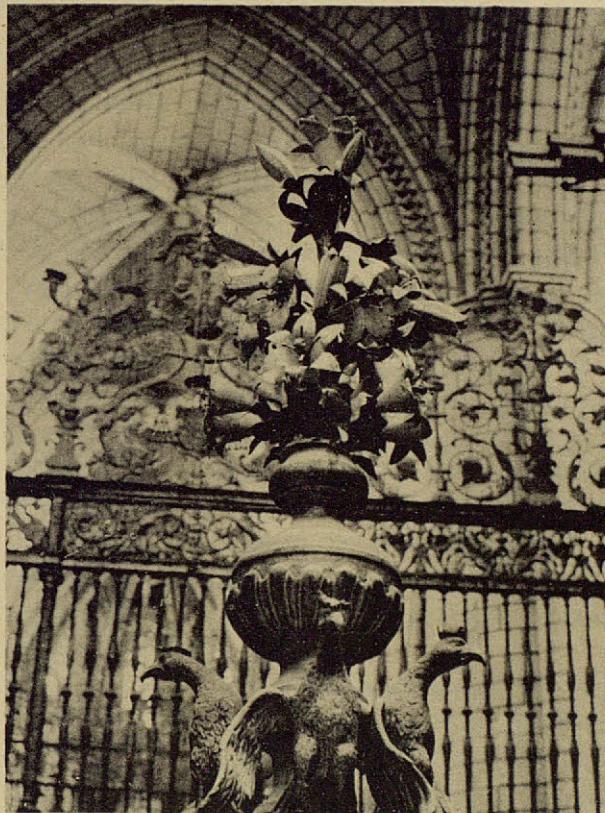


Capilla del Obispo. Reja gótica del siglo XVI, de autor anónimo.

CATEDRAL DE CUENCA



Capilla de la Asunción. Montante de la reja labrada por Hernando de Arenas.



Artístico facistol en el coro, obra de Hernando de Arenas.

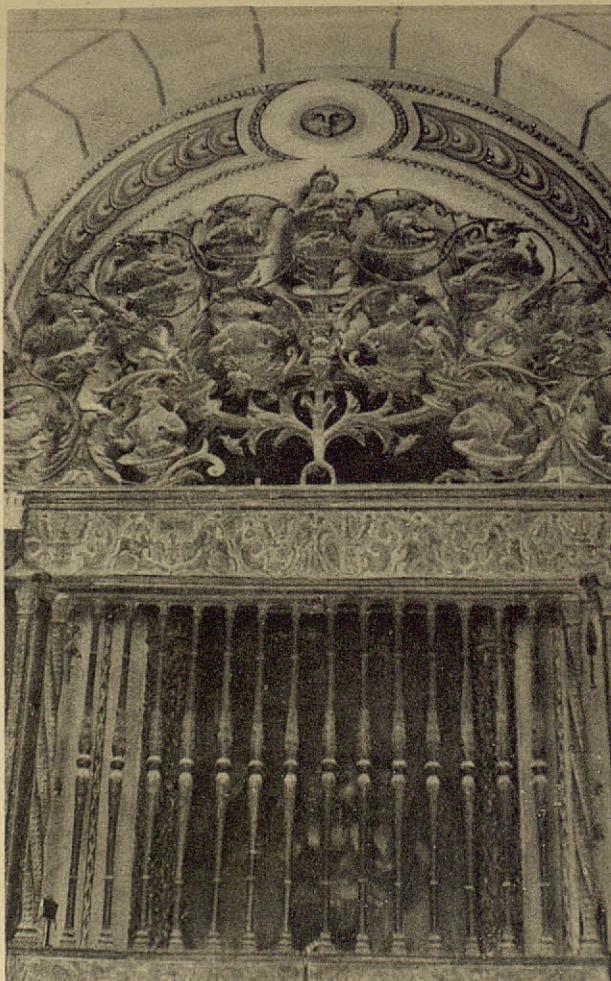
1557 le datan una partida en recompensa de la reja del coro, que dicen de *los Obispos*. Presenta una primorosa crestería y ostenta el escudo de Ramírez de Fuenleal, entre animales fabulosos y una flora perfectamente repujada. Otra partida se le entrega a Hernando de Arenas, por dos águilas de hierro, que son las que sirven de facistol en los Oficios de Semana Santa. Obra también del taller de Arenas es la verja que sirve de cancel a la capilla de San Bartolomé, según una inscripción que dice: «*Esta rexia mandó hacer el Ilustre Sr. Gerónimo de Anaya, Canónigo de esta S. I. Año 1571.*» Muestra la capilla de San Martín, fundada por la esplendidez de Martín de Huélamo, un magnífico canecel de hierro construido por Hernando de Arenas y fechado en 1578, cuyos detalles más sobresalientes son un medallón que representa a San Martín partiendo su capa con un pobre, y unos escudos de chapa recortada y repujada. La capilla de La Asunción, dotada por el Deán Barreda en el siglo XVI, se halla cerrada por una de las rejas más notables de aquel artista conquense. La obra se asemeja a la que también labró para la Catedral de Sigüenza en el año 1561, por encargo de D. Fernando Nuño de Guevara. En el montante ostenta un templete con la Virgen rodeada de Angeles; en otra zona, un escudo sostenido por pilastras, con figuras y hojarasca graciosamente repujadas. La reja de Hernando de Arenas, labrada en la capilla Mayor, justificaría por sí sola la fama lograda por los rejeros conquenses en Sevilla, Granada, Sigüenza, Burgos y Palencia. De una esbeltez no igualada por ninguna otra reja de las conocidas, este cancel tiene dos órdenes de barrotes verticales, separados por frisos calados de muy variada imaginería. En el superior hay ángeles o eros distribuidos por parejas, y sobre este friso, el famoso rejero colocó una crestería donde abundan los ángeles y aves canoras, posadas sobre ramos florecidos. En la base de uno de los más gruesos barrotes se halla el escudo de Cuenca, y no es de extrañar que el artífice Hernando de Arenas, después de hacer esta reja, se ensayara en obras de platería. No debemos omitir que en la capilla del arceipreste Barba hay otra bella obra de este artista. Es otra reja policromada, con fecha de 1568; el montante tiene una infinidad de figuras de chapa recortada alrededor del escudo «afrange» con castillos y calderas.

Trabajó en la decoración del templo catedralicio otro de los maestros rejeros conquenses más famosos de su época, llamado Alonso Beltrán. Los primores de su arte quedan patentes en la capilla vieja de San Julián, acaso sin semejanza en España... Mues-

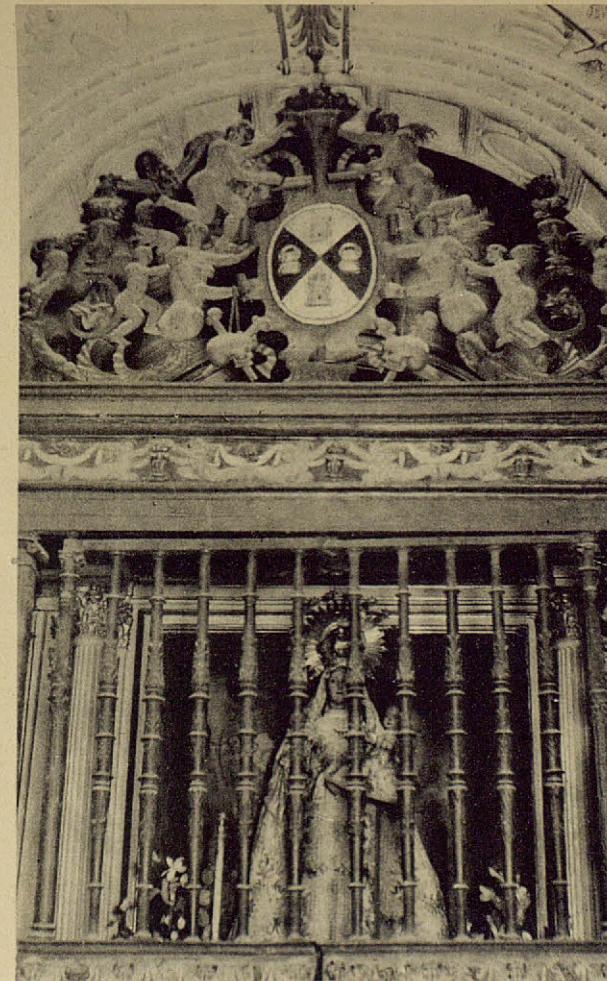
tra también Alonso Beltrán la maravilla de su arte en una reja de ventana adosada en la capilla de Santiago, con sencilla, pero elegante tracería de círculos secantes, en cuyas intersecciones hay «veneras» o conchas de peregrino. Y de este inspirado artista son igualmente las primorosas rejas que sirven de ornato a la capilla de los Muñoces, acaso los hierros más bellos que existen en la catedral... Una de ellas tiene rica imaginería, donde está representada una colección de especies de animales-simios, urus, etc. mientras en otros lados aparecen «ángeles músicos», tomados sin duda de algún primitivo flamenco. El comulgatorio, de forma poligonal, es de tan delicada factura que parece trabajado por orfebres. No son tan sólo estos artífices del hierro los que trabajaron para la catedral de Cuenca; de autores anónimos, pero de relevantes méritos, son las rejas de la capilla del Obispo, protegida por un arco conopia, adornado con escudos de Jacobo de Véneris, con resabios del gótico y del segundo tercio del siglo xvi. La reja que cierra la capilla de Santa Elena, enmarcada en magnífica guarnición de piedra, y la que se destaca en la capilla de San Roque son también dignas de admiración... Esta última reja de estilo gótico, es del tipo de las que labró Juan Francés para Toledo, Osma y Alcalá. Presenta una inscripción y un delicado remate foliado, que recuerda otros trabajos de la misma época en el Monasterio del Paular, en la catedral de Huesca y en la Colegiata de Belmonte... Dos enormes canceles del siglo xviii de marcada influencia francesa, cierran los lados de la Capilla Mayor y completan esta serie artística; pero esta labor, ya no es indígena, pues se hizo en Elorrio, bajo la dirección de don Rafael Amezúa. Rejas de ventanas, tribunas, comulgatorios y otras piezas de menos importancia y carácter, nos traen el recuerdo de días lejanos, en que triunfaba en Cuenca un arte solicitado y floreciente junto a los grandes maestros de la rejería y en el cual ocuparon destacado lugar Pero Pintor, Mingo López y Francisco Beltrán. La creación de Alonso Beltrán para el nicho antiguo de San Julián, Patrono de Cuenca, alcanzó tal éxito en su tiempo que se repitió en la Capilla de los Apóstoles, en la Parroquia de Santiago, en el Convento de la Merced y en algunas casas señoriales. Vean, pues, los que todavía nos ignoran que Cuenca conserva en el recinto de su catedral las más valiosas joyas que supieron modelar los rejeros de su ciudad, para el esplendor de nuestro arte netamente español, al amparo de sus Gremios y Cofradías de artesanos.

ANSELMO SANZ SERRANO
(Cronista de Teruel)

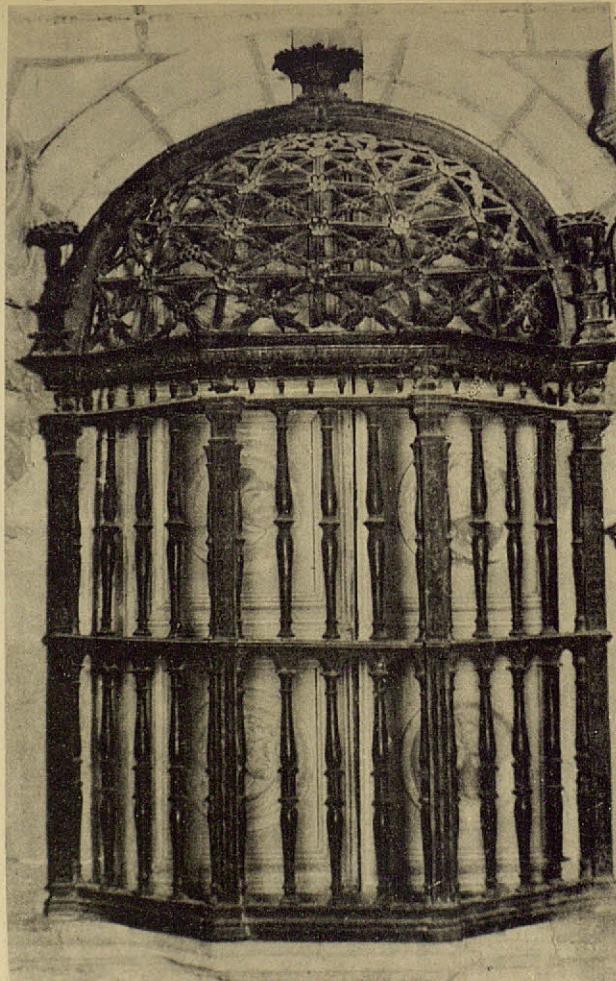
CATEDRAL DE CUENCA



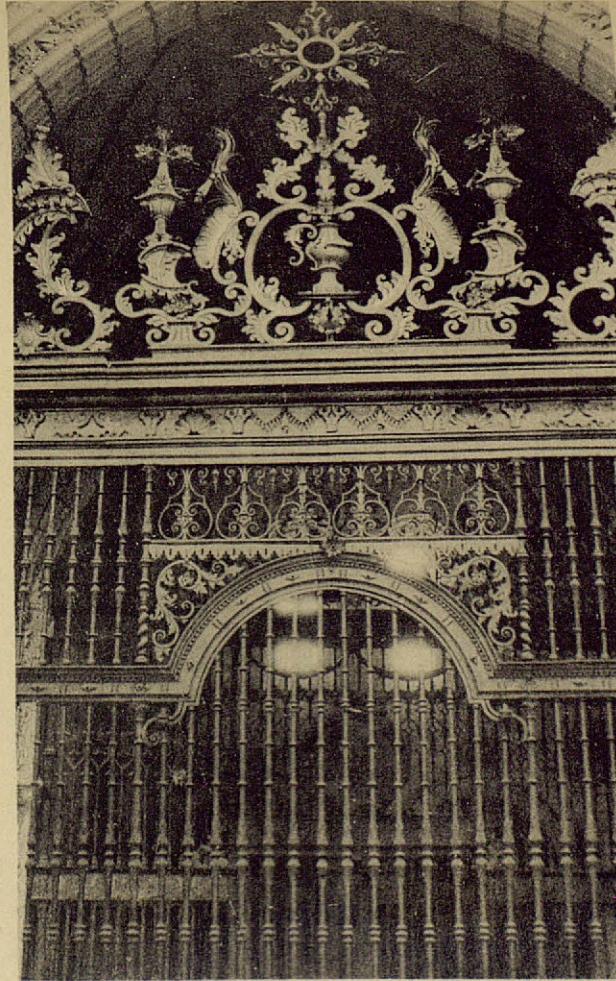
Artística reja de la capilla de «Los Pesos»,
inspirada obra de Lemosin.



Crestería de la reja trabajada por Hernando de Arenas para la
capilla de los Obispos, con el escudo de Ramírez de Fuenleal.



Comulgatorio en la capilla de los Muñoces,
obra de Alonso Beltrán.



Capilla Mayor.
Verja lateral trabajada por Amezúa, en el siglo XVIII.

Hace un siglo, y parece que fué ayer

La acuñación del nuevo sistema monetario que acabe con la accidentalidad del que tenemos actualmente, debido a circunstancias de alto interés nacional, hace que piense nos hallamos al filo de un centenario singular. Por ahora se cumple un siglo de que, tras apasionados debates sobre la cuestión monetaria, se llegó a la conclusión de que era preciso implantar un sistema que regulase la materia. Lo fijó el Ministro Salamanca el 31 de mayo de 1847 y se cumplió más tarde por Decreto de 15 de abril del siguiente año, que firmó Beltrán de Lis.

Sírvanos lo dicho de preámbulo para discurrir acerca de lo que he de exponer a vuestra curiosidad, pues sería torpeza imperdonable abrigar la idea de descubrirnos lo que tal vez conozcáis y sobre lo que pudiérais aleccionarme con gran provecho de mi parte. Sin embargo, no todos los que me leyeren sabrán lo que les voy a narrar, mejor o peor, conforme al caletre que Dios me dé a entender, pero de una absoluta certeza, puesto que es norma en mí rendir siempre tributo a la verdad, de la que tengo a orgullo no apartarme.

Y bien, en el año de gracia de 1848, sólo existían en Madrid dos caserones, ya entonces antiguos, destinados a la fabricación de moneda, aun cuando no hubieran sido construidos para tal finalidad, ni siquiera para otra semejante, por no reunir las mínimas condiciones adecuadas a su cometido. Uno de dichos inmuebles, mal se sostenia por su lamentable traza, en la carrera de San Francisco y en su número 11 a la sazón; esto en una parte, porque constaba de otra, llamémosle nueva, señalada con el 13. El otro edificio se alzaba en el número 27 de la calle de Segovia, allá por el año 1896, donde era conocido por el nombre de «Posada de Maragatos». Los departamentos de grabado y maquinaria se hallaban instalados en la primera de dichas casas y en la segunda, cuanto se relacionaba con la acuñación.

Se os antojará increíble que la capital de España, para menesteres de tanta monta contara únicamente con esas pobres casas desmanteladas, en las que muchos veian aún las viejas herrerías que fueron, pues era difícil comprenderlo añorando las fábricas de moneda que en cantidad y magnificencia habíamos tenido en América y Oceanía y considerando que en la Península estaban las de Jubia, Sevilla, Barcelona y Segovia. Pesaba también que la corte se había enriquecido en el reinado de Carlos III, engrandeciéndose con edificios de calidad, como fueron la Casa de Correos, la Aduana, Historia Natural, Pósito, la fastuosa y señorial Puerta de Alcalá, que hoy embellece la plaza de la Independencia, y la no menos digna de recordación de Recoletos. Tanto ornato, siempre bien alabado, pues que ahí queda para recreo de nuestros ojos y gala de la ciudad, contrastaba con la mezquina instalación, rudimentaria y pésima, destinada a fabricar moneda.

No era el momento más crítico para acometer tamaña empresa, cual era erigir edificio apropiado en calidad y rango, habiendo muchos factores en contra, apoyados por la inestabilidad política que hacía difícil concentrar la atención en quien quisiera y pudiera dar cima y solución al viejo problema, y verdad es que de no obedecer a una feliz coincidencia hermanada con un hombre de voluntad, con tesón inquebrantable, ignoramos hasta cuándo habría durado aquella situación, no obstante parecer imposible.

Deambulaba por los carcomidos caserones, en medio de su desatortalamiento e inhospitalidad, un hombre honrado a carta cabal, activo e inteligente en su cometido como pocos, ya de alguna edad, fiel y exacto cumplidor de su deber, quien a tan buenas cualidades unía la muy estimable de velar por el engrandecimiento de la casa en que al Estado prestaba servicios, doliéndose de la incuria y abandono en que se la tenía, pero reconociendo que no era fácil hallar la ocasión propicia en que el erario estuviese, si no boyante y floreciente, al menos aliviado algo en sus numerosas cargas, para poder enfrentarle con la cuestión, trascendental desde luego, aunque sin acuciar.

Este hombre de voluntad y honorabilidad intachable, era don Santiago Malacuera, de los del antiguo régimen, y jefe del departamento de máquinas, a cuyo celo y probidad les hacemos justicia, si bien en pequeño grado, al recordarle en este modesto trabajo, por ser lo menos que merece en premio a su muy estimable labor.

Quiso la suerte que Malacuera gozara de íntima amistad con

aquel ovetense que viera la luz primera parejo con el siglo XIX, de grata memoria, que se llamó don Alejandro Mon, buen político y mejor financiero, como tuvo ocasión de demostrarlo en las distintas etapas en que desempeñó la cartera de Hacienda asaz empeñada, por lo que tuvo que ingeníárselas con habilidad maestra para vencer tanta dificultad, aumentada por la inquietud del contribuyente. Puestos de acuerdo Mon y Malacuera, claro es que a reiteradas instancias de éste, que no hay que dudar pondría todo su cariño y vehemencia para el logro de sus deseos, una de las veces que era titular de la cartera, ofreció a su amigo patrocinar su noble empresa, digna de la mejor causa, invitándole a que el proyecto se desarrollase en forma normal, y para ello era lógico y elemental empezar por el principio, que no era otro que presentar los datos necesarios acerca de dependencias, dimensiones de las naves para la instalación de la maquinaria, características especiales de los distintos departamentos, etc., y todo esto se sometería al conveniente, mas necesario examen del arquitecto del Ministerio, quien haría los planos, teniendo de este modo mucho adelantado, y después... ya se vería. Este final, nada sabemos de cierto, pero no sería extraño que hubiere decepcionado a cualquiera que no fuera de la tenacidad y constancia del voluntarioso don Santiago.

Avisado en extremo y gozoso de su estrella, el bueno de Malacuera se apresuró para aprovechar aquel remanso tranquilo en la turbulenta política, con cuyos vaivenes no había medio de atar cabos, encargando a los jefes de los departamentos de grabado y acuñación que le proporcionasen los datos relativos a los correspondientes despachos, talleres, obradores y otras dependencias, previniendo las posibles eventualidades, siendo fácil conseguir esto si se proyectaba con generosidad, cosa bien contraria a lo que habían acostumbrado las circunstancias, pero que indudablemente al correr del tiempo aportaría notables ventajas. Era aconsejable pedir en demasía, ya que por fuerza al examinar los presupuestos el lápiz rojo se cuidaría de acortar unas partidas, proponer soluciones más económicas para otras, llegando hasta suprimir en su totalidad no pocas, con lo que en fin de cuentas poco se habría adelantado, si no se quedaba peor que antes. Se hacia preciso salir de aquellos tugurios y que tan importantes servicios del Estado quedasen instalados en locales amplios dotados de grandes ventanales que permitiesen realizar el trabajo en condiciones higiénicas, con plena luz, espaciosidad y grandeza,

que fueran verdadero contraste con la estrechez y hasta miseria en que se vivía. Aunque nada hubiere logrado Malacuera, este solo propósito y esfuerzo era suficiente para que su nombre no se relegara al olvido.

Fué también grata circunstancia el que el arquitecto, ante el temor de cometer algún grave error al introducir modificaciones en las condiciones que se sometieron a su tecnicismo, no siendo práctico en las disciplinas a que se destinaba el edificio proyectado, se atuvo estrictamente a aquéllas, y ejecutó unos planos que satisficieron a cuantos apoyaban la magna empresa, seguros de que el Ministro los tomaba en consideración en espera de coyuntura favorable.

Mucho se llevaba adelantado, como había dicho Mon a Malacuera, mas comprendiendo éste que no era bastante, hizo notar al político la urgente necesidad de preocuparse de buscar la maquinaria para dotar con los modelos mejor perfeccionados a la nueva Casa de la Moneda, gestión que requería tiempo y conocer lo último que se hubiese fabricado en el extranjero, puesto que en nuestro país no existía industria propiamente dicha y el procedimiento que veníamos empleando estaba anticuado, resultando antieconómico y nocivo a todas luces. Contagiado el Ministro del interés manifiesto de su amigo, competía con él en actividad, encariñado con la idea y frecuentemente tenía que apelar al buen sentido, recordando lo precario de la situación del Tesoro público, que no permitía cubrir las atenciones normales, cuanto menos gastos que, en tal crisis económica, serían tachados de despilfarro, para refrenar sus ímpetus, haciendo entrar en razón al impaciente funcionario.

Lejos de darse al descanso ante tan razonable y poderosas causas, cuando más apaciguado se le creía, renovaba con mayor brío su cerco, y Mon, que poco necesitaba para dejarse convencer fácilmente, decidió un buen día comisionar con carácter oficial a Malacuera para que marchara sin dilación a Francia, Austria, Prusia, Bélgica e Inglaterra, visitando e inspeccionando a su vez las respectivas Casas de la Moneda, misión que fué ampliada con la muy importante de quedar autorizado para adquirir las máquinas que a su recto entender considerase conveniente comprar. No se hizo repetir la ansiada orden Malacuera, a quien faltó tiempo para ponerla en ejecución. Como era de esperar, desempeñó su cometido con el celo y honradez en él proverbiales.

En el interin se realizaba concienzudamente, con todo mira-

miento y escrúpulos aquella comisión, la cartera de Hacienda pasaba a otras manos, y según era de rigor, había muchas probabilidades de que al cambiar de patrón la nave, difícilmente llegase con bien a puerto seguro. ¡Adiós ilusiones! ¡Cuántos afanes y desvelos en balde! Mon, al cesar, por fuerza hubo de abandonar tan grande empresa.

La situación en Madrid era muy crítica, puesto que había repercutido, como en Barcelona y Sevilla, la revolución francesa de 1848; Ramón Cabrera se alzaba en Cataluña bajo la bandera de don Carlos, lo que, naturalmente, preocupaba al Gobierno, quien ya tenía motivos más que suficientes para estarlo por la inquietud que amenazaba a Europa, en ese azaroso período en que Narváez llevaba como mejor podía las riendas del Poder.

En aquella época de intrigas palaciegas, conspiraciones y turbulencias de todo orden, Narváez hacía tiempo que, como lo creyó oportuno, había abandonado su señorial mansión de la calle de Isabel la Católica, en la desaparecida plaza de los Mostenses, en la manzana sita entre las calles de San Cipriano y de la Flor Baja, trasladándose a la de la Cuesta de la Vega, en la que habitó varios años. Compró el Gobierno la casa de la calle de Isabel la Católica, y como había que pretextar hábilmente la determinación tomada para que tuviese visos de buena, fué destinado el edificio a Casa de la Moneda. Para cohonestar sin ningún género de duda los hechos, al punto emprendiéronse las obras precisas de adaptación. Se cuidó de ceñirse en lo posible a los planos, siquiera en la distribución, reduciéndose las dependencias, acoplándolas a las dimensiones del solar, que aunque grande, sin meternos en comparaciones, resultó insuficiente. Las obras de transformación del palacio se dieron por terminadas en 1850, allá cuando hubo un rayo de luz y de esperanza en el país, al conceder Narváez una amnistía tan amplia, que afectó por igual a los carlistas y a los revolucionarios.

Tuvo entonces lugar, a fines del malhadado año, la vuelta de Malacuera de su excursión, que, como se confiaba, había dado sazonado fruto, pues que elegidas las mejores máquinas de las cinco casas que visitó, se cuidó de que las construyesen en Londres, por lo que, instaladas en la Casa de Madrid, hubiese sido en tal tiempo la primera de Europa. Fué tan correcto como correspondía a su probidad, que ni las malas lenguas pudieron negar lo increíblemente barato de su compra, ante la espléndida y modernísima maquinaria adquirida inteligentemente.

Mientras llegaban las máquinas a Madrid, el juicioso y entusiasta Malacuera, conocedor del desvío que se dió a su proyecto con Mon, encaminóse a inspeccionar el edificio recién acabado, y cuéntase que fué tal la decepción sufrida, que sin poderse reprimir, entre indignado y lleno de desolación, exclamó: «Al primer pistoletazo de la máquina de vapor, se viene abajo toda la casa», con cuyo dicho, si no fué la casa lo que en realidad se vino abajo, sí lo fué todo lo que en su ausencia se hizo. Mostró su disgusto e hizo tan atinadas reflexiones acerca de otros graves inconvenientes, que aun gastados más de veinte mil duros —casi una fortuna en aquel tiempo—, hubo que abandonar la idea, pensando en la imposibilidad de volverse a ocupar de tal Casa de la Moneda. Tan sólo sirvió el vasto inmueble para depósito de la maquinaria comprada, que a poco llegó, ocupando hacinadamente su zaguán. Por su gran valor, pese al relativo coste de su adquisición, fué preciso engrasarlas en forma conveniente con sebo para preservarlas de su deterioro por la oxidación, pues casi todas las piezas de las máquinas eran pulimentadas y de obligado cuidado, máxime no sospechándose el día que pudieran entrar en uso, si es que este momento llegaba alguna vez.

Un extremeño ilustre, don Juan Bravo Murillo, al que debemos el abastecimiento de aguas a Madrid por el Canal de Isabel II, obras que comenzó siendo ministro de Fomento, pasó a ocupar la silla presidencial a borde de dejar la de Hacienda, si bien llegó a desempeñar las dos conjuntamente. Esta dualidad de funciones en un hombre de espíritu económico y obligado a reducir gastos por los cuantiosos que le llevaba ocasionados el Canal, en circunstancias en que eran muy cortos los medios de que se disponía, alejó aún más las esperanzas concernientes a la Casa de la Moneda, asunto que era lógico creer pasaría al cajón de los olvidos. Los estimables servicios de Bravo Murillo a la Corona no fueron suficientes para inclinar el ánimo real a su favor, cuando pretendió reformar la Constitución, por lo que, obligado a dimitir, fué sustituido en el más alto puesto del Gobierno de la nación por el general Lersundi, quien se hizo cargo de la cartera de Guerra y, accidentalmente, de la de Estado.

El poco acertado mandato del general dió paso a otro Gobierno igualmente de escasa fortuna, presidido por el Conde de San Luis, y así fuimos rodeados de constantes preocupaciones, ante los temores de lo que a la postre había de suceder, cuyo estado de inquietud era suficiente para que no pudiese hablarse de

otras cosas, por reproductivas que fuesen, ya que todo se necesitaba para nutrir los fondos secretos del Ministerio de la Gobernación, destinados casi exclusivamente en pagar servicios de policía y noticias sobre planes revolucionarios, obsesión de todo gobernante, cualquiera que fuese su filiación política.

Pasaba el tiempo inmutable, sucediéndose los días, los meses y hasta los años, sin que se vislumbrase el momento en que fuese posible reanudar la labor interrumpida, por lo que nuestro buen Malacuera se descorazonaba con razón más que justificada. Pronto se rehacia y la llama de la esperanza alumbraba de nuevo sus ilusiones, por lo que amorosamente cuidaba solícito sus máquinas, para su más perfecta conservación hasta el instante feliz en que pudiesen ser instaladas en lugar definitivo. Era apolítico y sentía el vértigo de la política, puesto que en cualquier alteración de ella, cuando menos pensase podía favorecer sus proyectos y ver hecho realidad su sueño, tan esperado como ansiado...

Un nuevo y gran temor se apoderó de todo su ser, al estallar el pronunciamiento de julio de 1854, y cuando lo vió triunfante, aún tuvo por más cierto que no vería ya jamás realizada la obra de su vida, su único afán. En desenfrenada carrera pasaron por el Ministerio de Hacienda, sin tiempo para deleitarse en el cargo, Doménech, Cantero, Collado y Sevillano. Por aquel entonces, cualquier agüista hubiese hecho más larga temporada para atender al alivio de sus males, así que podemos imaginar qué terapéutica se verían dados a aplicar en remedio de la administración pública, tan necesitada de cuidados perseverantes, galenos-hacendistas de vida demasiado efímera, por iniciados que fueran en las disciplinas financieras.

Un suceso fortuito aconteció cuando aún desempeñaba la cartera crediticia Collado, se ocupó de trocar en alegría el hecho que tanto contristó su ánimo. Una tarde, al filo del invierno, cuando, pese a las caricias de un sol pálido y triste, es cuando en los hogares de los humildes acecha el hambre acuciada por la miseria, el Municipio madrileño se vió obligado a suprimir jornales con el consiguiente despido de obreros empleados accidentalmente en trabajos, sin otra justificación que la de acallar a algunos cientos de estómagos que corresponden a otros tantos seres con derecho a la vida, costumbre inveterada, precursora de lo que luego serían leyes sociales. Más de medio millar de aquellos desheredados de la fortuna, en vacación obligada, encaminaron sus pasos hacia el Gobierno civil y, llegados ante el mismo, profirie-

ron en amenazas nada tranquilizadoras, ofreciendo llevarlas a la práctica si al día siguiente no se les daba el trabajo necesario para atender al propio sustento y al de sus hijos. Esa multitud, pese a su amotinamiento, no pedía nada injusto. Era preciso complacerla para no agravar las circunstancias bastante críticas de por sí. El Consejo de Ministros convino en reconocer el peligro de tal aviso y se aprestó a conjurarla, mas ninguno de los reunidos encontraba fórmula propicia, pues habituados a las economías más inverosímiles, carecían incluso de proyectos de obras a emprender algún día.

Aquí de la suerte de Malacuera. Cuando cariacontecidos y turbados ante la dificultad de encontrar remedio que justificase su resolución favorable, no pareciendo que se claudicaba accediendo a lo que convenía mostrar como exigencia intolerable, el Ministro de Hacienda se acordó del arrinconado proyecto de construcción de Casa de Moneda que dormitaba hacia tiempo en el más triste desamparo. Mas ignorándose dónde hubiese de emplazarse el nuevo y amplio edificio que habría de construirse obedeciendo a los planos, con ser esto muy importante, de momento se consideró accesorio, ya que lo primordial era dar inmediata ocupación a los infelices amotinados. No era cosa de pararse en pequeñeces, y se acordó utilizar sin más trámites dilatorios el sitio que ocupaba la Veterinaria, ya que con el gran parque que la envolvía era problema a resolver ventajosamente en extremo. Al grupo de obreros en manifiesta rebeldía cupo el honor de comenzar con sus encallecidas manos afanasas de trabajo el desmonte, explanación y cimentación de la tan ansiada gran Fábrica, que lentamente va camino de hacerse centenaria, aun cuando no sabemos si lo logrará, a causa de proyectadas reformas, de las que poco a poco nos van acostumbrando a ver cambiada la fisonomía de Madrid.

La obra, como era clásico en las del Estado, fué realizándose a medida que lo permitía su situación económica, y bien está que reconzcamos que para hallarse sujeta a tan alta razón, duró poco tiempo, pues no era mucho cuatro años, si tenemos en cuenta su calidad y magnitud, así como los medios constructivos con que se contaba. Se tropezaron con dificultades diversas, unas de orden técnico y otras de construcción, y entre éstas la muy peculiar de resolver cómo había de construirse la chimenea central, dada su gran altura y carencia absoluta de práctica para tal menester en nuestros obreros, no teniendo anterior ejemplo que la chimenea,

considerada entonces como monumental, de la Fábrica del Gas.

Hubo que recurrir a un obrero inglés y es curiosa la anécdota relacionada con las condiciones en que se contrató la ejecución de la chimenea y la forma de pago, por lo que vamos a narrarla. Exigió el inglés que había de ser él solo el constructor y que los materiales necesarios le fueran puestos a pie de obra. Su jornal o asignación le sería satisfecho diariamente, pero acompañado de un suministro de vino, que se le entregaba con la máxima puntualidad, riego báquico que, con los suplementos que se proporcionaba en una taberna inmediata, dió lugar a que alguien lanzase la especie de que la famosa chimenea había costado más vino que el que cabía en su interior, y no dejó de faltar razón al chusco.

Va de ingleses, y no es mía la culpa, sino de la verdad y nada más que de la verdad. También tiene su anécdota la instalación de la maquinaria que hacía mucho tiempo «guardaba en conserva» —nunca mejor empleada la frase— Malacuera, quien concertó en Londres con la casa constructora que llegada la oportunidad, y la ocasión felizmente se había presentado, vendría a Madrid para montar las máquinas hasta dejarlas en servicio. Llegó el experto inglés y todo marchaba a las mil maravillas, hasta el día preciso en que habían de verificarse las pruebas y comprobar el esperado buen funcionamiento de aquella perfecta maquinaria de ensueño. Mas surgió inesperadamente, no ya un contratiempo, sino un verdadero conflicto que creaba una situación embarazosa. El inglés, sin previo aviso, desapareció, y esta es la hora en que no tengo noticias de que se diera con su paradero. La noticia debió de llenar de estupor a muchos, pero, no obstante lo bondadoso que era Malacuera, quizás no dejara de irritarse ante la improcedente manera de conducirse el extranjero. Don Santiago no se hacia acreedor a ser tan mal correspondido; al contrario, gozaba de la estimación decidida de sus superiores y del sincero cariño de cuantos trabajaban a sus órdenes. Y por esta hombría de bien, le vino la salvación en tan apurado trance.

En el departamento de máquinas de la Carrera de San Francisco, en servicio aún, trabajaba Francisco Baró, modesto oficial de lima, pleno de juventud, pero escaso de conocimientos, pues carecía de instrucción técnica, ni había realizado otros trabajos que los de su aprendizaje de limador. Hubiera sido pueril intento pedir nada distinto a quien no sabía de otras máquinas más que aquellas primitivas de acuñación de su departamento movi-

das a brazo. De las de vapor no tenía más noticias que existían las del ferrocarril del Mediodía, único por entonces. Poco entendía de engranajes ni de relación directa con la fuerza motriz, pero tenía un gran corazón y una voluntad, con lo que vencería todo obstáculo. La acción indigna del inglés le impulsó a resolver la azarosa situación creada a Malacuera, merecedor de toda ayuda que envolviese la generosidad que él derramaba a raudales, y como lo pensó lo hizo, valiéndose de su genio intuitivo. Agradeció don Santiago ese impulso valeroso y dudó en aceptarlo por el riesgo que suponía, aun conociendo que no eran despreciables las iniciativas de aquel muchacho, del que tenía el más intachable concepto.

Había momentos en que Malacuera se descorazonaba, inútilmente; buscaba el medio de solucionar lo que se le antojaba enorme fracaso después de los esfuerzos inauditos realizados y tener que soportar la vergüenza de haber visto ordenada la construcción de la Casa de la Moneda de Madrid, meta de todas sus ilusiones, por Ley de 18 de enero de 1856 y tener que confesarse impotente para dar cima a una obra que ya consideraba hija de su fantasía.

Tanto desvelo le hizo reflexionar firmemente, y un buen día decidió consultar con personas de su intimidad, y reanimado con los nobles propósitos que imperaban en todos sus actos, llegó hasta el Ministro de Hacienda, obligándole a tomar partido por su nueva empresa, y ambos convinieron en aceptar lo que no dejaban de pensar era una atrevida proposición del joven Baró, movido a sus impulsos generosos, y temiendo que encontrase dificultades para él insuperables que agravasen más la cuestión.

Ante la divulgación de tal acuerdo, la impresión más pesimista dominó por todas partes, tachándolo unos de imprudencia temeraria, los más de desatino, otros tomándolo a broma y quienes en serio auguraron luctuoso desenlace al realizarse la prueba, calificando el asunto de prohibitivo. No eran estos rumores precisamente los que más ánimo debían dar al improvisado maquinista, quien herido en su amor propio, pero seguro de sí, en el momento crítico, obligó que todos salieran de la casa, ya que si ésta saltaba en mil pedazos, según opinión de los que se creían más autorizados para pronosticar, solamente él debía ser víctima en la segura catástrofe. La presunta víctima cerró las puertas, quedando sola dispuesta a la inmolación dentro del edificio, mientras los demás, en gran número, marcharon al principio del paseo

de la Castellana, para esperar el resultado puestos a salvo de la aventura.

La intranquilidad y la emoción de los observadores subió de punto cuando al poco rato una tenue columna de humo dió señales de que la experiencia había comenzado y que la chimenea funcionaba a la perfección, viniendo a corroborarlo el aumento de densidad de la ya espesa columna que a borbotones salía de la chimenea, sin dar muestras de que nada anormal ocurriera en el interior del inmueble, para satisfacción de todos.

Baró se reveló como un genio. Al cabo de tres horas decidió abrir las puertas e invitó a entrar a los perplejos e incrédulos admiradores, quienes hubieron de contemplar con gran asombro, como si ante sus ojos viesen un espectáculo de magia, la marcha rítmica de las diferentes máquinas montadas, en movimiento perfecto.

Nos falta conocer, y siento no haber podido averiguarlo, qué emoción experimentaría don Santiago Malacuera al ver su problema resuelto gracias a un hombre de voluntad sólo comparable a la suya. Debió, sin embargo, ser muy grande su contento, porque a su propuesta, consiguió del Ministro don Pedro Salaverría que al día siguiente de la favorable prueba nombrase maquinista a don Francisco Baró, con el sueldo de diez mil reales. El comportamiento del Ministro fué a todas luces encomiable, pero es lástima que no llegase su larguezza a pensionarle enviándolo a Londres para que se perfeccionase en aquello que mostró entender por simple intuición, y se hubiese logrado un mecánico muy estimable, quizás para gloria nuestra.

Y así llegamos a saber cuál fué el origen de la actual Casa de la Moneda de Madrid, cuyo traslado causa ya preocupación, para buscarle emplazamiento más en armonía con su cometido. Las necesidades urbanísticas de la ciudad así lo requieren.

ALFONSO DE GABRIEL Y RAMÍREZ DE CARTAGENA

Madrid, mayo de 1947.

BIBLIOGRAFIA

BEROQUI (Pedro).—*Tiziano en el Museo del Prado*. Segunda edición, corregida y aumentada. Un tomo en cuarto mayor, 205 páginas (Talleres Tipográficos de Cándido Bermejo) y 39 láminas en fototipia (Casa Hauser y Menet).—Madrid, 1946.

No me propongo escribir una nota crítica sobre esta obra, pues se trata de su segunda edición y, además, el nombre del autor basta por sí solo para garantizar la excelencia de este libro; de ahí que me limite a hacer una breve reseña bibliográfica.

Aunque don Pedro Beroqui anuncia en el primer párrafo que no se propone escribir la biografía del gran pintor veneciano, la verdad es que mediante larga serie de noticias documentales, citas de numerosos autores, cartas del artista o de sus protectores y datos o juicios suministrados directamente por el Sr. Beroqui, éste hace desfilar ante nosotros casi toda la producción del pintor famoso y de manera sintética nos da a conocer, en breves, pero múltiples párrafos de precisión y concisión admirables, la vida del artista en el campo del Arte, así como en el social o familiar; de modo tan completo dentro de su carácter esquemático, que, sin acudir a otras fuentes documentales y utilizando sólo este libro de Beroqui, cualquier poseedor de regular cultura sobre Historia del Arte podría escribir un estudio biográfico-crítico acerca de Tiziano Vecelio en dos gruesos volúmenes sin acudir al relleno de hojarasca literaria; me parece que al decir esto hago el más justo y merecido elogio del libro en cuestión.

Como ya indica el título, Beroqui estudia al Tiziano a través de sus cuadros existentes en el Museo del Prado, describiéndoles concisa y detalladamente, dándonos noticias acerca de cuándo y cómo fueron hechos, vicisitudes que concurrieron hasta nuestros días, proceso seguido hasta la atribución definitiva de varios de ellos al pintor de Cadore, copias antiguas de los mismos, a quién se deben, etc., todo avalado con documentos, opiniones ajenas y razones que el propio Sr. Beroqui suministra; ni que decir tiene que este

estudio concreto y completísimo es del mayor interés, especialmente para los españoles, ya que, al paso, se nos habla de otros cuadros pintados por Tiziano para Carlos V o Felipe II, y que después se han perdido.

Al hojear esta obra de don Pedro Beroqui y leer algún párrafo suelto, la primera impresión es algo agobiadora ante la perspectiva de un catálogo seco, conciso, pletórico de citas, fechas y datos probatorios, tan erudito y meritorio como pesado e inaguantable; pero si armados de valor y paciencia acometemos la despaciosa lectura desde el comienzo, pronto desaparece aquella impresión, el interés prende en el lector, le embriaga y, en vez de caerse el libro de las manos (como ocurre con tantos otros), espolea cada vez más ahinadamente nuestra curiosidad y nos procura satisfacción creciente, porque no es sólo —como temiéramos al principio— un almacén de datos, fechas y opiniones, soporífero y cansino, sino un libro palpitante y erudito, denso y ágil, pletórico de noticias históricas variadas y a cual más interesantes, que nos ilustra, nos entretiene y sugiere, aún más con lo que calla que con lo muchísimo que dice. Así, al leer el capítulo VI, cuando Beroqui habla de los retratos hechos por Tiziano a Felipe II en Milán, o el VIII, cuando el pintor pasa a Augsburgo, donde de nuevo retrata al entonces príncipe de Asturias, recordé cierto cuadro que hará poco más de un año quiso enseñarme mi excelente amigo el difunto duque del Infantado estando de sobremesa en su casa, a fin de que expusiera mi opinión acerca de la suya, pues sospechaba que dicho cuadro era un retrato de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli. Trátase de un busto, representa un caballero de alrededor de treinta y cinco años, tocado con negra gorrilla, y está sin terminar; sí la cabeza, obra magnífica achacable a un pintor de la escuela veneciana, mas no, en cambio, el resto, como si faltara tiempo para ello y el personaje retratado mostrara empeño en llevarse la obra tal como estaba. Comparé *in mente* aquellas facciones con las del Príncipe de Eboli según aparece en dos medios puntos existentes en el antiguo convento de frailes carmelitas de Pastrana (no los conocía el duque del Infantado y fueron hechos en el siglo XVII utilizando otros retratos de Ruy Gómez y su mujer, la famosa doña Ana de Mendoza); recordé algunas noticias biográficas del retratado, y, en virtud de todo ello, dije que tratábase del príncipe de Eboli, la obra me parecía del Tiziano y probablemente fué hecha (y no terminada) en Milán el año 1549, ó en Augsburgo, a comienzos de 1551, si bien me inclinaba más a lo primero; remiti al duque del Infantado una nota extensa conteniendo mis razones, aunque a reserva de estudiar detenidamente el cuadrito, e incluso anuncié el propósito (hasta ahora incumplido por muerte del caballero prócer y excelente amigo), de publicar en una revista de Arte el retrato y las conclusiones previas a que me llevara un estudio reposado de la cuestión.

Este inciso, que, en realidad, aquí no viene muy a cuento, lo hago para

dar a conocer otra *probable* obra de Tiziano, muy relacionada con algunas de las que conserva el Museo del Prado, y para demostrar el poder sugeridor del libro que acaba de reeditar, con nuevos datos, don Pedro Beroqui.

La obra, magníficamente impresa, lleva cuarenta y seis reproducciones, repartidas en treinta y nueve láminas en fototipia, admirables, como todo cuanto sale de la acreditada Casa Hauser y Menet; lástima que sea tan corta la tirada (500 ejemplares numerados), pues libros de esta categoría bien merecen que se les difunda mediante ediciones más cuantiosas.

F. LAYNA SERRANO

JUAN A. GAYA NUÑO.—*El Románico en la provincia de Soria*.—Un tomo en cuarto mayor, encuadrado en tela, 263 páginas de texto, 67 dibujos y planos, más 102 láminas.—Editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez.—Madrid, 1946.

Por fortuna, va concediéndose en España a los estudios sobre temas regionales y locales la importancia que merecen, y de manera especial a los de historia en general y de arte en particular; tan grande es esa importancia, que sin desdeñar ni muchísimo menos los de conjunto, tan valiosos, se prefieren (dentro de lo local o regional) los parciales referidos a épocas históricas bien definidas o a estilos artísticos determinados, ya que sólo merced a este previo conocimiento analítico y minucioso pueden hacerse obras de síntesis, precisas y exactas.

Notabilísima aportación a la historia del arte regional español en su modalidad románica, es el libro que comento, referido a la provincia de Soria, *patria chica* de su autor, quien la conoce al detalle y la ha estudiado con cariño y perseverancia. Juan Antonio Gaya Nuño, aunque joven, ya es persona muy conocida en el medio intelectual gracias a publicaciones de subido mérito y caracterizadas por el estudio detenido de los temas, el conocimiento profundo de las materias que trata, el sólido y amplísimo cimiento erudito, revelador de una preparación meticulosa, y el juicio certero; todas estas particularidades o cualidades muéstranse patentes en su obra sobre *El Románico en la provincia de Soria*, preparado y escrito con el amor del hijo que quiere dedicar a la madre el fruto de sus desvelos, y con la probidad de quien renuncia al lucimiento personal como escritor con tal de realizar un trabajo útil, completo y minucioso hasta agotar el tema y hacer un libro definitivo e imposible de mejorar. En efecto, en esta obra, que, utilizando un adjetivo ahora usual y de mal gusto, puede calificarse de *exhaustiva*, si alguna vez el autor siente la tentación de confiarnos sus gratas sensaciones o hablar de los encantos de su

tierra natal, pronto contiene el impulso emocionado, y torna, austero y concienzudo, a la descripción sobria, al análisis detenido, a la deducción muy meditada, y, en una palabra, al desarrollo del tema con el mayor rigorismo científico. Para Gaya Nuño, con importarle mucho, lo de menos es presentar ante el lector en enjundiosos párrafos o multitud de ilustraciones, los ejemplares del románico soriano con su gran variedad y características propias de cada comarca, época o influencia extraña predominante; lo de más, desentrañar el misterio de cada edificio, elemento arquitectónico o motivo ornamental, respecto a factores genéticos, origen de cada variante, modelos que inspiraron cada uno de los edificios e incluso cada pormenor constructivo o decorativo; con ser esta obra de Gaya muy interesante, por darnos a conocer, sin dejarse nada en el tintero, la vasta y varia colección de obras románicas en la provincia de Soria, lo que subyuga e incluso anonada al lector es la fabulosa cantidad de datos concernientes a la procedencia de cada modelo o de cada modificación introducida en el mismo, a las piezas de otras regiones y aun extranjeras copiadas en el románico soriano, incluso referidas a detalles pequeños, etc.; cierto que la densidad es excesiva para hacer amena la lectura, pero ello resulta irremediable si, como en este caso, a más de un catálogo completísimo, se trata y consigue a la perfección un libro pletórico de erudición y ciencia. No es obra para leer, sino para estudiar y aprender; al decir esto me parece haber hecho su más justo elogio.

En la exposición no se atiene Gaya al orden cronológico; estudia el románico soriano comarca por comarca, empezando por la de San Esteban de Gormaz, Osma y Calatañazor; continúa la de Soria, sigue a ésta Almazán y termina con la serrana de Gomara y Agreda, describiendo ciento tres iglesias; multitud de dibujos y planos ilustran el texto, así como, al final del libro, 102 páginas en papel couché con 278 fotografías.

E. LAYNA SERRANO